



ENCARNACIÓN CATALÁ

# LEYENDAS PARA NIÑOS



ANTOLOGIA DE CUENTOS, NARRACIONES, ANECDOTAS  
FABULAS, MAXIMAS Y PENSAMIENTOS

OMAR GARDEI

Nº. \_\_\_\_\_

LEYENDAS  
PARA NIÑOS



DONACION  
OMAR GARDET  
Y FAMILIA

BIBLIOTECA DE  
TEXTOS PARA  
LECTURA LIBRE  
Director: ANTONIO ZAMORA  
EDITORIAL CLARIDAD  
BUENOS AIRES - ARGENTINA

ENCARNACIÓN CATALÁ

---

# LEYENDAS PARA NIÑOS

SELECCION DE CUENTOS, NARRACIONES, ANECDOTAS,  
FABULAS, MAXIMAS Y PENSAMIENTOS

2ª EDICION



EDITORIAL  
CLARIDAD

1641 - SAN JOSE - 1645

BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



*Dedicado a mis sobrinas Zoraida,  
Selma y Raquel.*

ENCARNACIÓN CATALÁ.

Derechos reservados para toda la América Latina.  
Impreso en la Argentina. -- Printed in Argentina.  
Copyright by Editorial CLARIDAD in 1938.

## Nota Preliminar

Como docente he sentido la necesidad de un libro de literatura infantil que reúna cuentos, leyendas y narraciones ejemplares que puedan hacer despertar en el niño, sentimientos y nobles aspiraciones de superación en la época en que empieza a modelar su alma.

Con el deseo de llenar ese vacío, he procurado agrupar en este volumen una serie de lecturas amenas con ejemplos morales, tan nobles como sencillos, que puedan ser de beneficiosa influencia para el espíritu infantil y proporcionar un medio para la lectura libre, aconsejable tanto fuera como dentro de las clases, a los hijos y a los alumnos.

Estando en la edad en que debe formarse el niño física y moralmente, teniendo como modelos a los padres y maestros, debe ofrecérseles al margen de la palabra y los textos, una fuente que les brinde con más libertad enseñanzas que robustezcan en su carácter la fuerza moral que imprimen el hogar y la escuela, con lecturas atrayentes y sugestivas. Esa finalidad tiene este libro, cuya selección he realizado con el pensamiento fijo en el bien que cada uno de los trabajos incluidos pueda proporcionarles.

La máxima, refrán o pensamiento que encabeza cada composición, servirá de ejemplo moral, y el trozo literario será el que pondrá al niño en contacto con la mentalidad superior que surge del espíritu que predomina en cada uno.

Aspiro a que esta selección sea leída con interés y placer para que imprima y modele los sentimientos del joven lector.

Para facilitar la elección he reunido los temas en tres capítulos, llenando cada uno las exigencias morales que deben tenerse presentes en todo momento de la vida.

1. — EL HOGAR, en el que se desarrollan escenas de cariño, dolor e intenso amor filial y maternal, inspirando los



deberes naturales y sociales que nos ligan a nuestros semejantes.

II. — EL ALMA DEL NIÑO, donde se reflejan cuadros de compañerismo, honradez, veracidad, solidaridad e infinito número de hechos tendientes a purificar el sensible corazón, a la par que su inteligencia y libre albedrío.

Con respecto a su sensibilidad, hay que despertarlo a las emociones nobles, ejercitando la virtud y nutriéndolo con afecciones puras y generosas. Su inteligencia debe ser cultivada con esmero y paulatinamente para que la ignorancia no impida su participación entre las personas instruídas y cultas. Además, deberán perseguirse desde la niñez, los ideales que se opongan a la libertad y razón, pues toda persona tiene el derecho de pensar, decir lo que su conciencia dicta y estar dotada de facultades para distinguir el bien del mal, lo verídico de lo falso y lo que de acuerdo a su capacidad resulte benéfico o perjudicial.

III. — LA NATURALEZA. Siendo el hombre el que más beneficios obtiene de la naturaleza, debe comenzar desde niño a evitar que se arraiguen en él vicios más tarde incorregibles.

Debe ser benigno con los animales, que le demostrarán el grado de fidelidad, cariño y desinterés para con ellos y entre sí mismos; ser respetuoso con las plantas que purifican el ambiente, dan sombra, alimento, perfume y vida, disminuyendo la sequía y el calor del riguroso verano, apaciguando el frío del crudo invierno y proporcionando sus hojas y savia para nuestros medicamentos y tintes. Contemplando la naturaleza y observando con atención su obra, nos consideraremos más pequeños y humildes, se desvanecerá nuestro orgullo y trataremos de imitar su desinterés y acción benéfica.

Espero se sepa sacar el provecho posible de esta sencilla colección de lecturas, destinada a formar al niño y corregir al mayor, pues si los unos necesitan aprender, los otros tienen la obligación de no olvidar lo aprendido, refrescando su espíritu con la lectura de ejemplos tan nobles como útiles para hacer la vida más bella y más feliz.

ENCARNACIÓN CATALÁ.

## PRIMERA PARTE

### EL HOGAR

EL HOGAR ES EL DULCE NIDO DONDE SE ALBERGA EL BUENO Y EL MALO; EL RICO Y EL POBRE; EL BELLO Y EL DESGRACIADO; BAJO EL AMPARO DE UN MISMO AMOR MATERNAL.

E. C.

### LA MADRE

Respeto la cabeza cana, el rostro arrugado, la mirada triste y cansada, el oído delicado y el carácter ya un poco áspero, porque son reflejos de los años transcurridos y de los sufrimientos pasados.

Contemplo a mi madre y a las que física y moralmente a ella se parecen y medito sobre el tiempo de nuestra infancia, el amor de que hemos sido objeto y los sacrificios por nosotros originados y admiro la abnegación que derrochan para sus hijos, comprendiendo que toda gratitud que le ofrendamos no alcanzará nunca a pagar cuanto le debemos.

Trozo de su carne y de su alma, con reflejos de un profundo amor fueron nuestro principio. Grande fué el dolor y la alegría de nuestro advenimiento para ese sér que nos dió la vida.

La amamos por todo lo que nos proporcionó desde los primeros minutos de vida: su leche para alimentarnos, sus brazos para que reposáramos, su salud y sueño para cuidarnos, sus sonrisas para alegrarnos, sus juegos y pasatiempos para entretenernos.

En prueba de gratitud, es a la primera que reconoce-



mos, su nombre el primero que balbuceamos y el primero que escribimos.

Ella nos ha educado y guiado siempre por el camino del bien; con nosotros ha velado en la época escolar; ayudado y exigido a cumplir con nuestros deberes y obligaciones y enseñado a respetar y amar a nuestros semejantes.

Cuando avanzamos en la existencia y dirigimos una mirada al pasado, comprendemos el amor que profesamos a quien por amor nos dió origen y aún transcurridos muchos años sería capaz de dar la vida por ver colmados nuestros deseos de felicidad. Recordemos con cariño, tanto en la derrota como en el triunfo, a esa sagrada mujer que denominamos madre.

ENCAR CATALÁ.

## EL RENGUITO .

*Siempre es tarde cuando se llora.*

SALUSTIO.

Su nombre es Roberto, Roberto Arias, pero en el pueblo todos le dicen "El renguito".

El único que no lo llama con este tierno, pero doloroso apodo, es su padre, pues, aunque ya hace muchos años que Roberto anda con muletas, el pobre hombre no se habitúa ni se consuela.

Desde que su hijo sufrió el desgraciado accidente, Arias no frecuenta a nadie ni se le ve en ninguna reunión. Ya no va a los bailes, ni a los velorios, ni a los "boliches", ni a las carreras. Vive confinado en su rancho, trenzando lazos y atento solamente a los caprichos de Roberto.

¿Pero tienen caprichos los mártires inocentes? Permíteme que me corrija: Arias vive atento a los menores deseos de su hijo. Hasta altas horas de la noche trabaja velando el sueño de su pobre inválido; cuando el cansancio lo rinde, besa al niño y, al acomodárselas cerca del catre, besa también las muletas.

Todas las noches besa las muletas porque un tenaz remordimiento agita entonces su alma.

\* \* \*

Arias se ha pasado la tarde entera en la fonda, bebiendo; invitando y aceptando a su vez, sin recordar que, ante la puerta, ha dejado el sulky a cargo de su hijo.

El pequeño, fatigado y aburrido por tan larga espera, ha concluido por dormirse, hecho una bola, en el asiento. A boca de noche, Arias sale de la fonda despidiéndose a grandes gritos de sus compinches y, al sorprender a Roberto dormido, lo sacude brutalmente.

El niño despierta sobresaltado y se queda entontecido mirando al ebrio, quien de un formidable guantazo vuelve a sepultarlo en el asiento. El coro de borrachos celebra la hazaña con risas escandalosas como cacareos, y el sulky parte velozmente hacia el monte.

Temeroso de encolerizar más a su padre, el chico se empeña en contener los sollozos, mientras el hombre vocifera exigiendo al animal.

Oscrece por segundos y en el cielo asoman temblorosas las primeras estrellas. El niño piensa que el cielo está llorando lágrimas luminosas sobre su cabecita doliente.

De pronto estalla un recio chasquido entre las varas del coche.

—¡Algo se ha roto!... —dice el padre, y ordena: —¡Vamos, baje y mire!

El niño salta a tierra azorado, porque la oscuridad se ha hecho tan densa que no le permite distinguir los arreos.

—¿Qué ha sido? —inquire impaciente el ebrio, sin abandonar el asiento.

La criatura, afligida, no contesta, y, empinándose en las puntas de los pies, palpa nerviosamente al manso animal, para así revisar el corraje.

—¿Qué pasa, digo?

—No sé... No encuentro, papá... —y la angustia que domina a Roberto es tan grande, que, sin querer, empuña una rienda.



—¡No me quités la rienda, so maula! — Y enfurecido al sentir que le arrebatan la rienda, blande el látigo, con lo que el animal arranca, derribando al niño.

El sulky da un barquinazo e instantáneamente un grito horrendo atraviesa el campo, el cielo y hasta el alma turbulenta del ebrio.

Poco más allá se detiene el coche, y, balanceándose unos segundos en el estribo, el padre animal echa pie a tierra. Pausadamente arroja el sombrero dentro del sulky, se pasa el pañuelo por la cara y, luego, dando traspiés, desanda el camino hasta tropezar con el cuerpo de Roberto. Se inclina torpemente hacia el caído, le habla y, como no obtiene respuesta, pone el oído sobre el pecho infantil...

Allí dentro hay algo que rebulle como suave aleteo.

Roberto está desmayado y no tardará en recobrarse.

—¡Vamos, arriba! — y lo sacude brutalmente como hace media hora, pero esta vez no se despierta. Le rocía la cara y el pecho con arena del camino, pero todo es inútil.

—¡Bah! ¡Ya se recobrará este maula!... — Lo levanta en peso, se lo echa a la espalda como una bolsa, lo lleva trastabillando hasta el sulky y lo tira en el asiento.

Mientras el hombre ata con un alambre el tiro que se cortó, Roberto vuelve en sí y, al querer incorporarse comprueba la dolorosa imposibilidad de hacerlo.

—¡Ay!...

No ha hecho más que gritar y ha vuelto a desmayarse.

Es por eso que, cuando algo después, entra de vuelta al pueblo, Arias ya no es el mismo que hace una hora salió ebrio de la fonda. Los vapores del vino ya no turban su cabeza.

El sentimiento de su enorme responsabilidad ha puesto una indeleble marca de fuego en su alma.

Detiene el sulky delante de la casa del médico, y alzando a su hijo con el mismo dulce modo con que se lleva un fragilísimo cristal, se presenta al doctor Ramírez que acaba de franquearle la puerta.

—¿Qué ocurre, Arias? ¿Qué tiene tu hijo? — dice el médico mientras deposita suavemente al herido sobre la mesa de operaciones.

—Lo ha “lanteado” el sulky, “dotor”.

El médico reconoce al herido.

—Paciencia, hijito... No va a ser nada.

Los ayes de Roberto taladran el corazón de su padre.

El médico, llevando aparte a Arias, le dice:

—Tiene rota la pierna derecha.

—¡Dios mío!... — exclama Arias, y corre a abrazar a su víctima.

—Pero, ¿cómo ha ocurrido esto? — pregunta el doctor Ramírez mientras prepara algodones, instrumentos, desinfectantes...

Hay un momento de silencio. Arias ha puesto una trémula mano sobre la cabeza del niño y éste, entonces dice, sin atreverse a abrir los ojos:

—Yo... iba jugando con el sulky... cuando me caí, “dotor”, y...

Arias, que ha sentido como si el corazón se le desgarrase de ternura, aferra la mano del médico y estalla:

—¡No, “dotor”, no; yo tengo la culpa!... ¡Yo lo atropellé!

El niño, sonriendo y luchando con la modorra que lo invade otra vez, insiste:

—Pero no, “dotor”... Yo solito tengo la culpa... porque me hice a un lado... — y vuelve a desmayarse.

—¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!... — solloza el padre abrazando a su sublime criatura.

\* \* \*

¿Comprendéis ahora por qué Arias besa todos las noches las muletas del rengueto?

G. Berdiales.



## LA CULPA DEL ABUELO

*Hay tanta grandeza en el arrepentimiento, que pocas almas saben apreciarlo en lo que vale.*

M. FARBÉ.

Marcos, Panchito y Pepín, tres hermanitos de 12, 10 y 9 años, pasan las vacaciones en la estancia "Las gavio-tas", residencia del abuelo, don Tomás.

Durante los nueve meses del año escolar sueñan los chicos con las alegres cabalgatas que realizan, acompañados por Eloy, el peón de más confianza. Cada uno tiene su lindo petizo, bien cuidado, gordo, de pelo brillante y manso como cordero. Los pintorescos episodios de esas excursiones son el tema obligado de los niños con sus amiguitos de la ciudad.

Volviendo un día del arroyo, donde habían ido a dar de beber a los animales, tuvo el pillo de Pepín una mala ocurrencia, como eran todas las suyas. Queriendo asustar a Marcos y sin pensar en las consecuencias, sacudió al petizo que montaba su hermano, dos fuertes chicotazos; el animal disparó.

Rápidamente, Eloy se lanzó detrás, gritando al niño que se tomara fuerte del recado; a las dos cuabras consiguió tomar las riendas, en el mismo instante en que Marcos aterrorizado, se disponía a tirarse.

El hecho no tuvo otras consecuencias que un gran susto para todos, inclusive Pepín; pero Eloy, temiendo que la travesura se repitiera, resolvió contarle a don Tomás, a pesar de las súplicas del culpable.

Otra vez, muy indignado, Panchito acusó al mismo Pepín de haber sacudido con fuerza un árbol al cual él se había trepado para alcanzar unos frutos, diciendo que la intervención de Marcos había impedido su caída.

El abuelo reconvino al niño las dos veces, y se quedó muy preocupado, porque notaba que todas las travesuras de Pepín eran peligrosas a costa del dolor o daño ajenos. Esperó una oportunidad para hacerle sentir sus faltas y combatir esa mala tendencia.

Se acercaba el regreso; ya los pequeños visitantes contaban tristes los pocos días que restaban; tenían hecha su colección de recuerdos y regalos para el museo de la escuela, guardados caracoles y piedritas recogidas a la orilla del arroyo, cáscaras de huevos de ñandú, nidos de horneros, semillas de aromos, pájaros de diversas clases, entre los que estaba una calandria cantora dedicada a la mamá.

Una noche estaban los niños sentados en el corredor, oyendo embobados los cuentos de Cipriana, la mujer de Eloy, cuando vieron llegar al abuelo, quien, sin decir palabra, se quedó escuchando la narración de la buena mujer.

Al terminar, hubo animados comentarios y discusiones sobre Chiquino, el protagonista.

De pronto, dijo Pepín:

—Abuelo, ¿usted no sabe cuentos?

—Sí uno; pero es muy triste.

—No importa, cuéntelo, abuelo — gritaron todos.

Don Tomás habló así: “Conocí un niño de 10 años, al que llamaremos Carlos; vivía con sus padres a cuatro leguas de mi casa; mi familia residía entonces en el campo. Ese niño tenía dos hermanitos menores, uno de 6 años, el otro de 5 meses.

“Un día que sus padres fueron a la ciudad, llamados con urgencia, dejaron sus hijos al cuidado de una vieja sirvienta y de su marido, peón antiguo de la casa.

“No había pasado media hora desde la salida de los padres, cuando Carlos quiso hacer creer a los sirvientes que la casa se incendiaba.

“Divertido de antemano, reunió cuantos papeles, trapos y paja encontró y, amontonándolos en el centro del dormitorio, donde su hermanito menor dormía, les



prendió fuego, dispuesto a sofocarlo tan pronto como hubiera causado el susto que se proponía darles.

"Fallaron los cálculos del travieso niño; el viento que entraba por la ventana favoreció la hoguera y Carlos vió aterrorizado cómo las llamas se propagaron a las ropas y a los muebles. Cuando se resolvió a gritar, era tarde. Acudieron los criados, pero la habitación entera ardía, y en su aturdimiento no atinaron a sacar de la cuna al pequeño, que lloraba desesperado.

"Se quemó la casa entera, se carbonizó el niño y Carlos, enloquecido, fué presa de horribles convulsiones en brazos de los pobres viejos, que lloraban con él la inmensa desgracia.

"¡Ya podéis figuraros la desesperación de los padres cuando desde lejos divisaron humo, y el dolor cuando encontraron a tres cuadras de la casa al peón, su mujer y sólo un hijo!

"Carlos fué perdonado. ¿Qué padres no perdonan? También se evitó hablar del suceso en su presencia, porque sufría una conmoción tan grande, que temían enloqueciera.

"La familia se radicó en la ciudad, pues resultaba demasiado doloroso reconstruir allí mismo el hogar.

"Pasaron muchos años. Carlos, ya hombre, muertos sus padres, heredó el campo, y queriendo que el recuerdo torturante de su culpa fuera su perenne y más duro castigo, hizo edificar una casa en el sitio donde su travesura sembró tanto dolor.

"Hoy es abuelo de tres nietos, a quienes adora, y ve con pena algunas de sus diversiones, temiendo fatales resultados; ese temor constante le obligó un día a descubrirles el doloroso secreto de su vida".

—Abuelo, ¿es cierto lo que cuentas? — preguntó, dudando, Panchito.

—Muy cierto, querido; no es un cuento inventado para entreteneros; es una historia dolorosamente recordada para enseñaros.

—¿Y usted conoció al niño? — dijo Pepín, pensando

en el chicotazo al petizo, en la sacudida del árbol y en otras picardías por el estilo.

Don Tomás no contestó, y en medio del asombro general, tomando su cabeza con ambas manos, lloró en silencio.

El abuelo lloraba arrepentido su culpa de niño.

## LAS MANOS FEAS

*Nadie te puede querer más que tu madre.*

—Mamá —dijo el niño mirando a la madre en la cara—, eres muy bella.

La madre sonrió complacida, pues es dulce el halago en los labios de un niño.

—Sí —continuó el niño —, no hay en todo el mundo una mamá más linda . . . , menos en las manos.

El radiante contento del rostro de la madre se veló un poco.

—No las mires, puesto que son tan feas — dijo la madre.

—No puedo evitarlo. Cada vez que las toco, tengo que mirarlas; son manos enrojecidas y cubiertas de cicatrices. ¡Oh, si fueran lindas como tu cara!

El padre llamó aparte al niño, y le dijo:

—Te contaré una historia. Una noche, una criatura dormía en su cuna. Debido a un descuido tomaron fuego las cortinas que la rodeaban, y en un instante quedó envuelta en llamas. La nodriza salió corriendo de la habitación, pero la madre se precipitó y con sus blancas y delicadas manos apagó el fuego y salvó a la criatura. Esas manos recibieron terribles quemaduras; durante semanas estuvieron vendadas y sin poder hacer uso de ellas. Cuando al fin cicatrizaron las llagas, las manos eran . . .

El niño no esperó el fin del relato. Corrió a arrodillarse junto a la madre y tomándole las manos rojas y cubiertas de cicatrices, las besó repetidas veces, diciendo:

—Mamá, tus manos son las más bellas del mundo.



## UN CONSEJO SIEMPRE UTIL

*Obedeced las órdenes de vuestros superiores y escuchad los consejos de los que tienen más experiencia que vosotros.*

En un tiempo en que todos se quejan de la escasez de metálico, será un acto de bondad indicar, a los que no tienen mucho, el medio de llenar mejor sus bolsillos.

Quiero enseñarles el verdadero secreto de ganar dinero, el método infalible de llenar las bolsas vacías y de conservarlas siempre llenas, todo el negocio estriba en la rígida observancia de dos reglas sencillísimas.

He aquí la primera: sean la probidad y el trabajo vuestros constantes compañeros.

Segunda: Gastad menos de lo que ganéis.

Observando estas reglas, vuestra bolsa vacía no tardará en empezar a hincharse, cesando los clamores de la necesidad, la persecución de los acreedores, la insoportable miseria, el hambre y la desnudez. Todo el horizonte brillará con vivísimo resplandor, y la alegría rebosará en vuestro corazón.

Apresuraos, pues, a adoptar esta regla para ser más felices. Apartad de vosotros el helado soplo de tristeza, y vivid independientes. Entonces seréis hombres, y no ocultaréis vuestro rostro a la vista del rico; no experimentaréis el disgusto de reconocer pequeños, cuando los hijos de la fortuna anden a vuestra derecha; porque la independencia, con poco o con mucho, es una suerte feliz y os coloca al nivel de los más orgullosos condecorados con el Toisón de Oro.

¡Ah! sed prudentes; sea el trabajo vuestro compañero desde por la mañana hasta el momento en que por la noche os conduzca a un apacible sueño. Que la probidad sea como el alma de vuestra alma, y no olvidéis jamás

apartar un centavo después de haber satisfecho todos vuestros gastos; de este modo llegaréis al colmo de la felicidad. La independencia será vuestra coraza, vuestro escudo, vuestro casco y vuestra corona; entonces marcharéis con la cabeza erguida, sin inclinarla en presencia de ociosos cortesanos, de seres degradados o de magnates orgullosos que disfrazan su nulidad con ropajes de seda y de oro; ni toleraréis ninguna especie de insulto o de afrenta, por más que brillen diamantes en la mano del insolente.

Benjamín Franklin.

### TODA BUENA ACCION TIENE SU RECOMPENSA

Era un tratante en ganados, un tal Federico, y era también el hombre más despreocupado del mundo y uno de los más aficionados a tomar unas copas entre alegres camaradas.

Llegó a la feria de un pueblo y se propuso divertirse un poco y hacer algún buen negocio, pero le había tomado sin dinero y tuvo que echar mano de unos pesos que su mujer guardaba religiosamente para comprar trajes de invierno a los chicos. Y con unos pesos en el bolsillo llegó al mercado.

Quiso su mala suerte que encontrase al llegar, a un camarada que tenía en venta un buen lote de cerdos. Ofrecióselos a Federico y para tratar el negocio entraron en un bar a refrescarse. Copas van, copas vienen, cada vez estaban más animados y contentos los dos amigos, y después de convenir la operación comercial, acordaron celebrarla con una partida de naipes.

La suerte no fué propicia a Federico; propuso el desquite, fué aceptado y nuevamente perdió, y allá mentalmente, haciendo cuentas, pensó que apenas le alcanzaría el dinero para pagar el lote de cerdos y su deuda de juego. Echó el dinero sobre la mesa y vió que, después de pagar



ambas cosas, no le quedaba más que para tomar un refresco.

A todo esto habían pasado algunas horas y ya el mercado terminaba, de modo que fuéle preciso dejar depositados los animales, y emprendió inmediatamente el regreso a su casa, temiendo llegar, pues sabía lo qué le esperaba cuando la mujer viera que no había hecho más que derrochar la plata de sus ahorros.

Caminaba embebido en tales ideas, cuando un mendigo le pidió limosna, augurándole buena suerte si le favorecía con algún pequeño donativo. Díoselo de buen grado y se alejó muy confiado en que pronto le saldría al encuentro alguna ocasión de resarcirse de las pérdidas experimentadas, y como hacía mucho calor, quiso entrar a refrescarse en un café. Hizo un arqueo minucioso de cuantos centavos le quedaban y comprobó que le faltaban precisamente los diez centavos que había dado de limosna.

Fuéle, pues, necesario desistir de tomar un refresco y esto lo contrarió un poco, pero como buen filósofo, se consoló fácilmente, pensando que más falta le hacía comer al pobre mendigo que beber a él, y que tal vez era providencial no haber podido entrar en el café. Pensando así y andando llegó a la orilla del río disponiéndose a pasar el puente cuando oyó desesperados gritos de auxilio. Un niño de tres años había caído al agua y una muchacha de unos diez habíase arrojado para salvarlo, estando ambos a punto de morir ahogados.

Federico se despojó rápidamente de saco y chaleco y al arrojarle al río reconoció que eran sus propios hijos los que iba a salvar.

Fácilmente los sacó a la orilla y supo que habiendo salido a pescar los niños, custodiados por la hermanita mayor, cayó el pequeño en un descuido de aquélla, la que no reparó nada absolutamente para salvarlo cuando era llevado por las aguas. Fué en ese momento que llegó el padre. Gracias a la limosna dada al mendigo, no pudo detenerse en el café y sus hijos se libraron de una muerte segura.

## EL REY, EL NOBLE Y EL ALDEANO

*El principio de la educación es predicar con el ejemplo.*

TURGOT.

Llegó un día a oídos del rey Luis XII de Francia que uno de sus nobles había tratado brutalmente a cierto aldeano. Tal noticia afectó profundamente al monarca, que por la magnanimidad de su corazón era amado sinceramente por sus súbditos, los cuales le llamaban "El Padre del Pueblo".

Determinó, pues, Luis XII dar una severa lección al noble, sobre el modo de tratar a los que no eran tan afortunados como él. Disimulando, pues, su propósito, meditó durante varias semanas el asunto, y maduró un plan que, a su juicio, no podía menos de dar los mejores frutos.

Un día invitó al noble a asistir al palacio y le hizo quedar a comer. El rey no se sentó con él a la mesa; mas a pesar de ello, ordenó que le regalaran con el más suntuoso banquete que imaginarse puede.

Fuéronle servidos los más delicados y apetitosos manjares, y únicamente estuvo prohibido, por orden del rey, que se le presentara el menor bocado de pan. Extrañó sumamente al noble tan raro olvido, pero por cortesía no se atrevió a pedir alimento tan común y vulgar, teniendo especialmente a su disposición tan variados platos.

Con todo, según iba gustando tantos primores culinarios, notaba cada vez más la falta del pan, y ya antes de los postres, estaba visiblemente disgustado por la ausencia de cosa tan necesaria. En aquel instante penetró el rey en el salón.

—Caballero —le dijo—, ¿os han servido bien?

—Señor —le respondió el noble—, ha sido un festín,



digno de un rey; mas, no obstante, he de decir la verdad a su majestad: no estoy satisfecho, pues entre tanta abundancia de manjares faltaba el pan, tan necesario en toda comida.

—Perfectamente —le respondió Luis XII con tono severo—, así comprenderéis mejor la lección, que os he querido hacer inolvidable. Como véis, os es indispensable el pan para satisfacer una primera necesidad. Aprended, caballero, a tratar con humanidad a aquellos cuyo oficio es cultivar la tierra que ha de producir el pan necesario para nuestro mantenimiento.

## EL RACIMO DE UVAS

*Estemos unidos por el cariño y seremos felices.*

Una madre dió a su hija un racimo de uvas; la niña, después de tomarlo, pensó que aquél racimo le gustaría a su hermano y se lo llevó. Su hermano lo tomó y dijo:

—Nuestro padre, que trabaja allí, debe estar cansado: llevémosle este refrescante racimo.

El padre tomó el racimo a su vez y viendo a su mujer no lejos de allí, se apresuró a llevárselo. Así el racimo de uvas volvió a las manos que lo habían dado y la madre dió gracias por la unión que reinaba entre todos los miembros de la familia.

M. Guyau

*La vanidad es el amor propio al descubierto; la modestia es el amor propio que se oculta.*

FONTENELLE.

## LA ENCINA

*Jamás se descubre mejor un hombre que sabe poco, que cuando habla mucho.*

ODÍN.

Un pastor y su hijo se habían sentado a la sombra de una gran encina. En ese momento llegaron por la carretera tres forasteros; eran tres soldados licenciados que regresaban a sus hogares. Llevaban el uniforme del regimiento y, en todo, su aspecto era marcial.

Se detuvieron delante de la encina magnífica y la contemplaron admirados.

—¡Qué árbol soberbio! —dijo uno de ellos—. Si pudiera convertirlo en carbón, ganaría una buena suma.

—Es muy posible, amigo carbonero —replicó el pastor.

—Si me fuera permitido llevarme la corteza de este árbol —dijo el segundo— tendría una provisión de casca para curtir que me duraría un año entero.

—Es muy cierto, amigo curtidor —replicó el pastor—; pero sería una lástima quitar la corteza a un árbol tan hermoso.

—¡Qué cargado de bellotas! —exclamó admirado el tercero—. Si yo las tuviera para cebar mis cerdos, ¡qué sabrosos salchichones y qué soberbios jamones llevaría al mercado!

—Esas bellotas serán vendidas en subasta —repuso el pastor—. Puede usted presentarse a comprarlas, amigo salchichero.

Los tres soldados continuaron y, una vez alejados, el hijo del pastor preguntó:

—Padre: ¿hace mucho tiempo que conoces a esos hombres?

—No; hoy los he visto por primera vez.

—Y, ¿cómo sabes que el primero es carbonero, el



otro curtidor y el tercero salchichero? Al verlos no se adivina su oficio, pues los tres llevan uniforme de soldado.

—Tienes razón —replicó el padre—. Pero no fué por sus ropas por las que adiviné la profesión de cada uno, sino por las palabras que dijeron. Cada uno se complace en hablar de las cosas que conciernen a su oficio y particularmente de aquéllas que más le agradan. Los hombres virtuosos son honestos y reservados en sus palabras; en cambio, los malos delatan su condición por su lenguaje reprochable. De esta manera se les puede reconocer fácilmente y, así, buscar su compañía o evitarla.

## LA UNION HACE LA FUERZA

Un labrador anciano tenía varios hijos que frecuentemente estaban en desacuerdo entre sí, y que por sus continuas discusiones y riñas descuidaban el trabajo. Algunos malos sujetos se aprovechaban de esta discusión para disfrutar de lo que poseían aquellos jóvenes.

Cierto día el padre ordenó que todos sus hijos viniesen a su presencia, y, presentándoles un haz compuesto de muchas varas atadas fuertemente, les dijo que haría un buen regalo al que lo rompiese. Todos se esforzaron, uno tras otro, por romper el manojo de ramas, pero no pudieron conseguirlo.

—Sin embargo, dijo el padre, nada es más fácil. Deshizo el haz, soltó las ramas y las rompió una a una sin la menor dificultad.

—¡Ah! —exclamaron los hijos—; así es fácil: eso puede hacerlo hasta un niño.

El padre contestó:

—Con las varas sucede lo mismo que con vosotros, hijos míos. Mientras estéis estrechamente unidos, podréis resistir a quienes pretendieren haceros daños, pero una vez roto el lazo que debe manteneros fuertes, os destruirán uno a uno con facilidad. No lo olvidéis: “La unión hace la fuerza”.

## LOS GORRIONES

*El criminal nunca puede escapar a los remordimientos.*

PIRÓN.

Un cerrajero llamado Conrado destruía encarnizadamente cierta mañana los nidos de gorriones que se hallaban bajo el alero de su casa. Carlitos, hijo de uno de sus vecinos, preguntó a la hijita de Conrado:

—Dime, Anita, ¿por qué tu papá está tan enojado con los gorriones? ¿Por qué los quiere matar?

La niña repuso:

—Desde que papá trajo a casa el cáliz de oro y los dos candelabros de plata, se imagina que todas las mañanas, en cuanto sale el sol, los gorriones le gritan sin cesar: ¡ladrón!, ¡ladrón!

Carlitos refirió a sus padres lo que la niña le había dicho. Los padres se alarmaron, pues hacía justamente un año que en la iglesia del pueblo se había cometido el robo de un cáliz de oro y dos candelabros de plata. No se había descubierto al autor del robo sacrílego.

El padre de Carlitos fué a ver al burgomaestre y le refirió confidencialmente lo que había oído su hijo. El magistrado le rogó que guardara silencio y, secretamente, mandó hacer averiguaciones. Supo, así, que el cerrajero gastaba más dinero que el que ganaba y lo hizo detener inmediatamente.

Comenzó el proceso y no se tardó en saber que el cerrajero había cometido el robo, forzando la cerradura de la puerta. Lo condenaron a la cárcel.

Al comunicársele la condena, Conrado exclamó:

—¡Oh, esos malditos pájaros! Ellos tienen la culpa de mi desgracia.

Pero uno de los jueces le dijo:

—No fueron los gorriones los que te delataron, fué la voz de tu propia conciencia.

Schmid.



## EL GRANO DE TRIGO

*La felicidad consiste en conformarse con la suerte.*

ERASMO.

Varios muchachos encontraron un día en una barranca un objeto del tamaño de un huevo de gallina. En medio de él tenía trazado un surco; en resumen parecía un grano.

Un hombre que acertó a pasar por allí en aquel instante, vió el objeto, lo compró a los chicos por cinco kopecks, lo llevó a la capital y se lo vendió al emperador, que lo compró como cosa extraordinaria.

El zar convocó a los sabios y les ordenó que trataran de investigar lo qué era aquel objeto: si era un huevo o un grano de espiga.

Los sabios estudiaron y estudiaron, pero no pudieron descubrir absolutamente la naturaleza de aquel objeto. Colocaron por último el objeto sobre el alféizar de una ventana. Una gallina voló hacia aquella parte, picoteó por aquí y escarbó por allá; vió el objeto, pues era un grano; todo el mundo se dió cuenta de ello y los sabios declararon que era un grano de trigo.

El emperador se asombró mucho; convocó nuevamente a los sabios y les ordenó que estudiaran y averiguaran por qué aquel grano era tan grande.

Cien sabios apuraron su ciencia y devoraron sus libros, pero no pudieron acertar con el secreto. Por último, dijeron al emperador:

—Sire, nos es imposible daros una respuesta satisfactoria. No hay nada al respecto en todos nuestros libros; lo más oportuno sería interrogar a los labriegos, pues tal vez sus abuelos les habrán enseñado cómo se debe proceder para obtener un grano de esta clase.

El emperador hizo venir a su palacio a un campesino, para ver si era capaz de explicar el enigma.

El hombre llegó con mucha fatiga, apoyado en dos muletas; ya no tenía dientes y su barba era blanca.

El emperador le mostró el grano, pero el viejo no veía mucho que digamos: lo miraba y remiraba y lo tocaba con prolijidad.

—Viejito —díjole el emperador—, ¿quieres decirme para qué podrá servir un grano de esta clase? Tal vez tú hasta hayas sembrado idénticos en tu tierra, o los habrás comprado semejantes en el curso de tu vida.

El viejo también había perdido casi por completo el oído, no percibía los sonidos sino confusamente y no comprendía sino con mucho trabajo.

Al fin contestó:

—No, yo nunca he sembrado en mis tierras granos semejantes a éste, ni los he cosechado, ni comprado nunca. El trigo que he comprado siempre es de granos chicos. Es preciso preguntarle a mi padre. Tal vez él podrá decir dónde brota la planta que los produce.

El emperador, entonces, mandó buscar al padre del anciano.

Fueron a su casa y le condujeron delante del emperador. Este hombre caminaba con una sola muleta, sus ojos estaban todavía en bastante buen estado, y su barba era gris; el emperador le enseñó el grano y le preguntó qué era. El viejo lo observó con toda atención.

El emperador le dijo:

—Viejito, ¿sabes tú para qué sirve este grano? Tal vez has sembrado iguales en tus tierras, o los habrás comprado por lo menos en el curso de tu vida.

—No —contestó el anciano—, jamás he sembrado en mi campo granos semejantes, ni los he cosechado ni comprado, porque en mi tiempo todavía el oro no estaba en uso. En aquel entonces todo el mundo se alimentaba con pan de su propia cosecha y cuando era necesario lo repartía con los que carecían de él. Ignoro completamente dónde se produce este grano. Sin embargo, siempre he oído decir a mi padre que en su



tiempo el trigo brotaba con más fuerza, y daba granos mucho más grandes y en mayor abundancia. Es preciso preguntar a mi padre sobre esto.

El emperador mandó buscar al padre del anciano.

Fueron a su casa y lo condujeron delante de él. Este hombre era vigoroso y tenía ojos vivaces; no usaba muletas, hablaba con mucha claridad y su barba comenzaba apenas a blanquear.

El emperador le enseñó el grano: el abuelo lo miró y remiró por todos lados.

—Hace ya mucho tiempo —dijo después de un rato— que no veo un grano de trigo tan grande.

Lo llevó a la boca, lo probó y prosiguió:

—Sí, es de la misma clase.

—Viejito —díjole el emperador—, maniéstame en qué paraje y en qué estación se producen granos de esta clase. Tal vez tú mismo los has sembrado, cosechado o comprado.

El anciano contestó:

—En mis tiempos no había más trigo que éste: con harina de granos como éste era con lo que se amasaba nuestro pan y nos nutríamos.

—Viejito —volvió a preguntarle el emperador—, dime dónde estaba situada tu tierra, y dónde sembrabas semejantes granos.

—Mi tierra era la tierra de todos. Mi campo era la parte de ella que yo trabajaba, y sólo se llamaba mío y tuyo lo que era fruto del trabajo propio.

—Contesta aún a otras dos preguntas —prosiguió el emperador—: Dime primero, cómo podía brotar el trigo de una manera tan maravillosa en aquel tiempo, y por qué ahora es tan pequeño. Y en segundo lugar, cómo es que tu nieto tiene, para andar, necesidad de dos muletas, tu hijo de una sola, y tú, que eres el más anciano de los tres, no la tienes de ninguna y gozas de un aspecto vigoroso. Tu mirada es animada, tus dientes son espléndidos y tu voz vibra como la de un hombre en la fuerza de la edad.

A ver, viejito, explícame todo eso.

—La causa de ello —contestó el anciano—, es que los hombres no viven ya de su propio trabajo, y envidian a su prójimo. En mis tiempos se vivía de un modo completamente diferente. Entonces cada cual poseía lo suyo y lo ajeno no despertaba deseos.

León Tolstoi.

## LOS TRES BANDOLEROS

*El tesoro mal adquirido no produce jamás.*

Tres bandoleros dieron muerte y despojaron a un mercader que con una cantidad de dinero y objetos valiosos viajaba a través de un bosque. Luego de ocultar en su guarida los tesoros de que se habían apoderado, el más joven de ellos se trasladó al pueblo para comprar provisiones.

Una vez solos, los otros dos dijeron:

—Sería una tontería compartir este tesoro con ese pícaro. Cuando vuelva, le daremos muerte y nos quedaremos con su parte.

Entretanto, el otro que iba al pueblo se decía:

—¡Qué feliz sería si todo el tesoro fuera mío! Y puedo apoderarme de él: basta envenenar a mis dos compañeros.

Compró las provisiones en el pueblo; mezcló veneno al vino y volvió al bosque.

En el momento en que entraba en la caverna, sus dos compañeros se arrojaron sobre él y le dieron de puñaladas hasta dejarlo muerto.

Tranquilos, después del crimen se pusieron a comer y bebieron el vino emponzoñado. Momentos después, espiraban en medio de horribles dolores.

A los pocos días sus cadáveres fueron descubiertos por casualidad en medio de las riquezas que habían acumulado en su guarida.

Schmid.



## LA PIEDRA SIN PULIR Y LA PIEDRA PULIDA

*La mano que menos trabaja tiene más delicado el tacto.*

SHAKESPEARE.

—¡Qué hermosa piedra es ésta, y qué fea es aquélla, papá!

—Pues las dos son iguales.

—No puede ser: ésta es lisa, tiene lustre y fajas de diferentes colores, que parecen pintadas a mano, mientras que la otra es áspera y fea.

—Y, sin embargo, hijo mío, las dos son piedras ágatas y fueron halladas en la orilla del Uruguay; pero ésta que desprecias es un ágata en bruto, sin pulimento, tal como se la encuentra en el campo; y la otra ha sido pulida por el hombre.

Y ahora, hijo mío, piensa en lo que te digo: La persona que no se instruye ni trabaja, es como el ágata en bruto, poco vale. Sólo el estudio y el trabajo constante, pulimentan y dan valor al hombre.

## TRES MONEDAS

*Una idea es un meteoro.*

VÍCTOR HUGO.

Un rey que iba de caza vió en el campo a un labriego. Se detuvo y le preguntó:

—¿Cuánto ganas por día?

—Tres monedas de plata —contestó el campesino.

—¿Y qué haces con ellas?

El campesino replicó:

—Gasto la primera para comer; pongo a interés la segunda y devuelvo la tercera.

El rey continuó su camino reflexionando en la curiosa respuesta. Al cabo de un rato regresó y dijo al labriego:

—¿Qué has querido decir con eso de gastar la primera para comer, poner a interés la segunda y devolver la tercera?

—Con la primera —replicó el campesino— me alimento a mí mismo; con la segunda, alimento a mis hijos, que cuidarán de mí cuando sea viejo; con la tercera, alimento a mi padre, y así le retribuyo lo que ha hecho por mí.

—Tienes razón —dijo el rey—. Prométeme que a nadie repetirás lo que acabas de decirme, sino después de haber visto mi cara cien veces.

Prometió el labriego, y el rey regresó al palacio. Poco después, en la mesa, dijo a sus ministros:

—Les propondré una adivinanza: un campesino gana tres monedas por día: gasta una para comer, otra la pone a interés y devuelve la tercera. ¿Cómo es eso?

Nadie pudo dar, en esa ocasión, una respuesta acertada.

Uno de los ministros recordó que el rey había hablado con un campesino, y resolvió ir a verlo, en la seguridad de que el hombre le daría la respuesta.

El campesino escuchó al ministro y replicó:

—No puedo decirlo. He prometido al rey que no repetiría a nadie lo que le dije, sino después de haber visto cien veces su cara.

—Pues la verás cien veces ahora mismo —dijo el ministro luego de pensar un instante.

Y entregó al campesino un bolsín, que contenía cien monedas, en cada una de las cuales aparecía la efigie del monarca. El campesino las contó, las miró una por una y declaró:

—Ahora que he visto cien veces la cara del rey, puedo decir la respuesta a la adivinanza.

Y la dijo.

Regresó el ministro al palacio y se apresuró a anunciar al rey que conocía la respuesta.



—Si la sabes, es porque te la ha dicho el campesino mismo — exclamó el rey, y dió orden de que el campesino se presentara ante él inmediatamente. Una vez llegado, lo interpeló:

—¿No me prometiste no decir nada a nadie hasta no ver cien veces mi cara?

—Sí, majestad. Tu ministro me mostró cien veces tu rostro.

Y presentó el bolsín que contenía las cien monedas. Tanto agradó al rey el ingenio del campesino, que, a su vez, le regaló otro bolsín lleno de monedas.

## DOLOR DE MADRE

*El dolor destroza los corazones más fuertes.*

TÍBULO.

En la calle apacible, un grito desgarrador fué la señal de la tragedia...

Algunos hombres corrieron, presurosamente, hacia la esquina... Las mujeres salieron a la puerta de calle, la angustia reflejada en el rostro, porque todas eran madres, todas tenían un hijo fuera de casa, y el corazón de una madre, al menor incidente, palpita espantado... Un agente cruzó corriendo la calle, hacia la farmacia. Tras él seguían unos hombres, doloridos y atentos, llevando un cuerpo inanimado... Y con ellos, una mujer pálida, sollozante, despeinada, cuyos ayes causaban pavor!... ¿Qué había ocurrido?

Allá en el otro extremo de la calle, apareció un hombre anciano, tratando de abrirse paso entre la muchedumbre. Era el abuelo. Entra.

¡Oh, madres; qué terrible espectáculo! Al fondo, sobre una camilla hecha con dos sillas y un colchón, había el cuerpo de un niño, cuerpo ensangrentado, despedazado, muerto!... Y a su lado, sentada en una silla, la cabeza dulcemente sostenida por una buena mujer, había una madre!... ¡Pobre madre!

¡Una madre que era la imagen de la palidez, del miedo y del dolor!... Una madre de ojos grandemente abiertos, fijos, mirando, sin ver, un punto misterioso del techo!... Una madre toda ella grito inarticulado, ese grito que no se olvida, ese grito que llega al corazón y lo desgarr!... Una desventurada buena madre, de brazos cruzados sobre el pecho y las blancas manos juntas, como si ellas quisieran decir la oración que su alma, perdida en la tragedia, no sabía, no podía decir!... Una madre inerte, cuerpo sin alma, que velaba, toda ella, el informe cuerpecito!... Una infeliz madre que se levantó de pronto, convulsivamente agitada, extendiendo los brazos y gimiendo: "¡Hijo, hijito mío!", para caer, ¡ay desdichada!, rígida, muerta, en brazos de la buena mujer que la sostenía!...

Un gran silencio, silencio mortal, como si en aquel instante se hubiera apagado la vida en la tierra y en el universo, sucedió... Y en el silencio se elevó la voz del abuelo:

—¡Mirad, aprended y no lo olvidéis, hijos míos!...

Este es el hijo que al matarse a sí mismo, por imprudencia, mató a su madre!... Huyó de su madre para vivir en el ruido de la calle, y la calle ha cobrado hoy su presa!...

¡Es el niño que mató a su madre!...

¡Mirad, aprended y no lo olvidéis, hijos míos, porque no merecen perdón de los hombres ni de Dios los niños que acongojan y matan el corazón de sus madres!...

J. Comorera.

*Así como ciertas plantas no pueden crecer sino en un buen terreno, así nuestros pensamientos no pueden germinar sino en un buen corazón.*

LEVIS.



## UNA JOYA UNICA

*Cada día es una existencia en miniatura.*

LUBBOCK.

Cruzando un desierto, un viajero inglés vió a un árabe muy pensativo sentado al pie de una palmera. A poca distancia reposaban sus caballos, pesadamente cargados, por lo que el viajero comprendió que se trataba de un mercader de objetos de valor que iba a vender sus joyas, perfumes y tapices a alguna ciudad vecina.

Como hacía mucho que no conversaba con nadie, se aproximó al pensativo mercader, diciéndole:

—Buen amigo, ¡salud! Parecéis muy preocupado. ¿Puedo, acaso, ayudaros en algo?

—¡Ay! —respondió el árabe con tristeza—. Estoy muy afligido, porque acabo de perder la más preciosa de las joyas.

—¡Bah! —replicóle el otro—; la pérdida de una joya no debe ser gran cosa para vos, que lleváis tesoros sobre vuestros caballos y os será muy fácil reponerla.

—¡Reponerla! —exclamó el árabe—. Bien se ve que no conocéis el valor de mi pérdida.

—¿Qué joya era, pues? —preguntó el viajero.

—Era una joya —le respondió— como no volverá a hacerse otra. Estaba tallada en un pedazo de piedra de la Vida, y había sido hecha en el taller del Tiempo. Adornábanla veinticuatro brillantes, en torno de cada uno de ellos se agrupaban sesenta más pequeños. Ya veis cómo yo tengo razón al decir que joya igual no podrá reproducirse jamás.

—A fe mía —dijo el inglés—, vuestra joya debía ser preciosa. Pero, ¿no creéis que con mucho dinero pudierais hacerla otra análoga?

—La joya perdida —respondió el árabe, volviendo a quedar pensativo— era “un día”, y un día que se pierde no vuelve a encontrarse jamás.

## EL CAMPESINO ASTUTO

*Cuatro cosas nacen de la avaricia: hurtos, juramentos falsos, engaños y homicidios.*

RIMINALDO.

En cierta ocasión, habían robado a un campesino el mejor caballo que tenía en su caballeriza. Resolvió comprar otro y se trasladó para este objeto a una feria que se celebraba en un lugar a quince leguas de su aldea. Grande fué su sorpresa cuando entre los caballos que se hallaban en venta reconoció al suyo.

Lo tomó de la brida, exclamando:

—Este animal me pertenece. Me lo robaron hace tres días.

El hombre que había llevado el caballo a la feria para venderlo, repuso muy cortésmente:

—Se equivoca, amigo mío. Hace más de un año que poseo este caballo. Es posible que se parezca al que le robaron, pero le aseguro que es mío.

Entonces el campesino puso ambas manos sobre los ojos del animal, y dijo:

—Si como usted pretende, hace un año que posee este animal, sabe usted, sin duda, de qué ojo es tuerto.

El vendedor, que en verdad había robado el caballo, pero que no lo había examinado minuciosamente, se alarmó ante esa pregunta, pero afirmó:

—Del ojo izquierdo.

—Está equivocado —replicó el campesino—. Este animal no es tuerto del ojo izquierdo.

—Ya lo sé —exclamó el ladrón—. Me equivoqué. Es del ojo derecho.

En ese momento el campesino apartó las manos de los ojos del caballo y dijo:



—Es evidente ahora que eres un ladrón y un mentiroso. Pueden comprobarlo todos los que me rodean: este animal ve de ambos ojos. He recurrido a ese subterfugio para desenmascarar a este individuo.

Los curiosos, que se habían reunido en gran número, comenzaron a decir al ladrón:

—¡Has sido pillado! ¡Has sido pillado!

El pícaro debió restituir el caballo y fué condenado, por robo, a una pena severa.

Schmid.

## LA PEREZA

*El que por pereza no tapa la gotera, tiene que hacer al fin la casa entera:*

Vicente era dueño del rancho más espacioso y cómodo de todo el pago. Era la habitación amplia y bien dispuesta, levantada cerca de una hermosa y limpia laguna, y estaba rodeada de añosos y ufanos árboles que la protegían contra los vientos y le prestaban continua y regalada sombra en las pesadas horas de sol.

Un día el cielo se puso plomizo y el aire cálido y pesado.

Al anochecer se desencadenó un formidable ventarrón, que hizo estragos y que abrió una pequeña brecha en el techo de la casa de Vicente.

—Será preciso componer el desperfecto — dijo su esposa, que era muy previsora.

—¡Bah! No corre prisa. Lo mismo es hoy que mañana. Otro viento como el de esta noche no ha de volver.

La esposa se encogió de hombros y se calló. A los pocos días le dijo:

—Vicente, el agujero del techo se ha hecho más grande; es preciso taparlo; si no, el día menos pensado nos dará un disgusto.

—¡Qué agoreras sois las mujeres! —dijo Vicente, que siempre creía tener tiempo para todo—; eso no será nada, pero, en fin, para darte gusto, mañana haré la compos-tura. Hoy me es imposible; tengo una cita con mi com-padre Cirilo y no puedo faltar.

Y montando a caballo se alejó en dirección al rancho de su compadre, sin acordarse de la promesa, ni del te-cho de su casa.

Los temores de la esposa de Vicente se realizaron bien pronto. Al llegar la noche, el cielo volvió a encapotarse; la atmósfera se puso cálida y pesada y al poco rato em-pezó a soplar un furioso viento, que acabó por conver-tirse en desatado huracán.

Vicente, detenido por la borrasca en casa de su com-padre, estaba inquieto y pensaba, no sólo en el boquete del techo de su rancho, sino en las advertencias de su esposa, que él no había querido atender; pero lo que más le atormentaba, llenándole de angustia, era la idea de que hubiera podido suceder una desgracia a su familia.

Por fin, calmó la borrasca y Vicente pudo regresar a su casa.

Durante el camino no le abandonó la zozobra.

Tenía el presentimiento que algo grave había suce-dido.

Y así fué en verdad.

Al llegar a su casa, un espectáculo tristísimo se ofre-ció a su vista.

El rancho estaba destruído, y su familia, abatida por el terror, se había acurrucado junto a uno de los viejos ombúes que alrededor de su casa se levantaban.

Vicente no pudo contener las lágrimas. Bajó del ca-ballo, abrazó a sus hijos y luego se quedó mirando al derruído hogar con honda tristeza.

—¡Ves, Vicente! —le dijo su esposa; si me hubieras creído...

—Tienes razón; esta desgracia me servirá de ejemplo y me impulsará a enseñar a mis hijos que no debe de-jarse para mañana lo que puede hacerse hoy.



## EL ZAR Y LA CAMISA

*La felicidad nace, como la rosa, de las espinas y trabajos.*

SAAVEDRA FAJARDO.

Hallándose enfermo el zar, dijo éste a sus cortesanos:

—¡Daría la mitad de mi reino a quien me curase!

Entonces todos los sabios se reunieron y pusieron de acuerdo para curarlo, mas no hallaban el medio.

Uno de ellos, sin embargo, declaró al cabo que podría curarse al zar.

—Si sobre la tierra es posible encontrar un hombre feliz —dijo—, quítenle la camisa y que se la ponga el zar.

Será un remedio seguro, infalible.

El zar dispuso entonces que salieran emisarios a buscar por el mundo un hombre feliz.

Los enviados del soberano esparcieron por todo el reino, mas no lo hallaban. Ni un hombre que estuviese satisfecho de su suerte, se encontró.

El uno estaba rico, pero enfermo; el otro gozaba de salud, pero estaba pobre; aquél, rico y sano, quejábase de su mujer; éste renegaba de sus hijos; todos deseaban algo.

Cierta día, al pasar por delante de una miserable choza, el hijo del zar oyó que en el interior de la humilde vivienda alguien exclamaba:

—Gracias a Dios, he trabajado y he comido bien. ¿Qué me falta?

El hijo del zar sintióse lleno de alegría. Había encontrado por fin lo que buscaba, e inmediatamente envió por la camisa de aquel hombre, a quien, en cambio, habría de dársele cuanto dinero él exigiese.

Los emisarios presentaron a toda prisa en casa del hombre feliz para quitarle la camisa, pero el hombre era tan pobre, que ni aún aquella prenda usaba.

Tolstoi.

## EL PASTOR Y EL FILOSOFO

*No hay ley más firme que la de la naturaleza.*

Apartado del ruido de las poblaciones, un anciano pastor pasó mucho tiempo en su choza, en el venturoso estado en que se vive ni envidioso ni envidiado; no le turbaron los cuidados de la riqueza, ni tan pobre fué que de la miseria llegara a conocer las negras angustias; envejeció, y sus canas y su experiencia hicieron de él un varón respetable y de buen consejo. No sólo en la comarca que le vió nacer, sino por todo el mundo extendióse su fama, y por ella atraído fué a verle un sabio filósofo a su choza. Y después de conversar un rato con él, preguntóle, admirado de su ciencia, dónde había aprendido lo que sabía, por dónde había viajado y qué libros leyó.

—Ni hice estudios, ni viajé, ni he leído libros — respondió el pastor.— Lo poquísimo que sé me lo ha enseñado la Naturaleza. Con sus ejemplos, me ha inspirado odio al vicio y amor a la virtud. De la abeja he aprendido a ser industrioso, y de la hormiga a pensar en el mañana. Mi perro, modelo para mí ha sido de lealtad y gratitud. De amor nupcial me ha dado lecciones la paloma, y mirando a la gallina cuando cuida de sus hijuelos y a las demás aves, aun volando, he aprendido a ser buen padre. También la naturaleza me ha enseñado, para que de ello huya, lo malo y lo ridículo. Nunca hablo a mis semejantes con aire grave, ni en tono jactancioso, pues sé que, lejos de ser sabios lo que tal hacen, sientan plaza de buhos repugnantes; un hablar moderado y un silencio oportuno rige mis conversaciones; que el hablar molesto e inoportuno merece el desprecio de todos; el que escuche a la urraca será un tonto. Desprecio a los que emplean la fuerza y el engaño para despojar a los demás. Que se unan a los lobos, milanos, halcones y demás fieras y aves de rapiña.

Mas, ¡qué digo! Es tal la maldad de los hombres que



ni siquiera merecen tener estos aliados. No hay animal tan dañino como el usurpador y el envidioso. Finalmente, la Naturaleza me ha hecho ver que todo lo creado es admirable y que se puede sacar provechosas enseñanzas de la contemplación del ente más sencillo y diminuto.

—Tu virtud —dijo el filósofo— acredita tu ciencia y la fama de que gozas. El género humano está sujeto a errores; pero la Naturaleza jamás se equivoca ni engaña; de suerte que examinando sus verdades, previa la meditación y la experiencia, puede el hombre alcanzar virtudes y saber.

## VENCE LA PEREZA

*Mientras el hombre se cruza de brazos, llega la pobreza prontamente y de él se apodera la indigencia.*

Dos hombres sembraron.

El uno se contentó con arrojar la semilla, y confió para que brotara, en la lluvia, el sol y el rocío.

El otro comenzó por labrar profundamente; luego sembró, y cuando brotó la semilla, la regó con esmero y estuvo siempre al cuidado.

Sucedió que la semilla sembrada por el primero nació raquítica, la quemó el sol y la sofocaron los yuyos.

La semilla del otro nació con vigor, tomó incremento la planta, se elevó cubierta de follaje y llegado el otoño, dió abundantes frutos.

He aquí la diferencia que hay entre la ociosidad y el trabajo. La pereza lo esteriliza todo y el trabajo produce bienestar siempre.

*El orgullo de los pequeños consiste en hablar siempre de sí; el de los grandes en no hablar de sí nunca.*

VOLTAIRE.

## MIL MONEDAS DE ORO

*Más felicidad hay en dar que en recibir.*

ISAÍAS.

Un hombre rico quería hacer un donativo de mil monedas de oro para los pobres, pero no sabía a qué pobres dar ese dinero.

Fué a ver a un sacerdote y le dijo:

—Deseo donar mil monedas de oro para los pobres, pero no sé a quiénes. Tome esta suma y distribúyala como le parezca.

El sacerdote le dijo:

—Es una gran suma. No sé tampoco a quien darla. Pudiera suceder que diese demasiado a uno y poco a otro. Veamos: dígame usted a qué pobres o cómo debo repartir el dinero.

El otro repuso:

—Si no sabe a quién dar el dinero, Dios lo sabe. Dé-selo al primer pobre que se le presente.

En la misma parroquia vivía un hombre muy pobre. Tenía muchos hijos y él, enfermo, no podía trabajar. Un día en que leía el salterio, su mirada se detuvo en estas palabras:

“He sido joven, he envejecido y jamás he visto abandonado al justo, ni a tu posteridad mendigando el pan”.

El pobre agregó:

—He aquí que me veo abandonado de Dios. Sin embargo, nunca he hecho mal. . .

Iré a ver al sacerdote para preguntarle cómo es posible que las escrituras contengan semejante falsedad. . .

Y fué a ver al sacerdote. Este le vió venir y se dijo:

—He aquí el primer pobre que se me presenta.

Y le dió las mil monedas de oro.

Tolstoi.



## EL LINO

*Son los codiciosos como la esponja, que aunque chupa toda el agua de que es capaz, ni está harta ni se aprovecha de ella.*

ESPINEL.

Una diligente granjera trabajaba con toda dedicación para cultivarlo bien y obtenerlo de la mejor calidad. Un día se le presentó un comerciante, que le dijo:

—Deme la semilla de lino que usted cultiva; yo le traeré, en cambio, semilla de lino extranjera, cuya calidad es incomparablemente mejor. Además, usted me pagará por cada bolsa diez francos.

Deseosa de mejorar la calidad de su lino, la granjera aceptó la proposición. Le entregó su lino y poco después el comerciante trajo el que había prometido.

Cuando se vació la primera bolsa vióse rodar entre las semillas algo que brillaba. Era un anillo de oro. Al verlo, la mujer exclamó con indignada sorpresa:

—Este es el anillo que perdí el otoño pasado. Sin duda se me deslizó del dedo mientras embolsaba las semillas.

Y dirigiéndose al comerciante, continuó:

—Es usted un embustero, y este hallazgo revela su fraude. Usted ha pretendido venderme como semilla extranjera el mismo lino que yo le dí. En vez de recibir diez francos merece que mis criados le administren una buena tunda.

El asunto no quedó ahí. El comerciante fué condenado por el juez a pagar una crecida multa y sufrió tanto en su reputación que se vió obligado a renunciar a su comercio.

Schmid.

## LAS DOS FACTURAS

*El porvenir de los hijos es la obra de las madres.*

NAPOLEÓN I.

Un niño de diez años, como oyese un día una conversación relativa al pago de unas cuentas, tuvo la idea de presentar también a su madre la nota de los servicios que le había prestado de tiempo atrás.

Al sentarse a la mesa para almorzar, se encontró la madre, sobre su plato, esta factura sorprendente:

“Mamá debe a su hijo Jorge:

Por haber ido a traer carbón, 6 veces . . . . .	\$ 2.—
“ “ “ “ “ leña, varias veces . . . . .	“ 2.—
“ “ hecho algunos mandados . . . . .	“ 1.—
“ “ sido siempre un niño bueno . . . . .	“ 1.—
<hr/>	
Total . . . . .	\$ 6.—

La mamá tomó la factura sin decir nada.

Por la noche, al momento de cenar, encontró Jorge en su plato la cuenta con los seis pesos que había pedido.

Ya se metía el dinero en el bolsillo muy satisfecho, cuando vió otra factura que decía:

“Jorge debe a su mamá:

Por haber pasado diez años felices en su casa	nada
Por haberlo alimentado durante diez años . .	nada
Por haberlo curado durante sus enfermedades	nada
Por haber sido durante diez años una buena madre para él . . . . .	nada
<hr/>	
Total . . . . .	nada



Al leer esta factura, no menos sorprendente que la suya, Jorge quedó confundido. Llenos los ojos de lágrimas y temblándole los labios, corrió hacia su mamá y cayó en sus brazos.

—¡Querida mamita —dijo, devolviéndole el dinero, — te pido perdón por lo que hice!

Mamá no le debe nada a su hijito; comprendo que nunca podré pagarte todo lo que te debo y haré todo lo que mi mamaita desee, sin pensar en ninguna retribución.

## LA CALLE

*Los padres deben ser ejemplos palpitantes de cultura y honradez, de magnanimidad, prudencia y justicia.*

D. J. GUZMÁN.

Te observaba desde la ventana esta tarde al volver de casa del maestro; tropezaste con una pobre mujer. Cuida mejor de ver cómo andas por la calle. También en ella hay deberes que cumplir. Si tienes cuidado de medir tus pasos y tus gestos en una casa, ¿por qué no has de hacer lo mismo en la calle, que es la casa de todos? Acuérdate, Enrique: siempre que encuentres a un anciano, a un pobre, a una mujer con un niño en brazos, a un impedido que anda con muletas, a un hombre encorvado bajo el peso de su carga, a una familia vestida de luto, cédeles el paso con respeto; debemos respetar la vejez, la miseria, el amor maternal, la enfermedad, la fatiga, la muerte. Siempre que veas una persona a la cual se le viene encima un carruaje, quítale del peligro, si es un niño; adviértele, si es un hombre. Pregunta siempre qué tiene al niño que veas llorando. Recoge el bastón del anciano que lo haya dejado caer. Si dos niños riñen, sepáralos; si son dos hombres, aléjate para no asistir al espectáculo de la violencia brutal que ofende y endurece el corazón. Y cuando pasa un hombre ma-

niatado entre dos guardias, no añadas a la curiosidad cruel de la multitud la tuya; puede ser un inocente. Cesa de hablar con tu compañero y de sonreír cuando encuentres, o una camilla del hospital, que quizá lleva un moribundo, o un cortejo mortuario, porque ¡quién sabe si mañana no podría salir uno de tu casa! Mira con reverencia a todos los muchachos de los establecimientos benéficos que pasan de dos en dos; los ciegos, los mudos, los raquíticos, los huérfanos, los niños abandonados; piensa que son la desventura y la caridad humanas las que pasan. Finge siempre no ver a quien tenga una deformidad repugnante, ridícula. Apaga siempre las cerillas que encuentres encendidas al pasar; el no hacerlo podría costar caro a alguno. Responde siempre con finura al que te pregunte por una calle. No mires a nadie riendo; no corras sin necesidad, y no grites. Respeta la calle. La educación de un pueblo se juzga, ante todo, por el comedimiento que observa en la vía pública. Donde notes falta de educación fuera, la encontrarás también dentro de las casas. Estudia las calles, estudia la ciudad donde vives, que si mañana fueras lanzado lejos de ella, te alegrarías de tenerla bien presente en la memoria y de poder recorrer con el pensamiento tu ciudad, tu pequeña patria, la que ha constituido por tantos años tu mundo, donde has dado tus primeros pasos al lado de tu madre, donde has sentido las primeras emociones, abierto tu mente a las primeras ideas y encontrado los primeros amigos. Ella ha sido una madre para ti; te ha instruido, deleitado y protegido. Estúdiala en sus calles y en su gente; ámalala, y cuando oigas que la injurian, defiéndela.—Tu padre.

E. de Amicis.

*El despotismo no es otra cosa que un abuso, y el desprecio de la dignidad humana y el olvido de la equidad natural.*

LATENA.



## LOS DOS HERMANITOS

*Un hermano es un amigo que nos da la naturaleza, y un amigo es un hermano que nos da la sociedad.*

Adela, madre de dos amables niños, les decía una vez:

—“Sentémonos, amigos míos, debajo de estos viejos limoneros, y respiremos los perfumes de los azahares que un fresco viento esparce sobre nuestras cabezas como una dulce lluvia. Desde vuestro nacimiento, vosotros sois mi alegría y mi felicidad. ¡Cuánto me agrada veros retozar sobre la grama, y regocijaros bajo un mismo enramado! ¡Cuántas veces vuestras amorosas palabras, vuestras ingenuas caricias han inundado mi corazón de un gozo inexplicable! Y cuando contemplo las recíprocas manifestaciones de vuestro amor, de ese tierno y mutuo afecto que une vuestras almas, ¡ah! entonces mi dicha llega a su colmo. ¡Oh, hijos míos!, ¡con cuánto alborozo veo cómo se abren vuestros corazones, cada vez más, a los santos transportes del amor fraternal!

“Amaos, hijos míos; amaos y andad siempre unidos, como dos flores que se unen en un mismo tallo; ellas se presentan el doble más bellas, el aroma que exhalan es más fragante y las mariposas del prado, volando a su alrededor, parece que aplauden los besos que se prodigan al impulso de los vientos.

“Amaos y estrechaos como las floridas ramas de la madreSelva, que se elevan abrazadas, como para darse ayuda y embalsamarse recíprocamente con su aliento.

“Amaos como dos tórtolas que se crían en un mismo nido; como dos corderitos que brincan, en un mismo prado, que jamás se ofenden en sus juegos, y si los fatiga el calor se ponen a la sombra bajo una misma zarza.

“Amaos como dos amigos que viajan juntos por re-

giones extrañas. Entre ellos son comunes los desasosiegos y las esperanzas, las gratas impresiones y las penas; caminan por unos mismos senderos y descansan en una misma gruta."

Conmovido con estas palabras el mayorcito de los niños, se arroja en brazos de su hermanito y le dice:

"¡Oh hermano mío! amémonos y vivamos unidos como dos hermanos, como dos flores que crecen en un mismo tallo; como las ramas de la madreSelva que se entrelazan; como dos tortolitas criadas en un mismo nido; como dos corderitos que juegan en un mismo prado, y como dos amigos que viajan juntos."

Marcos Sastre.

## EL PEREZOSO

*El trabajo es una fuente constante de beneficios para el hombre.*

Viajaba un padre con su hijo. En el camino dijo aquel a éste: "Pedro, recoge y guarda la herradura que ves allí".

El hijo contestó: "Eso no vale la pena de agacharse a recogerlo". El padre, sin decir nada más, tomó la herradura y se la echó en el bolsillo. En el próximo pueblo se la vendió a un herrero por cinco centavos, y con ellos compró guindas.

Siguieron el camino. Hacía mucho calor, y no se veía en ninguna parte casa ni fuente. Pedro tenía tanta sed, que casi no podía seguir a su padre. Entonces éste dejó caer, como al descuido, una guinda. Pedro se apresuró ansioso a recogerla y se la comió. Poco después el padre dejó caer otra, que corrió la misma suerte; en seguida otra y otra, hasta que se acabaron las guindas.

Luego se volvió el padre sonriéndose y dijo al hijo: "Si te hubieras agachado una sola vez para recoger la herradura, no habrías tenido que agacharte tantas veces para recoger las guindas."



## ANECDOTA DE MITRE

*Es necesario combatir los defectos del niño y reprimir sus malos instintos.*

Paseaba el general por una calle de Buenos Aires, solo y a pie, como era su costumbre de todos los días.

De pronto fué detenido por un muchachito, quien con un cigarrillo en la mano, le dijo:

—Señor, ¿me da fuego?

Mitre miró al muchacho, llevó a la boca el cigarrillo que nunca abandonaba y le contestó:

—Enciende.

Fueron vanos los esfuerzos del chico para alcanzar con su cigarrillo, el cigarrillo del general.

—¡No alcanzo, señor! — dijo con desconsuelo.

—¡Bien! —contestó Mitre.— ¡Cuando alcances fumarás! — y siguió tranquilamente su camino.

## EL ABUSO DEL VINO

*El alcohol y el cigarro conducen a la locura.*

Dicen los árabes que cuando Noé hubo plantado la viña, Satanás fué y la regó con sangre de pavo; en cuanto aparecieron las hojas, rególa con sangre de mono; al formarse los racimos, con sangre de león, y cuando la uva estuvo madura, el riego fué con sangre de cerdo. . .

Y bien, agregan, alimentada la viña con la sangre de esos cuatro animales, el vino ha tomado los caracteres de todos ellos. Así, a los primeros vasos de vino, el hombre bebedor se vuelve más confiado en sí mismo, es jactancioso, lleno de orgullo: la sangre de pavo ha producido sus efectos. Los vapores del pérfido licor empiezan a subírsele a la cabeza, está contento, salta, hace piruetas como un mono. La ebriedad se apodera de él: es un león furioso. Llega al colmo de la borrachera, cae, y, como el cerdo, revuélcase en el suelo, se estira y duerme.

## ANECDOTA DE SARMIENTO

*No fueras mortal si todo hicieses bueno.*

Sarmiento, diputado al Congreso, defendía la moralidad pública; entonces, un joven diputado porteño se levanta y dice que carece de fuerza la palabra del señor Sarmiento porque para tener autoridad es necesario ser puro, y él ha hecho en tal y cual tiempo, esto y aquello y lo otro.

Sarmiento, sin alterarse en lo más mínimo, llama al ordenanza y le dice:

—Tráigame un vaso de agua.

—¿Con limonada, señor, o con azúcar?

—No, con un poquito de tierra en el plato.

Aunque sorprendido, como todos, obedeció el ordenanza.

Cuando se le presentó el agua, Sarmiento dijo:

—¿Ven, señores, esta agua cristalina? Es porque aún no ha servido para nada; así es el señor diputado. Esa misma agua se ensucia con un solo grano de tierra que se le eche, y así queda el agua cuando ha servido para algo.

También cuando el agua empieza a bajar de las altas cumbres es cristalina, pero luego se transforma en torrente, que fecunda valles y lleva la vida a vastas regiones hasta formar inmenso río, que sirve de vía a millares de naves; entonces el agua ha perdido su primera claridad. Así son los hombres generalmente.

La cámara aplaudió y Sarmiento quedó triunfante con esta inesperada salida, que desconcertó al joven diputado.

*Quisiera ver grabada en la puerta de cada escuela esta frase: "No hacer nada por rivalidad o por vanagloria". Al contrario de esto, la natural indolencia de una lentitud sana no debe ser turbada con provocaciones o torturada con castigos.—JOHN RUSKIN.*



## EL MEDICO Y EL ENFERMO

*El hombre justo mira la muerte con tranquilidad porque nada tiene que temer.*

Un enfermo consultó un día a un médico célebre de nuestros tiempos, al doctor Trousseau. Después de haberlo examinado, el médico le declaró que su enfermedad era grave y que tendría que sufrir una operación dolorosa.

—No tendré nunca valor, —exclamó el enfermo con desesperación—; no puedo tolerar ni aún el pensamiento de una operación; ¿qué sería la operación misma?

—No hable usted así —le dijo Trousseau—, ese lenguaje no es digno de un hombre. El enfermo, irritado, se dejó llevar de la ira: —Es fácil, exclamó, exhortar a los demás a tener valor, cuando uno no tiene nada que sufrir por su parte.

—Usted se ensaña, caballero, — respondió con suavidad el doctor—, al creer que no tengo nada que sufrir por mi parte. Hace largo tiempo que estoy atacado de un cáncer, cuya marcha y progresos estudio. El mal ha llegado a su último período y puedo prever mi fin con algunos días de diferencia. Dentro de tres meses usted estará curado y yo habré muerto.

El enfermo, confundido por semejante serenidad, no pudo contestar palabra.

Como lo había anunciado, Trousseau murió tres meses después, sin haber dejado de cumplir sus deberes profesionales, y sin haber abandonado a sus enfermos ni en sus últimos momentos, siendo vivo ejemplo, para estos mismos enfermos, del valor sereno frente a la muerte y de su abnegación para con los hombres.

M. Guyau.

## SEGUNDA PARTE

### EL ALMA DEL NIÑO

LA MEJOR BELLEZA Y ADORNO PARA EL NIÑO ES EL POSEER  
UN CORAZON NOBLE, PURO Y GENEROSO.

E. C.

---

### UN ALMA CARITATIVA

*La limosna es como rocío del cielo y cae sobre  
el alma del que la da.*

CAÑETE.

Pasaba yo por una calle, cuando una mendiga, vieja y decrepita me detuvo. Tenía la pobre anciana los ojos inflamados y lagrimosos, los labios azulados, vestía harapos sucios y mostraba asquerosas llagas. ¡Oh, cuán horriblemente había corroído la pobreza a aquella pobre infeliz!

Me alargó una mano roja, hinchada, sucia; y sollozaba, gemía al implorar mi socorro.

Registré mi cartera y saqué una moneda, que deposité en aquella sucia y temblorosa mano, por la cual fué conducida a un roto bolsillo.

La pobre anciana fijó en mí los ojos enrojecidos y dejó escapar por sus moratados labios una sonrisa, la que reflejaba el dolor que había calmado en esa alma pura y triste, la pequeña limosna recibida.

Le ofrecí mi casa para que pasara de cuando en cuando y poderle prestar algún auxilio.



La mendiga, agradecida, desapareció. Al cabo de unos días, a la hora del almuerzo, llamaron a la puerta; me asomé y vi a la desdichada que días antes había encontrado en la calle. Me imploró por favor que le diera un poco de alimento, porque estaba débil y no tenía recursos para hacerse ella misma el almuerzo. Entonces yo, con la más buena voluntad, le dí parte del mío, para que no se fuera desconsolada.

Satisfecha por el bien que le acababa de hacer, me explicó las ingratitudes recibidas por sus hijos, los cuales, en pago de los buenos cuidados y educación que ésta les había prestado, la despreciaron y olvidaron.

No hay que ser egoístas, ni tener repugnancia a los mendigos; al contrario, hay que prestarles ayuda, extender la mano para darles una limosna y dirigirles una palabra de consuelo y cariño.

Hay que compadecerse de esos desgraciados; ellos más que nadie necesitan ser cuidados y guiados en el camino de la vida.

No olvidemos que la caridad es una piedra preciosa que debemos encerrar en nuestro corazón. Quien la posee puede tener el orgullo de ayudar a sus semejantes sin hacer ninguna ostentación.

*El niño obediente llegará a ser hombre de provecho.  
Si queréis vivir libres de vicios, huid de los que dan  
mal ejemplo.*

SÉNECA.

\* \* \*

*Se debe fortificar la voluntad del niño, templar su  
carácter y enseñarle a hacer buen uso de su libertad. Esto,  
sólo se obtiene dándole una sólida educación moral.*

## LA OBEDIENCIA DE LOS HIJOS

*El niño obediente llegará a ser hombre de provecho.*

Un padre tenía tres hijos: el mayor era por temperamento indolente; el segundo, un vago, y el tercero, un goloso. Para corregir sus defectos, el padre enviaba al mayor todos los días a la escuela, prohibía al segundo sus escapadas por la ciudad y mandaba al tercero que sólo comiera a sus horas y modestamente.

Los tres le obedecían de mala gana. Llamólos un día y dijo al mayor: "Tú deseas desobedecerme y dejar de ir a la escuela. —Es cierto, padre, repuso el muchacho. —Si dejas de ir a la escuela, ¿serás más adelante un hombre instruído? —No. —Sin serlo, ¿podrás ganarte la vida y hacerte un sitio en el mundo? —Probablemente no... —Por tanto, ¿no te hago un beneficio al corregirte de tu indolencia y mandarte a la escuela?..."

Dijo luego el padre al segundo: "Tú deseas desobedecerme e irte a vagar por los campos y montañas. —Es cierto, padre, repuso el muchacho. —Siendo tan pequeño que no tienes aún edad para ir a la escuela, ¿no correría tu vida mil peligros si vagaras solito, lejos de tu casa? —Así creo... —Pues bien, ¿no te convendría más crecer por ahora e instruirte, para que, conservando la vida y la salud, puedas más adelante recorrer a tu gusto el mundo?..."

Dijo luego el padre al tercero: "Tú deseas desobedecerme y atracarte de dulce. —¡Ojalá pudiera!, repuso el muchacho. —¿No te enfermarías si comieses demasiado? —Me ha sucedido ya eso. —¿No sabes, por habértelo dicho el médico, que abusando ahora en tus comidas te echas a perder el estómago para siempre? —Sí... —En suma, ya que te gusta tanto la buena mesa, ¿no te parece que debes ante todo cuidar de niño tu es-



tómago, para no ser de grande un desgraciado enfermo?..."

Y el padre terminó diciendo a sus tres hijos: "Los niños, por falta de experiencia, no saben lo que les conviene. Sábenlo, en cambio, sus padres, porque tienen experiencia. De ahí que está en el interés de los niños obedecerlos. Los niños que los desobedecen labran para cuando sean mayores su propia desdicha, y los que obedecen de mala gana revelan, además, torpes sentimientos y escasa inteligencia".

## LA AVARICIA ROMPE EL SACO

Eran las ocho de la noche del día 5 de enero. Mariana había mirado y examinado con atención todos los zapatos y botines, modernos y antiguos, nuevos y viejos, grandes y pequeños, que había en la casa; mas, por los movimientos de desagrado que con frecuencia hacía su bella cabecita, comprendíase que ninguno de aquéllos satisfacía sus exigencias. De improviso notóse en su semblante un tinte de alegría; sin duda, alguna idea luminosa se había presentado ante su mente, dando a su fisonomía un aire de triunfo.

Se fué corriendo hasta el pequeño aposento de Cosme, el criado, un mocetón de formas gigantescas que desde hacía muchos años servía en la casa. Agachóse para mirar debajo de la cama, y una exclamación de alegría dejó comprender que, por fin, había encontrado lo que con tanto empeño iba buscando.

Con mucho trabajo consiguió sacar a la vista una bota de dimensiones fenomenales. Era una de las que usaba Cosme cuando durante el invierno, tenía que ir a la estancia.

Intentó llevarla a otra parte, mas sus fuerzas no se lo permitieron, y entonces fué en busca de ayuda.

Encontró a su hermano Alfonso, lo tomó de un brazo y con aire misterioso le dijo:

—Ven conmigo; necesito que me ayudes. Tengo que hacer algo importante, pero me vas a prometer que no hablarás de esto con nadie.

Alfonso, que ya contaba 15 años y era un jovencito serio y juicioso, la miró para interrogarla, mas la pequeña no le dió mayores detalles y lo condujo, llevándolo de la mano, hasta el aposento del criado, e indicándole la descomunal bota, dijo:

—¿Recuerdas que el año pasado los reyes, o mejor dicho, papá y mamá, me trajeron tan sólo una muñeca pequeñita, porque, según dijo Pepe, el zapato que yo había dejado delante de mi puerta era también muy pequeño? Pues este año todos van a quedar burlados; voy a dejar afuera esta Señora Bota, en la que cabe medio bazar de juguetes.

—Sí, pero si no me equivoco, me parece que el año pasado no te trataron muy bien papá y mamá porque, según supe, sacaste el zapato de Jorge para dejar el tuyo solo, demostrando con eso que todo lo querías para ti —dijo Alfonso—. Yo pondré la bota donde tú quieras, con tal que me prometas dar a Jorge la mitad de los juguetes que en ella encuentres.

—Eso lo veremos después; es asunto mío —dijo Marianita—; tú ayúdame y nada más.

Alfonso colocó la bota donde le indicó su hermanita y luego contó a sus padres la ocurrencia de la pequeña.

A la mañana siguiente, antes de amanecer, Marianita abandonó la cama y, en camisa, descalza, caminando con la punta de los pies, fué hasta donde estaba la bota.

—Vamos a ver, decíase con alegría, si este año los señores reyes se han portado bien conmigo.

Introdujo su manita en la bota, trémula de emoción, y sacó de ella una tira de papel blanco en que se leía, escrito con tinta punzó:

“La avaricia rompe el saco.”

E. C. de Bedogui.



## EL PERDON

*El que perdona vence más que el que se venga.*

R. DE ALARCÓN.

—¿Me perdonas, Martita?

La niña movió negativamente la cabeza.

—Anda, no seas mala. Lo he hecho sin querer; no tenía la intención de ofenderte.

Dame un beso y hagamos las paces.

Pero Marta se echó a reír amargamente, y dijo con ironía:

—¿Lo has hecho sin querer? ¿Y no has pensado en la pena que ibas a causarme? Por ti he pasado a los ojos de todas las compañeras como una ignorante, con tu vanidad y tu soberbia me has humillado delante de las profesoras, haciendo alarde de que sabías la lección mejor que yo. Y eso no era cierto, bien lo sabes. Di que has tenido suerte y de ella te vales siempre para quedar en buen lugar. Entre nosotras todo ha concluído. No volveré a hablarte en mi vida.

Pero María insistió con los ojos llenos de lágrimas.

—Por Dios, Marta, olvídate de lo que he hecho. Hay veces que sentimos el deseo de ser malos, sin saber por qué. Tú y yo éramos las mejoras alumnas de la clase, y cuando tocó decidir el premio trabajé por conseguirlo, y tal vez, sí, tal vez he tenido envidia al ver que tú ibas a llevártelo, y por eso cuando te preguntaron la lección y vacilaste al responder, yo me anticipé y contesté en tu lugar. Pero te juro que me arrepiento de ello. Nuestra amistad no puede terminar, es imposible. Ya vez que reconozco mi error, que te pido perdón...

—Es inútil cuanto hagas o digas. Al fin he conocido tu mal corazón. Nunca te perdonaré.

Y María se apartó de su amiga. Esta la vió alejarse con inmensa pena. ¡Ah, malhadado premio, que le costaba profundo dolor, hondo remordimiento y una amiga, la más querida entre todas! ¿Qué pasión mezquina la había llevado a humillarla? ¿Qué era "eso" obscuro, sin nombre, que había pasado por su alma sólo un instante y había bastado para revelar un "yo" capaz de una maldad?

Una mañana, Marta vió vacío el lugar que María ocupaba en la clase. Desde la ruptura, las dos niñas se habían alejado, y ni los ruegos de las profesoras, ni las cariñosas reflexiones de las compañeras podían unir las.

—María está enferma — dijo alguien en voz alta.

Y todas miraron a Marta.

Esta, un poco pálida, permaneció impasible; pero una angustia extraña le atenaceó el pecho.

—¿Qué tendrá? ¿Qué habrá ocurrido? — se decía. Y todo el antiguo cariño se despertó en ella. Pero el orgullo impidió que hablara.

—No será nada — pensó—. Alguna fiebre o dolor de cabeza.

Y se inclinó sobre sus cuadernos, como si nada le importase.

Dos días después, la profesora, conmovida, habló a sus alumnas:

—Queridas mías: María está muy grave y se desespera de salvarla. Recemos por ella.

Las niñas se echaron a llorar, y Marta, con indecible zozobra, aguardó la hora de salida.

Corrió, atravesando calles y plazas, con un único pensamiento, un único deseo: ver a su amiga, llevarle el perdón, abrazarla, llorar juntas de alegría, olvidar aquel rencor que las había separado.

—Te perdono, te perdono — iba diciendo Marta casi en alta voz. Y comprendía recién que si no había perdonado, el cariño aún existía y la compasión acababa de revelárselo.

Entró temblando; la casa estaba llena de gente; se oían gemidos, sollozos...



—¿Y María? ¿Dónde está María? — preguntó angustiada.

Una señora la tomó de la mano y entreabrió una puerta. Los ojos nublados de Marta alcanzaron a ver flores, luces, una forma blanca, inerte...

Su perdón había llegado demasiado tarde.

Patsy.

## LAS MALAS ACCIONES

*Pon de tu parte todo empeño en evitar cuanto sea malo, falso y feo.*

Un padre había entregado varios clavos y una tablita a su hijo, recomendándole que metiera un clavo en la tabla, por cada mala acción que cometiese.

A los pocos días, se le presentó el hijo, diciéndole que había empleado ya todos los clavos.

—¡Cómo! —díjole el padre—. ¿En tan corto tiempo has cometido tantas malas acciones?

—¡Qué quieres, papá; no lo he podido remediar!

—Pues ahora te tomarás el trabajo de arrancar un clavo por cada buena acción que hiciéres.

Casi con igual prontitud volvió el muchacho a reunir los clavos, y entonces el padre le dijo:

—“Hijo mío, has procedido bien, y me complazco muchísimo en ello; pero advierte que aun cuando has reparado las malas acciones con las buenas, nunca podrás quitar las huellas que los clavos dejaron en la madera. En la vida pasa lo mismo: Las malas acciones jamás se reparan completamente.”

J. H. Figueira.

## EL CONSEJO DEL TÍO

*En las manos de un zonzo el mejor remedio se vuelve veneno.*

Dijo el viejo:

—Erase una vez un joven que se pasaba los días y las noches en los antros del placer, gastando el dinero a manos llenas, como si lo hubiera encontrado en la calle. Hacía caso omiso a los consejos de sus padres y verdaderos amigos, llevando siempre la misma vida desordenada.

Un día, el joven fué a visitar a su tío, hombre de mucha experiencia. Este entabló la conversación acerca de las verdaderas bases de la vida y por fin le enseñó una cajita de madera con la inscripción: "Alcancía", diciendo:

—He leído en el libro de flores acerca de un hombre que, todas las veces que estaba por gastar cien pesos, gastaba sólo ochenta, guardando los veinte restantes en la alcancía. En caso de gastar 200 guardaba 40, y así sucesivamente. De esta manera economizaba 20 por ciento de sus gastos y terminó por volverse rico.

Haz tú otro tanto y aparta 20 por ciento de cada suma que destinas para tus placeres, guardándola en esta cajita. Cuando acostumbres a hacerlo, verás que de este modo el dinero aumenta siempre, te abstendrás gustoso de algunas diversiones y, paulatinamente, terminarás por abandonarlas por completo. No te olvides de lo que te digo.

Con estas palabras, el hombre le entregó la alcancía. El joven se lo agradeció, prometiendo seguir su sabio consejo.

Al cabo de 30 ó 40 días, un viejo criado de la familia del joven fué a visitar al tío de éste, diciéndole que, desde el día en que tuvo la conversación con su sobrino, el muchacho llevaba una vida mucho más desordenada que antes, terminando por arruinarse del todo.



La misma noche llamó el tío al joven, al que reprochó con palabras duras por no haber mejorado su conducta, a pesar de la promesa que le había hecho.

—¡Pero querido tío! —replicó el otro asombrado—. He seguido al pie de la letra tu consejo de economía. Me proporcionaba un verdadero placer el ver aumentar el dinero en la cajita y guardaba en ésta siempre el 20 por ciento de mis gastos. Así, por ejemplo, anteayer aparté 20 pesos de los 100 que destinaba para mis placeres, ayer 100 de los 500 y hoy 60 de los 300. Sin embargo, las economías que hice de esta manera no se podían llamar verdaderamente sumas apreciables. Por eso pensé entre mí: si voy a visitar con más frecuencia los lugares de diversiones, apartando siempre 20 por ciento de las sumas que quiero gastar, dentro de poco *en mi alcancía se reunirá una suma considerable.*

Ya ves, querido tío, que he seguido tu consejo y no tienes derecho a reprenderme.

## HANS, EL PASTOR

*Para conocer el deber, cada uno debe apelar a su conciencia.*

M. STAEL.

Hans era un pastorcito que vivía en una comarca de Alemania. Un día que cuidaba sus ovejas en la cercanía de un gran bosque, se le aproximó un cazador a caballo:

—¿A qué distancia de aquí se encuentra la aldea más cercana, muchacho?

—A seis millas, señor —replicó Hans—. Pero el camino es sólo un sendero de ovejas. Corre usted el riesgo de extraviarse.

—Si quieres acompañarme indicándome el camino, te pagaré bien —dijo el cazador.

—No puedo dejar las ovejas, señor —contestó Hans—. Entrarían en el bosque y los lobos las devorarían.

—No importa que los lobos se coman una o dos ovejas. Yo te las pagaré. Recibirás una suma de dinero mayor que la que ganas en todo un año.

—No puedo, señor, —replicó Hans—. Las ovejas no son mías, sino de mi amo. Si alguna se perdiera, la culpa sería mía.

—Bien; puesto que tú no puedes acompañarme, por lo menos procúrame un guía. Ve a buscarlo. Yo cuidaré las ovejas durante tu ausencia.

—No. Tampoco puedo hacer eso. Las ovejas no conocen su voz y . . . , y . . .

No se atrevió a seguir hablando.

—¿Qué? ¿Acaso no tienes confianza en mí?

—Así es, señor . . . —dijo Hans tímidamente—. Usted ha intentado hacerme violar la palabra que he dado a mi amo. No estoy seguro de que ha de mantener la suya . . .

El cazador se echó a reír, y dijo:

—Tienes razón. ¡Ojalá pudiera confiar yo en mis criados, como tu amo puede confiar en ti! Señálame el camino desde aquí. Trataré de hallar solo la aldea.

En ese momento salieron del bosque varios hombres a caballo, que al ver al cazador prorrumpieron en exclamaciones de alegría.

—¡Señor! ¡Señor! —exclamó uno de ellos.

—Temíamos que se hubiera extraviado en el bosque.

Entonces, Hans, con gran sorpresa, se enteró de que el cazador era un príncipe y temió que su negativa provocara el enojo del magnate, pero éste, sonriendo, habló del pastorcito a sus acompañantes en términos elogiosos.

Pocos días después un criado del príncipe se presentó en la aldea donde vivía Hans y lo invitó a que lo acompañara al palacio.

—Hans —díjole el príncipe—, deseo que abandones tu rebaño y entres a mi servicio. Estoy seguro de que eres un joven en quien se puede confiar.

Hans, muy contento con su buena suerte, contestó, luego de dar las gracias al príncipe:



—Vendré a servirle cuando mi amo encuentre otro mozo que me reemplace.

Volvió, pues, a su aldea y continuó cuidando el rebaño durante algunas semanas, es decir, hasta que su amo le encontró reemplazante. Sólo entonces regresó al palacio y sirvió fielmente al príncipe durante muchos años.

## LA CARPETA

*No basta arrepentirse del mal que se ha causado, sino también del bien que se ha dejado de hacer.*

Marta y María, dos lindas niñas de diez y doce años, respectivamente, estaban como alumnas internas en el colegio más recomendable de la ciudad. Intimas amigas, juntas hacían los deberes, estudiaban sus lecciones, cosían, jugaban y no había entre ellas tuyo ni mío. Más de una vez una cinta de Marta se anudó a los negros cabellos de María y muy a menudo libros y cuadernos de María sirvieron a Marta, que era un poquito perezosa, para cumplir con sus trabajos escolares.

Su amistad era citada como modelo en todo el colegio y las profesoras tenían especial preferencia por las dos cariñosas compañeras que compartían estudios, juegos y aun penitencias en la unión más absoluta.

Nadie había notado jamás la menor sombra de enojo entre ellas. Durante los recreos, siempre estaban juntas, y era esa hora la más deseada para sus mutuas confidencias infantiles.

Una tarde, al sonar la campana, después que rompieron filas las alumnas, dispersándose por el patio en juegos locos, Marta llamó a María. Pero ésta, con una excusa, se alejó y volvió a la clase.

Corrió Marta a buscarla, pero María dió vuelta a la llave y no quiso abrir.

—Es una broma —pensó Marta—. Mañana me desquitaré.

Pero al día siguiente ocurrió lo mismo. María no quiso bajar al recreo, a pesar de los ruegos de Marta. Esta se quedó muy seria y empezó a dar vueltas en su cabecita el por qué de la actitud de su amiga; pero como Marta era un poco orgullosa, no quiso rogar más a su compañera.

Cuando ésta se apartaba de ella, era porque ya no la quería.

—Bueno —dijo Marta—, ¿qué me importa?

Pero, muy a pesar suyo, dos lagrimones le corrieron por las mejillas al acordarse de la ingratitud de María.

Aquella mañana, en la clase, so pretexto de que el sol la molestaba, Marta pidió a la maestra que la cambiase de banco. María protestó.

—¡Oh! Estamos tan bien juntas; no te vayas.

Pero su compañera insistió friamente y hasta le pidió unos cuadernos y libros que estaban en su pupitre.

—Estás enojada conmigo, ¿verdad?, y te vas por eso.

Marta contestó que no estaba enojada con nadie, pero que el sol le daba dolor de cabeza.

Ante su insistencia no hubo más remedio que ceder, y las alumnas, asombradas, vieron cómo instalaba Marta sus útiles lejos de los de María.

La frialdad entre las dos amigas fué en aumento; el orgullo de Marta era una barrera infranqueable. Hacía ya quince días que duraba ese estado de cosas, cuando la profesora llamó un día a Marta.

—Tu actitud respecto a María —le dijo— me obliga a traicionar un secreto que debía guardar. Has creído que tu amiga se apartaba de ti, cuando nunca ha pensado tanto como ahora en la amistad que os unía.

Sabiendo que dentro de pocos días era tu cumpleaños, quiso bordarte una carpeta, y como no tenía otras horas disponibles, decidió privarse de los recreos para ofrecerte esa labor. Ve a pedirle perdón y dale un beso.

Marta se quedó anonadada; le remordía su injus-



ticia, y la crueldad con que había tratado a María le parecía como un crimen imperdonable.

Corrió llorando hacia su amiga, que le perdonó su ingratitud.

Marta conserva preciosamente la carpeta de cuero bordada en sedas y no puede mirarla sin que se le llenen los ojos de lágrimas.

## LOS LIBROS

*Los mejores compañeros en las horas desocupadas son los buenos libros.*

El señor Martín tuvo la feliz ocurrencia de regalar dos magníficos libros a cada uno de sus dos sobrinos, Luis y Pedro. Este, que era el menor, se puso muy contento. Era un niño muy formal y estudioso; para él la lectura era un gran entretenimiento.

Luis, que era todo lo contrario de su hermano, no manifestó ninguna alegría al recibir los libros. Hubiera preferido que su tío le regalase el valor de los dos volúmenes.

El tío Martín, al entregar su regalo, dijo a los niños:

—Los libros son unos buenos amigos, tan buenos que deben cuidarse mucho. No lo olvidéis.

Prometiéronlo los agraciados; pero en cuanto el señor Martín volvió la espalda, Luis dijo con desprecio:

—¿Y eso para qué sirve?

—Para leer — contestó Pedro.

—Eso está bueno para ti; pero a mí me aburre — y tiró los libros sin dignarse hojearlos.

Mas no pensaba sino en sacar algún partido del regalo.

De pronto su rostro se animó. Indudablemente había encontrado lo que buscaba.

En efecto, dos días después envolvió cuidadosamente los libros y se fué con ellos al colegio.

Al salir se acercó a uno de sus compañeros, y le dijo:

—Aquí están los libros.

El muchacho los examinó detenidamente y le respondió con evidente frialdad:

—Te doy dos pesos.

—¿Estás loco? ¿No ves que son nuevos? Ni los he abierto.

—Lo veo; pero no te doy más. Si no te conviene, guárdate los libros y yo me quedaré con mi plata.

Luis no insistió; entregó los libros y tomó los dos pesos, que gastó en fruslerías, en menos de dos horas.

Al principio estaba muy satisfecho, pero cada vez que veía a su hermano absorto en la lectura, experimentaba cierta contrariedad.

Tres meses después, el señor Martín volvió a ver a sus sobrinos, y les preguntó si les habían agradado sus regalos.

—¡Oh, sí, tío! Yo he pasado muy buenos ratos leyendo. Oyeme — dijo Pedro, y refirió los pasajes más interesantes.

Preguntado Luis, se embrolló con absurdas narraciones. El tío lo escuchaba muy serio. Después dijo:

—Quiero ver los libros, para saber si los han cuidado tan bien como les recomendé.

Sin vacilar, Pedro presentó ambos volúmenes, perfectamente envueltos y forrados; parecía que no los había tocado.

El tío lo felicitó, y pidió los suyos a Luis. Este bajó la cabeza, confuso y avergonzado; formuló inverosímiles excusas y, por fin, dijo que se los habían robado.

Como el señor Martín demostraba no creerlo, tuvo al fin que confesar, llorando amargamente.

—Está bueno —dijo el tío—. Has demostrado con eso que ni te interesaban los libros ni apreciabas mi regalo. No te daré nada más. En cambio, tú, Pedro, vendrás conmigo a la estancia y pasarás allí las vacaciones.

Y mientras Pedro se divertía en el campo, Luis tuvo tiempo suficiente para lamentar las consecuencias de la desaplicación y de la falta de delicadeza.



## LA LIMOSNA

*Quien cierra su oído al grito del pobre, gritará  
él mismo, pero no será escuchado.*

Iban tres doncellas camino de la feria, donde valioso premio había de adjudicarse a la hermosa que manos más lindas mostrase.

Una de ellas llegóse a un bosquecillo de nardos silvestres, cuyas nacaradas corolas dejábanse robar por brisas y aves la fragante esencia; y fué tocando, una a una, las perfumadas flores, que dejaban en sus delicadas manos, de los pétalos la nieve, y de los cálices las jugosas esencias.

Tropezó la otra con el hilo de plata de un arroyuelo que brillante corría lavando guijos de oro y alfombras de violetas. En las aguas cristalinas y embalsamadas bañó sus manos bellas, que de allí salieron aún más preciosas.

Tímida y modesta la tercera, vacilaba en pedir, como sus rivales, a flores y fuentes el secreto de la belleza, cuando le salió al paso un andrajoso mendigo, que imploró de ella "una limosna por amor de Dios". Sacó la casta niña de su escarcela una moneda y dióla al mendigo, quien recibéndola, besó la mano bienhechora, dejando caer en ella una lágrima.

Aquella lágrima se cuajó en perla; la perla se desparramó en iris, y el iris esmaltó de luces celestiales la mano de la hermosa.

Ni la que ungió con la esencia de los nardos silvestres, ni la que se lavó en la fuente de los guijos de oro, alcanzaron la rica diadema ofrecida en la feria a la más pura y bella mano.

Por sobre todas ellas brilló con hermosura singular la que había embellecido y purificado la lágrima del pobre.

N. Balet y Peraza.

## UNA BUENA LECCION

*El que persevera triunfa.*

Se acercaba la época de los exámenes y los alumnos trabajaban afanosamente para conseguir en ellos las mejores clasificaciones.

El premio, una medalla de honor, era muy codiciado y daba a su poseedor el derecho de formar parte de la mesa examinadora para los grados inferiores. La verdad es que el premio valía la pena y los muchachos repasaban en el recreo sus lecciones y perdían sus días de salida gustosos, con tal de devorar páginas de sus libros de texto.

Naturalmente, alguno había de sobresalir entre todos, y los camaradas daban como seguro el premio para Luisito, el más aplicado y el más atento en la clase. Otros, sin embargo, lo adjudicaban a Esteban, cuya inteligencia superior le había valido más de una vez las felicitaciones de sus profesores.

Como toda persona inteligente y segura de su capacidad mental, Esteban no se preocupaba mucho de estudiar durante el año y al llegar la época de exámenes, con dos o tres repasos a la ligera salía airoso de las más difíciles pruebas. Más de una vez el profesor le había reprendido su pereza durante el curso escolar, pero Esteban no hacía caso, porque estaba convencido de que llevaría siempre las más altas clasificaciones a fin de año. Esta superioridad lo enorgullecía desmesuradamente y miraba con un poco de desdén a sus compañeros.

—Sois unos torpes — les decía, y tomando la tiza les daba en un segundo la solución del problema, o leyendo a la ligera unas páginas de historia o geografía, se las recitaba, ce por be, sin vacilar en un nombre o una fecha.



Los camaradas se quedaban asombrados, y esto contribuía a aumentar la fatuidad de Esteban, quien se creía ya un sabio Merlín por lo menos.

Así fué que cuando instituyeron el premio de honor, no dudó un momento de que el triunfo sería suyo. Quitó de la cadena del reloj una medalla que le había regalado su mamá y cuando le preguntaban el porqué, respondía:

—Para no llevar más que la medalla de honor.

Luisito, silencioso y modesto, repasaba noche y día sus lecciones y daba ejemplo de laboriosidad a todos. Sus partidarios lo sostenían aún, pero débilmente, pues la insolente arrogancia de Esteban les parecía de muy mal agüero para su favorito.

Llegado el momento de los exámenes, pocas veces se había notado una expectativa tan grande entre los alumnos.

Cuando le tocó la vez a Luisito, éste, muy sereno, dió una conferencia sobre el tema que le indicaron, con tanta seguridad y precisión, sin equivocarse en lo más mínimo, que los profesores lo felicitaron calurosamente.

Llegado Esteban ante la mesa, desarrolló el punto que le tocó en suerte de un modo tan extraordinario, sin tropiezos ni vacilaciones, que sus compañeros creyeron segura la victoria. La mesa felicitó también efusivamente al inteligente alumno, que demostraba una superioridad excepcional.

Pero al finalizar los exámenes, se levantó el inspector:

—Amiguitos —les dijo—, no tengo palabras para encomiar vuestra inteligencia y amor al estudio; bien lo habéis demostrado hace un momento. Todos sois acreedores al premio, pero hay entre vosotros dos alumnos que han sobresalido: Luis y Esteban. Como no quiero hacer una injusticia, se otorgará la medalla de honor al que haya obtenido mejores clasificaciones durante el año. Que traigan las planillas.

Corrió el celador a buscarlas, mientras Esteban, nervioso y descorazonado, miraba a Luisito con temor.

La prueba fué abrumadora. Luis tenía a su favor las más altas clasificaciones, mientras el inteligente Esteban sólo alcanzaba un promedio muy inferior al de su rival.

El desengaño le costó amargas lágrimas y comprendió, con harto dolor de su alma, que nada vale una inteligencia brillante que se reserva para el último extremo, al lado del estudio metódico y continuo, profundo y lento, que va desarrollando poco a poco toda su acción. La lección fué aprovechada y hoy Esteban ostenta la medalla de honor, ganada no sólo en el examen sino por su aplicación durante el año.

## EL NIÑO BLANCO Y EL NEGRO

*La base de las grandes cosas es la moral; sin la verdad, la moral no existe.*

MONTALVO.

En un pueblo de campo había ido a establecerse un negro esclavo, que se había conducido con su amo con tanta lealtad y cariño que éste, al morir, no sólo le dió la libertad, sino que le dejó cuanto tenía. El buen negro lloró mucho a su amo y bienhechor.

Viéndose en buena posición, se casó con una paisana suya y tuvieron un hijo, hermoso y agraciado, negro como lo eran sus padres.

Frente a la casa que ocuparon vivía un caballero rico y principal, que tenía un niño blanco como un cisne, rubio como el oro, y al que amaba en extremo, así como al suyo el buen matrimonio negro.

Los niños se vieron y se hicieron muy amigos, buscándose siempre con afán para jugar uno con otro, y era de ver el contraste que ambos formaban, lo que hacía resaltar sus opuestas dotes físicas, delante de las puertas de sus respectivas casas.

Un día le dice el negrito a su amigo:

—Ven conmigo a casa.



El niño blanco fué con él, y cuando entraron, el negrito, lleno de alegría, le dijo a su padre:

—Padre, mire usted qué niño tan bonito.

—Verdad es —contestó el padre—; dale un beso, ya que tanto le quieres.

El negrito se adelantó con intención de besar al niño blanco, pero éste, sorprendido, se echó atrás. Entonces el negrito le dijo con cariño y sencillez:

—Déjame que te dé un beso; no tengas cuidado, que no me destiño.

¡Qué bien habló esta criatura, niños míos! Las faltas o ventajas físicas ni se pegan, ni hacen merecer ni desmerecer al que las tiene; las que se contagian y degradan son las faltas morales, esto es, de carácter y de conducta.

F. Caballero.

## N E D

*El que no arriesga no cruza la mar.*

Formando parte de una compañía de saltimbanquis, vivía un jovencito llamado Ned. No tenía más de quince años, pero trabajaba con la maestría de un buen acróbata: era contorsionista, daba prodigiosos saltos mortales, y cada representación era un éxito colosal para él.

Un día, los saltimbanquis plantaron sus tiendas en un pueblo dominado por un suntuoso castillo. La representación fué muy aplaudida y el hijo del dueño del castillo, un muchacho de doce años, llamado Pedro, se entusiasmó de tal modo con los ejercicios de Ned, que al siguiente día fué a buscarle y manifestó deseos de ser su amigo.

Salieron a pasear juntos, y como Ned preguntase a Pedro en qué podría complacerle, éste dijo:

—Tengo hace tiempo el capricho de alcanzar un nido

de grajos que hay en la cima de un álamo muy alto, pero yo soy torpe y poco ágil y ningún mozo del país se atreve a trepar a tal elevación. ¿Usted se atrevería?

—¡Cómo no! Vamos allá y tendrá usted el nido que desea.

Pedro se puso muy alegre y durante un rato caminaron gozosos, atravesando prados en que pastaban rebaños de vacas. Todas pertenecían al papá de Pedro, y entre ellas había toros muy temibles.

Al fin llegaron al pie del álamo y Ned, sin turbarse por la altura, empezó a trepar ágilmente. Pedro, entusiasmado, agitaba su boina roja, dando gritos de júbilo. Ya estaba Ned cerca de la cúpula, cuando oyó gritos de terror y auxilio. Bajó la vista y vió a Pedro que trataba de huir de un toro que, excitado por el color rojo de la boina, le perseguía con furor.

Ned, viendo el peligro, bajó precipitadamente del árbol, destrozándose las humildes ropas y exponiéndose a caer. Pedro se le abrazó con angustia pidiéndole que le salvase. La bestia irritada estaba cerca de ellos. Ned, lleno de sangre fría y teniendo a Pedro asido por la cintura, cuerpeó durante un rato al animal hasta llegar a un sauce, a cuyas ramas trepó, izando a su lado a Pedro en un esfuerzo supremo. En aquel momento el toro arremetió al árbol, haciéndole bambolear de una formidable sacudida.

—¡Estamos en salvo! —dijo Ned instalándose entre las ramas.

—¡De buena nos hemos librado! —respondió Pedro estremecido—; pero, ¿qué haremos aquí?

—Esperar a que el toro se vaya.

Pero la bestia, lejos de irse, arremetía una y otra vez al tronco, que vibraba con los tremendos golpes. Y nadie aparecía, cerca ni lejos. ¡No había socorro que esperar!

—El árbol va a caer. Está medio podrido — dijo Pedro con angustia.

—Es verdad —respondió Ned—. Pero se me ocurre una idea. Sosténgase firme y déjeme hacer.



Y desabotonando su chaleco, se quitó una larga faja de franela azul que le ceñía el talle; luego se puso en pie sobre la rama más fuerte del árbol y, en un momento en que el toro volvió a embestir el tronco, Ned saltó diestramente y vino a caer a horcajadas sobre el cuello de la bestia, con gran asombro de Pedro.

—¡Bravo! — no pudo menos de gritar éste.

El toro tuvo un estremecimiento terrible y quiso rechazar a su jinete. Pero éste no se conmovió, tomó la faja y con un gesto rápido, teniéndola con las dos manos, la apretó fuertemente a los ojos de la fiera, para cegarla.

Confundido con esta inesperada agresión, el toro dió mugidos formidables, rodó, se sacudió, pero Ned se mantuvo siempre firme hasta que la bestia, domada, cesó de moverse.

—¡Bravo, Ned! — gritaba Pedro; lleno de admiración y alegría.

—Bajad en seguida del árbol —gritó el acróbata— y huid. Cuando estéis en salvo, envidad aquí gente para que sujeten al toro; pero hacerlo cuanto antes, porque mi posición es fatigosa y apurada.

Con tanta eficacia cumplió Pedro esta obligación, que bien pronto Ned se vió en salvo.

El señor del castillo no podía dejar sin premio al salvador de su hijo Pedro. Recompensó generosamente a los saltimbanquis para que le dejaran a Ned, y educó a éste con tan buen éxito, que pocos años después era el intendente de los dominios de su bienhechor, y en adelante Pedro y él fueron amigos inseparables.

M. Sannier.

*Haz el bien por el bien. No emplees jamás la humanidad como un simple medio. Respétala como un fin.—KANT.*

## EL AMBICIOSO

*Nunca el ojo del codicioso dirá, como no lo dice el mar: ya me basta.*

ALEMÁN.

Fantasías era un ambicioso, y una mañana cuando apenas alboreaba cargó con sus alforjas, en las que puso algunas vituallas, y emprendió su camino hacia donde quisiera llevarle la suerte.

Así que hubo dado los primeros pasos, encontró un grupo de labradores que, contentos y felices con su suerte, dirigíanse a sus trabajos.

—¡Fantasías! ¡Eh, Fantasías! ¿Dónde vas?

—Voy a probar fortuna —contestaba él, invariablemente, a todos.— Si vosotros sabéis resignaros con vuestra miseria yo tengo más altas aspiraciones y no he de cesar hasta verme rico y poderoso, y, acelerando su paso, pronto perdió de vista las casas del villorio donde había nacido.

Llegó la noche, y ésta sorprendió a nuestro caminante dentro de un bosque, y, cuando empezaba a entrarle el sueño, notó que le tiraba de una pierna el mismo Diablo en persona, que le sonreía irónicamente, al propio tiempo que se sentaba a su lado sin más cumplidos.

El susto que se llevó Fantasías no es para describir.

—Tenemos que hablar, Fantasías —dijole el Diablo en cuanto aquél se hubo repuesto de su sorpresa.

—Tú dirás —contestóle Fantasías, no teniéndolas todas consigo.

—No temas —dijole el maligno para animarle.— No quiero hacerte daño alguno, sino, por el contrario, satisfacer tus deseos y tus aspiraciones.

—¿Y qué es lo que quieres proponerme?

—Vas a saberlo. Lo que quiero es un trueque solamente: Yo te concederé aquella gracia que mejor colme



tus ambiciones, a cambio de que tú firmes un documento con tu propia sangre, comprometiéndote a cederme tu alma cuando mueras.

Fantasías resistióse buen rato; pero, tentado por la codicia, acabó por herirse el brazo con el cuchillo que llevaba en las alforjas, mojó en la sangre la espina de un rosal silvestre que crecía allí cerca, y firmó el documento donde se consignaba el trato.

Entonces el Diablo invitóle a que pidiera lo que más apetecía.

—Que cuanto toque se convierta en oro — dijo Fantasías.

—Concedido lo tienes — dijo el Diablo, al propio tiempo que desaparecía de allí lanzando una horrible carcajada.

Fantasías, para asegurarse de que el Diablo no le había engañado, tocó una rama de árbol y quedó dorada en un instante; cogió un guijarro y volvióse al punto de oro macizo.

Gozoso de poseer aquel poder, que le convertiría en el hombre más rico del mundo, volvió a su pueblo con objeto de asombrar a sus convecinos con los prodigios que se proponía hacer.

Cuando llegó a la aldea, sintióse con apetito; entró en la posada y pidió que le sirvieran un almuerzo suculento. El posadero, que sabía que no era ningún potentado, negóse a su pretensión, pero Fantasías díjole:

—¿Qué recelas? ¿Crees que no tengo dinero con que pagar el gasto? Sírveme lo que te pido y yo, en cambio, te convertiré en oro macizo esta pobre mesa de pino donde vas a ponerme el almuerzo.

Y, en efecto, puso su mano encima de la mesa y ésta se volvió de oro, conforme había dicho.

Al ver el prodigio, el posadero se dió prisa en servirle, y su sorpresa fué grande al ver que cuanto el huésped tocaba, el plato, el vaso, el cubierto, se convertía en oro.

Hasta aquí, todo le iba a Fantasías lo que se llama a pedir de boca; pero, al ir a dar cuenta del primer boca-

do, notó que sus dientes tropezaban con una cosa dura, que no había manera de triturar. ¡El manjar se volvía de oro en cuanto llegaba a su boca! ¡Era realmente para volverse loco!

Pero, tanto como apetito, Fantasías tenía sueño y se fué a su casa con el intento de descansar sobre su lecho de paja, que ahora le parecería blando y mullido como si fuera de pluma; pero tanto fué echarse encima como convertirse la paja en briznas de oro que le aguijoneaban por todas partes.

Entonces Fantasías comprendió lo temerario de su ambición; pero como era ya tarde para enmendar su imprudencia, entró en gran desesperación, golpeándose el pecho, meciéndose los cabellos y oprimiéndose las sienes hasta quedarse convertido en estatua de oro, que los moradores del pueblo donde ocurrió tan maravillosa historia colocaron en medio de la plaza, como ejemplo de los males a que suele conducir la ambición, cuando ésta no se inspira en motivos altos y meritorios.

## LA PEQUEÑA HADA

*La caridad no es únicamente un deber moral,  
sino la satisfacción de una deuda.*

S. LOZANO.

El corazón de Solange encierra el exquisito sentimiento de la caridad, por medio del cual se endulzan los sufrimientos ajenos, labrando al mismo tiempo el bienestar del alma.

La pequeña y linda Solange ha llevado a la hora del almuerzo, pan y dulces para la hijita de la portera de la casa vecina, que carece de lo más indispensable para vivir.

Al penetrar en aquella humilde habitación de donde ha huído el bienestar, dejando la parálisis del hambre,



la buena niñita experimenta una impresión de amargura al saber que su pequeña protegida se encuentra enferma en su camita, presa de una fiebre intensísima.

—Martita, Martita —dicele Solange, acercándose a la pobre enferma;— mírame, soy yo, Solange, que te trae dulces, muchos dulces.

La niña vuelve hacia ella su mirada extraviada y luego intenta incorporarse, pero su cabecita cae pesadamente sobre la almohada.

Solange, que lleva su primorosa cestita llena de golosinas, retrocede, con los ojitos preñados de lágrimas y próxima a estallar en sollozos. La madre, profundamente emocionada, se aproxima al lecho de su hijita, y despacio, muy despacio, como si temiera que su inmensa ternura fuera a producirle algún daño a su enfermita, cubre su rostro con besos.

—Mamita, mamita —dice la niña en su delirio,— cómprame una muñeca, una muñeca que sea tan linda como la de mi amiguita Solange. . .

—Sí, mi tesoro —responde la pobre madre con acento desesperado. —Te la compraré en seguida, pero estate quietita, no te muevas, y bebe la medicina para que pueda verte pronto sanita. Y diciendo esto comienza a llorar con tan honda pena que su pecho parecía desgarrarse.

Era imposible satisfacer el deseo de su hijita enferma, cuando carecía aún de lo más necesario para su subsistencia. ¿Qué hacer? ¿A quién recurrir? Se sentía impotente. Volvió el rostro hacia el sitio en que se hallaba la pequeña Solange. Sólo vió su cestita en el suelo. La niña había desaparecido. Entonces la buena mujer sintió con mayor espanto su soledad y su abatimiento fué grande.

De pronto, en aquel ambiente de miseria y de dolor se oyó una voz de una melodía dulce y suave, acompañada por el rumor casi imperceptible de unos pasitos.

—Martita, Martita, toma mi muñeca; tómalala para ti. Te la regalo.

La enferma se sacude en su camita y abre desmesuradamente los ojos. Ve junto a ella a una preciosa niña

rubia de grandes ojos azules, en los que se reflejaba una bondad infinita, vestida con un sencillo traje color de rosa, y que inclinada sobre ella, con una manita le alargaba una bellísima muñeca, y con la otra le acariciaba cariñosamente su rostro, abrasado por la fiebre. ¡Pobre niña! Ella no reconoció a Solange. En su delirio creyó ver en la angelical criatura que tales consuelos llevaba a su breve e infortunada existencia, a un hada bienhechora que era portadora de un regio obsequio para ella, que jamás había podido acariciar entre sus brazos a una muñeca, la muñeca con que ella había soñado siempre, desde que despertó su inteligencia en su cerebro de pequeñita. Y parecióle que ya no habitaba una humilde y estrecha vivienda donde no llegaba jamás un rayo de sol, sino en un palacio encantado, lleno de hadas hermosas y buenas como la que le había llevado la muñeca, que la vestían con lindos trajes y le regalaban deliciosas golosinas, acompañadas por dulces palabras de cariño. Y estrechando fuertemente la muñeca que Solange le había llevado, se abandonó a su ensueño, mientras su madre, ebria de alegría y de gratitud, besaba los dorados bucles de la niña, bendiciéndola por su obra de amor hacia seres tan desgraciados como su pobre hijita.

Fué de tal manera inmediata y eficaz la influencia producida por el acto nobilísimo de la bondadosa Solange, que Martita se durmió en un tranquilo sueño, feliz como no lo había sido nunca.

La fiebre fué cediendo a las pocas horas y al día siguiente se constató una reacción favorable en su estado de salud, con gran contento de su buena madre y de su adorable amigueta Solange.

*La diligencia es madre de la buenaventura, y la pereza, su contraria. Jamás llegó al término que pide un buen deseo.—CERVANTES.*



## LIBERTAD

*La libertad es el órgano visual del progreso.*

VÍCTOR HUGO.

## I

Gateando por el tronco del árbol, subió Manolo hasta las ramas. Una vez en ellas, no sin riesgo de desnucarse, ganó la más alta de todas. Allí, oculto por un cortinón de fragantes y húmedas hojas, estaba el nido que fabricaron dos jilgueros, acolchándolo con sus plumas, para más lujo de las crías. Aquel nido fué durante semanas ansias y desvelos de Manolo. Lo descubrió cuando sólo era canastillo de calientes y barnizados huevos. Había que esperar.

Manolo esperó, vigilando con astuta cachaza el romper de los cascarones, el salir, por la rotura, de los pollos, el brote en ellos del plumón; el fortalecimiento de patitas y de alas. Ni un día dejó de encaramarse al árbol, para contemplar el cestillo donde palpitaban las crías, bien ajenas de que eran presa declarada para aquel conquistador, de ojos azules y cabellos rubios que el aire peinaba en caracoles.

Más ajenos aún de la acechanza vivían los jilgueros padres. Manolo sólo en ausencia de ellos visitaba el nidal. A los amaneceres, cuando iba la pareja en busca de arroyos mitigadores de su sed, o al caer del sol, cuando revoloteaban por el lejano peñascal para despedirse del astro, ascendía el rapaz a las ramas y separando el cortinón de hojas, clavaba sus ojos ladrones en los pollos. Después echaba tronco abajo, contando mentalmente los días que faltaban para el del enjaule de su presa,

Este día llegó. Fué aquel en que Manolo trepaba jugueteando por el tronco del árbol, se encaramaba a la rama última y extendía sus manos hacia el nido donde los pájaros saltaban. Subió sin precaución alguna, sin ocultarse de los padres, que revoloteaban por encima de su cabeza, amenazándole con sus engarfiadas garrillas. ¿A qué las precauciones? Los padres no le podían estorbar; eran débiles para defender a sus hijos. Dentro de poco estarían éstos en poder de Manolo.

Por eso y para eso llevó al pie del árbol una jaula. En ella acomodaría a sus prisioneros, dejando a los padres el cuidado de alimentarlos hasta que los prisioneros pudieran valerse por sí solos. Entonces daría libertad a las hembras, dejando a los machos en permanente cautiverio, para que alegraran con sus trinos la casa.

Tras el niño fueron los padres de los presos. A veces se tropezaban en el aire; otras se dejaban caer juntos, llegando hasta el ras de la jaula, rozándola con sus temblorosas patitas. Luego se alzaban al espacio, describiendo círculos sobre la cabeza del ladrón.

Apenas puesta por Manolo la jaula en el alfeizar del campesino ventanal, los dos jilgueros, sin aguardar que se retirara el muchacho, sin temor al daño que éste pudiera hacerles, se aferraron a los barrotes, metiendo por entre ellos sus picos, buscando las bocas de las crías; dijérase que las besaban.

Al fin se alejaron, posando sobre una acacia próxima, ennegrecida por la sombra crepuscular.

Aquella tarde no fueron a despedir al sol.

## II

Era el día franja imperceptible en Oriente y ya cantaban sobre la acacia los padres de los pájaros prisioneros. No cesaban su canto hasta que la jaula aparecía en el alféizar. Llegábanse a ella los jilgueros y procuraban forzar los mimbres con sus garras y con sus picos; después, viendo lo inútil de su afán, abrían las alas y se alejaban



rápidos, silenciosos, sin que un gorjeo alegrara su viaje. A poco volvían, trayendo alimento y agua a sus hijos. Estos avanzaban hasta el límite de su prisión con las bocas amarillosas de par en par abiertas. Metían sus padres el pico por el hueco de los barrotes e iban depositando en aquellas bocas glotonas, simiente, granos machacados y gotas de agua que aún conservaban la frescura del manantial.

No venían juntos. Venían separados, cruzándose en la atmósfera, alejándose el uno de la jaula antes de que llegara el otro, juntándose en el aire, deteniéndose sobre él un segundo y siguiendo después su marcha, el uno hacia los hijos, el otro hasta las siembras, donde el grano brilla como oro entre los surcos; hacia las fuentes donde el agua cae gota a gota, como una lluvia de brillantes.

Era de notar que los padres nunca daban a un mismo hijo el alimento dos veces seguidas; lo distribuían por turno, sin error nunca en el reparto.

Diríase que al tropezarse en el espacio, al detenerse en el aire un segundo, preguntaba el que llegaba al que volvía: "¿A quién dístes ahora?". — "A fulano". — "Entonces le toca a mengano". Y por la boca de mengano entraba el grano color de oro, o la gota de agua diamantina.

Gran regocijo era para Manolo contemplar aquellas idas y venidas. Muchas veces, acodado en el ventanal, poco menos que tocando con sus dedos la jaula, seguía el trajín afanoso de sus cautivos y el trabajo de sus mantenedores. Estos parecían no reparar en él. Alimentaban a sus hijos, alegraban su cautividad con gorjeos, o, aferrándose a los barrotes, batían contra ellos sus alas y mordían con sus picos el mimbres. A veces ponían en Manolo sus ojos negros rencorosos, ardientes. . . El muchacho reía y los pájaros se alejaban con temblores de odio en las plumas.

## III

Ya los cautivos recorrían la jaula con planta firme y presurosa; sus alas se abrían en traza de volar. ¡Triste vuelo, que sólo llegaba hasta la techumbre de mimbre, desde la cual se dejaban caer los pajarillos, estirando el cuello hacia los azules del espacio, donde cabeceaba el sol!

Los padres seguían proveyendo a su manutención, pero en ocasiones retrasaban sus viajes; otras, permanecían inmóviles en frente de la jaula, clavando en ella sus pupilas tenaces; después se acercaban uno a otro, doblaban los cuellos hasta unir las cabezas y abrían y cerraban sus picos, como si hablaran por lo bajo, de oído a oído, consultándose.

Al ver a Manolo hacían ademán de lanzarse contra él.

Después huían, para reunirse en el árbol de la casa frontera. Allí permanecían quietos, mudos, sin endulzar con sus gorjeos la tristeza de los esclavos.

Hubo un día en que apenas se aproximaron a la jaula.

—¡Aunque no vuelvan más! —monologó Manolo,— los pajarillos pueden mantenerse a sí propios. Mañana haré la separación de los machos.

—¿Por qué mañana? Hoy mismo.

Dicho y hecho.

Metiendo la jaula en su cuarto y levantando el cierre, sacó las hembras, que eran dos. Abrió la ventana y las dejó encima del alfeizar.

Pronto se lanzaron a la atmósfera, piloteadas por su padre, que al detenerse con ellas encima de la acacia, prorrumpieron en un himno triunfal.

Paró el canto en seco, al colgar Manolo del alfeizar la jaula donde aleteaban los machos. Sus padres, al verlos, saltaron de las ramas, girando y regirando en torno de los mimbres y gritando, mejor que piando, hicieron rumbo con sus hijas a un árbol más distante.



## IV

Fué al mediodía, mientras almorzaba con sus padres Manolo.

Los jilgueros llegaron a la jaula, cuyos mimbres rechinaban acariciados por el viento. Breves instantes permanecieron contemplándola. Después se aferraron a los barrotes, sacudiendo las alas y piando con furia. Sus garras tiraban de los mimbres, sus picos los mordían... ¡Inútil! ¡Inútil como siempre!...

¡Eran pocas sus fuerzas para libertar a los cautivos!...

Entonces llamaron suavemente a sus crías. Estas avanzaron abiertas las bocas, relampagueante de amor el azabache de los ojos.

De súbito retrocedieron, tambaleándose; rodando fueron hasta el rincón último de la jaula; allí quedaron encogidos, apelotonados, hechos un montón de plumas.

Cuando Manolo fué en busca de la jaula, halló agonizando a los presos. No tenían ojos; no tenían tampoco lengua. Sus padres habían arrancado los unos a golpes de garra y cortado a tajo de pico las otras.

Cortaron las lenguas para que los esclavos no cantaran al señor. Cegaron los ojos para que el esclavo no viese con ellos horizontes que nunca podrían sus alas recorrer.

*La patria no es sólo el perímetro territorial que delimita la soberanía; no es tampoco el conjunto de los hechos pasados y la sucesión de los hechos futuros: la patria es en resumen el alma de la nacionalidad. No es sólo la propiedad de un recinto: es ante todo, la posesión de un espíritu.*—BELISARIO ROLDÁN.

*La verdad anda sobre el error como el aceite sobre el agua.*—CERVANTES.

## NABECK Y SU CABALLO

*El consejo, para ser provechoso, ha de ser secreto.*

## SERVIO.

En cierta aldea de Arabia vivía un joven pobre, llamado Nabeck, que tenía un hermoso caballo. Todos admiraban a aquel animal tan brioso, tan veloz y tan ágil. Algunas personas pudientes quisieron comprarlo pagando buen precio, pero Nabeck contestaba invariablemente que no podía deshacerse de su caballo.

Un mozo muy rico, llamado Daher, sintió tan vivo deseo de poseer el hermoso animal, que llegó a ofrecer a su dueño un magnífico palacio y preciosas joyas a cambio del caballo. Pero Nabeck no aceptó.

Despechado, Daher, buscó la forma de apropiarse de lo que no podía comprar, a pesar de sus riquezas.

Cambió las lujosas vestiduras por harapos, se puso barbas postizas, despeinó sus cabellos y los llenó de lodo, y así, con todo el aspecto de un mendigo, se dirigió al camino por donde Nabeck pasaba al anochecer. Cuando lo vio acercarse, echóse al suelo y desde allí le dijo con acento conmovedor.

—¡Apiádate de este infortunado, que no puede moverse y se muere de hambre!

Sin abandonar su cabalgadura, Nabeck respondió:

—Monta a la grupa, buen hombre; yo te llevaré hasta donde quieras.

El astuto Daher dijo que no podía levantarse, y el joven, compadecido, se apeó para ayudarlo a montar. Cuando estuvo en la silla y con las riendas en la mano, el miserable se dió a conocer diciendo:

—¡Soy Daher, y he conquistado tu caballo!

—Es verdad —respondió Nabeck,— pero no cuentes a nadie la forma en que lo has obtenido, porque puede



ocurrir que la gente, desconfiando de los mendigos verdaderos, no quieran detenerse a remediar sus males.

El impetuoso Daher quedó asombrado al escuchar aquellas palabras. ¡Qué bondadoso era Nabeck! ¡No olvidaba los males ajenos y el dolor de los otros, en aquellos momentos, tristes para él! Conmovido, Daher le devolvió el caballo y le dijo:

—Me has dado una lección inolvidable. Quiero ser el mejor amigo de un hombre con sentimientos tan generosos.

Y desde entonces ambos jóvenes marcharon juntos, tratando siempre de hacer el bien.

## DOS NIÑOS TRAVIOSOS

*No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a tí.*

Juanita y Juanito fueron a pasar unos días en la granja del tío Juan. Al principio se portaron juiciosamente, pero cuando el tío les dijo que podían andar por todas partes y hacer lo que les diera la gana, sólo pensaron en cometer diabluras.

—¿Qué podemos hacer, Juanito?

—Pintar los chanchos.

—¿Cómo se te ha ocurrido?

—Verás: tío dijo que mañana llevaría unos chanchos a la feria. Dice que con seguridad no va a haber otros iguales allí. Pintémoslos con la pintura verde que usaban hoy para los bancos.

—¿Y si tío Juan se enoja?

—¡No importa! El nos dijo que podíamos hacer lo que quisiéramos.

Los dos pilluelos corrieron en busca de la pintura y de los pinceles que habían visto guardar en la carpintería y no tardaron en penetrar con ellos en el corral, donde los cerdos esperaban pacientemente la hora de la co-

mida. Como estos animales eran muy mansos, dejaron que los niños se les acercaran; pero cuando estuvieron en la mitad de su operación, uno de los cerdos empujó el tarro, que se volcó, derramándose parte de su contenido. No tardó Juanita en pisar esa pintura cayéndose al suelo. Había que ver lo que parecía la pobre niña con su vestido todo manchado de verde, lo mismo que la mitad de su cara y parte del pelo, que caía todo duro y pegoteado.

—¡Esto es por culpa tuya! —gritó Juanita.— ¡Tú fuistes el de la idea!

Juanito no se podía tener de risa al ver la cara de su hermana. En ese momento entró el tío Juan.

—¿Qué están haciendo aquí? —gritó furioso.

Estamos pintando a los cerdos para cuando los lleves a la feria —confesó Juanita bajando los ojos.

Al verla, el tío Juan casi no pudo contener la risa, pero haciéndose el enojado, gritó:

—¡Vayan a lavarse y a cambiarse esas ropas!

Un rato después aparecían los dos, limpios y peinados.

—Muy bien —dijo entonces el tío.— Ahora van a llevar los cerdos al mercado.

—¡No, por Dios! ¡Eso no puede ser! —exclamaron llenos de terror.— ¡Todo el mundo se va a reir de nosotros!

—¿Por qué los pintaron? ¿Para que los llevara yo? Y entonces, ¿por qué no los han de llevar ustedes? “No hagas a los otros lo que no quieras que te hagan a tí”, dice el proverbio.

Creo que después de esto lo recordarán siempre.

Y fué como había dicho el tío Juan: los dos niños tuvieron que subir al carro que conducía los dos cerdos a la feria. Pero si Juanita y Juanito no olvidaron nunca ese espantoso viaje de ida y vuelta al mercado, tampoco lo hicieron los campesinos que estaban en la feria, pues aseguran que nunca en la vida rieron de mejor gana.



## CONTENTEMONOS

*Es mucho mayor la riqueza del pobre contento que la del rico sediento.*

ALEMÁN.

Había llovido copiosamente por la mañana en un pueblecito cercano a la ciudad. Esa agua benéfica que recomfortó plantas, flores, mieses, hierbas, inundó algunos laguitos y callejuelas que abundaban en el pequeño y pintoresco pueblo. Por la tarde, después de la merienda, los niños pobres del lugar tuvieron su día de fiesta. Alegres, corrían descalzos de un lado a otro chapaleando en el agua.

Un niño rico, acompañado por la institutriz, se encontraba en la puerta de su lujoso chalet mirando, sin perder un detalle, a los niños que se divertían de manera tan sencilla. Seguramente ninguno de ellos poseía numerosos juguetes y dulces, ni satisfarían muchos deseos, ni se les pasaría por alto muchas cosas que en los niños ricos se disculpan siempre con esta frase: "¡Qué gracia!" Pero tenían su libertad, su preciosa libertad de ir de un lado a otro, de jugar con otros niños, sus iguales, sin mostrarse soberbios ni arrogantes en ningún momento; de saltar, brincar y correr cuanto quisieran.

Entre el grupo de niños chapaleadores se encontraba Jorgito, bueno e inteligente, alegre, entusiasta y amigo de todos. Hacía rato que miraba al niño rico. Adivinaba por la expresión reflejada en su carita pálida, el deseo de figurar en la partida, de tener un lugarcito al lado de los que metían sus piecitos en el agua. Una sombra de tristeza velaba sus ojitos de niño mimado. Jorgito no vaciló más y cediendo a un impulso bondadoso se acercó al niño y le dijo:

—¿Quieres venir a jugar con nosotros?

—Sí — respondió el interpelado con vehemencia.

—No, no, niño —exclamó con tono duro y enérgico la institutriz.— Ya sabe que su mamá no permite que juegue con los niños pobres.

—¡Déjeme ir! — suplicó el niño.

—No, no puedo.

Jorgito se alejó con una pena muy grande en su corazón. El sólo sabía que existía una sola diferencia en el mundo infantil: los niños buenos y los niños malos, pero jamás imaginó que un niño rico no podía jugar con un niño pobre, porque su mamá se lo impedía.

“Top”, que era el perro guardián de la casa del niño rico, y que se hallaba junto a él en la puerta, teniendo quizá el mismo deseo de su patroncito, corrió detrás de Jorgito y se metió gozoso en el agua.

El niño rico se quedó llorando por no poder ir detrás de ellos.

Al anoecer terminó la algarabía, y todos los chicos regresaron a sus respectivos hogares. Jorgito, impresionado por la escena de la tarde con el niño rico, se lo contó a su mamá, terminando su relato con el siguiente comentario:

—¡Y yo, mamita, que creí que los niños ricos eran los más felices!

—Ya ves, hijito, qué equivocado estabas. Ellos están acostumbrados a contentar todos sus gustos porque tienen dinero, pero hay satisfacciones que no pueden tener, como en el caso ocurrido esta tarde. En cuanto a la pobreza, contentémonos con nuestra suerte. Para ser feliz lo importante es ser bueno. Y tú lo eres, hijo mío.

Jorgito saltó al cuello de su madre y la colmó de besos, diciendo:

—Yo soy muy feliz, mamita; lo tengo a papá, te tengo a ti. — Y luego, deshaciéndose lentamente de los maternos brazos, agregó con cierta melancolía: — Pero, ¿sabes?, me da mucha pena cuando pienso en aquel niño rico que no ha podido jugar con nosotros.



## SACRIFICIO FRATERNAL

*La flor de los frutales es madre feliz, porque  
no muere hasta que están grandecitos sus hijos.*

TRUEBA.

—¿Volverás pronto? — exclamó Alberto al abrazar a Ana.

—Sí, en seguida vuelvo, —respondió ésta,— y espero se conducirán muy bien durante mi ausencia. Luego, dando un beso a sus dos hermanitos, Delia y Alberto, se fué.

¿A dónde iba? ¡Al mismo lugar de siempre, a la fábrica, a entregar la costura que durante una semana le había robado tantas horas de sueño!...

¡Cuántas veces el nuevo día la había encontrado cosiendo para poder terminar su tarea! Ella, ella sola, desde temprana edad, tuvo que ponerse frente al hogar que sus padres habían formado y cuando éstos se sentían felices, viendo crecer a sus hijos buenos y sanos, la Parca traidora los señaló y se los fué llevando uno tras otro; primero al padre, luego a la madre, dejando a sus hijos desconsolados y sin ninguna ayuda. Entonces fué cuando empezó la vía crucis de Ana; desde aquel día conoció ella la penosa obligación de dirigir el hogar y proveer a sus necesidades.

¡Si alguien hubiera podido ayudarla! Contaba, Ana, además de sus dos hermanitos, Delia y Alberto, con otro crecido; se llamaba Mariano, y él podía auxiliar a su hermana, mas no lo hacía porque era muy indolente, aborrecía el trabajo y continuamente lamentábase de la triste suerte que había tenido. Así era cómo trataba de aligerar la pesada carga que tenía que sobrellevar su hermanita!

Muchas veces ésta le había manifestado cuán necesi-

ría era su ayuda, pero él buscaba pretextos, pasando los días en diversión con sus amigos, sin preocuparse de sus hermanos.

\* \* \*

Hacía ya muchas horas desde que Ana se había ido, y no había aún regresado.

—¿Por qué tarda tanto? —dijo Delia;— ¿le habrá sucedido algo?

—Espero que nada le haya pasado; pero me inquieta su tardanza. En cuanto venga —prosiguió Alberto,— le diremos que nos lleve mañana, que es domingo, a pasear, ¿no es verdad, Delia?

—¡Oh sí! Ella nos ha prometido que si nos conduciéramos bien nos llevaría, y nosotros hemos sido buenitos...

Así hablaban estos niños, para quienes la suerte les había sido tan adversa, a la espera de Ana, que, en verdad, tardaba más que de costumbre.

Es que ese día había acordado con sus compañeras de taller realizar lo que éstas le aconsejaban hacía tanto tiempo.

—¡Así que, por fin, te decides? —habíale dicho una de sus compañeras esa noche al despedirse.

—¿Qué más recurso me queda? —exclamó Ana, con lágrimas en los ojos.

Sí; Ana estaba resuelta a dar el paso que por cariño hacia sus hermanitos había siempre rechazado; pero ya no podía esperar más; sus amigas la instaban para que dejara por espacio de algunos días su casa, y así Mariano volvería por el buen camino y haría de padre para sus hermanos, al ver que éstos habían quedado solos, sin la buena madrecita que tanto se sacrificaba por ellos.

—¡Ya verás cómo se corregirá! —decían sus amigas.

Pero a Ana le era muy penoso abandonar a sus hermanitos con el fin de que Mariano cambiase en su modo de conducirse.



¡Cuántas angustias experimentó, cuánto sufrió antes que prometer a sus amigas que haría lo que ellas le aconsejaban!

Lo había prometido y esa noche descuidaría a sus hermanitos y por unos días iría a casa de una de sus amigas.

—Tres días —había dicho Ana,— y si al cabo de ese tiempo no cumple con el deber que como hermano mayor le incumbe; si aún una llama de cariño y compasión no penetra en su corazón, entonces correré yo junto a mis hermanos y seguiré sacrificándome por ellos.

\* \* \*

Era ya tarde cuando Ana llegó a su casa. Encontró a sus hermanitos inquietos y en cuanto le vieron corrieron a abrazarla.

—Hermanita, ¿cómo has tardado? —dijo Delia, y luego exclamó: Hemos sido muy buenos; ¿nos llevarás, entonces, mañana a pasear?

Ana no respondió, y se enjugó en silencio una lágrima.

—Tú estás triste, Ana; ¿qué tienes? —exclamó Alberto.

—Pensaré en mamita —objetó Delia;— dinos, Ana, ¿cuándo volverá mamá? Yo la quiero ver.

—No pensemos, Delia, cuándo va a volver —replicó Alberto, que era mayor que su hermanita Delia y sabía bien que a su madre la habían perdido para siempre, lo que aquélla ignoraba, y luego dijo:— ¿Por qué nos hemos de entristecer pensando en mamá? ¿Acaso no tenemos una hermanita que nos quiere mucho y nunca se separará de nuestro lado? ¿No es verdad, Ana?

Esta ya no pudo contenerse, y, sollozando, abrazó a sus hermanitos al mismo tiempo que exclamó:

—¡Sí, sí; viviré siempre junto a vosotros, me sacrificaré por veros dichosos y toda la vida os amaré como os amo en este momento!

Faltaba Ana a la promesa hecha a sus amigas, pero, en cambio, pronunciaba la promesa sagrada que encerraba en el último consejo que su madre moribunda le había dado: "Reemplázame y sé tú una madrecita para ellos".

L. N. D'Atri.

## EL ARBOL DE LAS MONEDAS DE ORO

*Los buenos ejemplos son espejos para que te mires en ellos y reprensiones mudas para que te corrijas.*

El joven Eduardo se complacía en burlarse de la gente. Un día se hallaba en su habitación escribiendo una carta a la que debía acompañar seis monedas de oro, seis ducados nuevos que tenía a su lado en la mesa. En ese momento entró en el cuarto su hermanita Emilia. Vió las monedas y preguntó a su hermano:

—¿Dónde crece éste oro?

Eduardo repuso:

—Estas monedas provienen de un árbol que se llama el árbol de los ducados. Se siembran las monedas en el suelo, como si fueran arvejas, y cada una de ellas produce una mata que no tarda en cargarse de ducados.

Dichas estas palabras, reanudó la tarea de escribir la carta. Entretanto Emilia tomó las monedas sin que su hermano lo advirtiera. Luego corrió al jardín y las sembró.

Terminaba Eduardo de escribir la carta, cuando entró Emilia, y le dijo alegremente:

—Querido hermano: pronto tendrás una gran cantidad de ducados, pues acabo de sembrar en el jardín los que estaban en la mesa.

El joven, muy fastidiado, se puso de pie; tomó a Emilia de la mano y corrió con ella al jardín.

Pero, ya porque la niña no recordara exactamente el



lugar donde había enterrado las monedas, o ya porque las habían retirado algunos jornaleros que trabajaban en el jardín, el caso fué que los ducados no aparecieron.

Cuando el padre se enteró de lo que había ocurrido, dijo a Eduardo:

—Tu mentira ha sido castigada con la pérdida de los seis ducados. Es cierto que indica poca sensatez sembrar monedas de oro creyendo que han de producir plantas cargadas de ducados; pero tu hermanita merece menos reprensión que el que se complace en sembrar mentiras.

## UNA DECEPCION

*Fué por lana y salió esquilada.*

María es bastante golosa y bastante astuta. En el armario de la cocina hay varios tarros de confituras, en los que se hallan pegados papelitos escritos con grandes letras que dicen: "mermeladas de manzana", "compota de ciruelas", "jalea de membrillo".

Como sabe leer y ve los tarros todos los días, todos los días se pregunta:

—¿Por qué mamá no me da compota, sabiendo que me gusta tanto? Tengo ganas de probarla.

¿Cómo haré para probar las confituras?

—Mamá —dice un día—: si quieres, te ayudaré en los quehaceres de la casa. Dame un trapo y limpiaré todos los muebles de la cocina mientras tú coses.

La mamá consiente. Da un trapo a María y en seguida la niña empieza a frotar la puerta de la alacena, la mesa, las sillas.

—Mamá, con la escalerita puedo limpiar los estantes más altos del armario. ¿Quieres?

—Puedes caerte.

—No tengas miedo, mamá. Tendré cuidado.

La madre le alcanza la escalerita y se vuelve al comedor, donde reanuda la costura.

—Tengo una hijita muy trabajadora —piensa—. Le gustan los quehaceres domésticos.

Pero María no es una niña tan trabajadora como parece. Mientras su mamá cose, ella hace algo malo.

No ha pedido la escalerita para limpiar los estantes altos del armario. Ha engañado a su mamá. Lo que quiere es probar las compotas.

Si la mamá lo supiera, no estaría tan orgullosa de su hijita. Pero la mamá no sospecha nada y María está contenta de su engaño.

Con una cuchara en la mano sube la escalera. Tiene un poco de miedo, pues sabe que va a hacer algo malo.

—Con tal —piensa— que a mamá no se le ocurra venir a la cocina en este momento...

María mira hacia el lado de la puerta y escucha. No oye nada. La mamá está en el comedor cosiendo tranquilamente.

La niña está ya encaramada en el último peldaño de la escalerita. Toma un tarro "mermelada de manzana". ¡Es la mejor! Rápidamente levanta la tapa. Sus ojos brillan de alegría. Pero, ¿qué ve dentro del tarro? ¡Arvejas secas! ¡Arvejas para la sopa!

María hace una mueca y toma otro tarro: "compota de ciruelas".

—Es más rica —piensa María. Y, muy ligero, levanta la tapa. ¡Lentejas! ¡Lentejas para la sopa!

María frunce el ceño y toma el tercer tarro: "jalea de membrillo".

Tiene un poco de temor al retirar la tapa. Si no fuera... ¡Son habas! ¡Habas partidas para la sopa!

Hace un mohín, a punto de llorar. Se pone colorada de despecho y baja de la escalerita, humillada como el zorro burlado por el gallo.

No ha probado las confituras y ha limpiado todos los muebles de la cocina, en vez de jugar.

Sucede a menudo que los que quieren engañar resultan engañados.



## EL HEROE

*La valentía es la ostentación del valor.*

LARRA.

En la misma apacible y risueña aldea en que sus ojos recibieron la impresión de la luz primera, Dionisio y Paulina vivieron libres y felices, sin que ninguna mezuquina pasión ni sobresalto de ningún género turbara el dulce goce de su vivir, cumpliendo cada cual lo mejor que sabía sus respectivos deberes y concentrando su mutuo amor y sus complacencias en su único hijo, hermosa criatura de ocho años. Pero un día, un aciago día que quedó marcado con negras tintas en la memoria de todos los habitantes de la aldea, las piedras de sus calles se estremecieron, al sentirse holladas por las pisadas del ejército invasor, y aquellos bravos campesinos rugieron de indignación al verse sujetos a yugo extranjero.

Hombres y mujeres, niños y ancianos, sintieron igualmente el desbordamiento del amor patrio y la misma ansia de luchar por la santa independencia se apoderó del espíritu, llenando esta sola idea la imaginación y aguzando el entendimiento para contribuir a la consecución de tan noble empresa.

Dionisio fué el alma de la conspiración y el que tomó a su cargo los trabajos de la organización y las más arriesgadas empresas.

Su sangre ardía con fuego inusitado, y el deseo de libertad llegó a obsesionarlo de tal modo que, siendo pacífico, jovial y trabajador por naturaleza, tornóse agresivo, taciturno y huraño, descuidando frecuentemente su labor cotidiana. A menudo desaparecía de la aldea, cosa insólita en él, pero esas ausencias no extrañaban a sus convecinos, ni sobre ello se hacía un comentario imprudente ni se aventuraba una palabra indis-

creta, seguros como estaban de que se ocupaba del bien común.

Pero esto, unido a su actitud rebelde, que se negaba a someterse a imposiciones que juzgaba humillantes, lo hicieron sospechoso, y, bien porque esas sospechas tuvieron comprobación o simplemente por espíritu de venganza, una mañana se presentaron en su casa un sargento y dos soldados con orden de arresto, preguntando por él a su infeliz esposa, que, trémula de espanto y sudando de angustia, aseguraba ignorar el paradero de su marido. Exasperados por la obstinada negativa, se disponían a apoderarse de ella, cuando el niño se presentó inopinadamente llamando a su madre.

—¡Hola, muchacho! —díjole el sargento sonriendo siniestramente—. Tal vez puedes tú decirnos lo que tu madre no sabe. ¿Dónde está tu padre?

La mortal congoja que laceró el corazón de aquella desdichada se reflejó en la elocuente mirada que dirigió a su hijo, el que, entendiéndola, le dijo con tanta arrogancia como inocente imprudencia:

—No temas, mamita, que aunque me maten no lo diré.

—No lo dirás, ¿eh? Ahora lo veremos.

Y ciegos de cólera, ebrios de bárbaro furor, lanzáronse brutalmente sobre el niño, y amarrándolo con una correa al tronco de un árbol que con otros daba agradablemente sombra al patio del antes felicísimo hogar, empezaron a golpearlo cruelmente en presencia de la atribuladísima madre, que enloquecía de dolor.

Los miembros del inocente se retorcían de espasmos violentos al sentir en sus tiernas carnes los correazos que le propinaban sus verdugos, y por sus piernas morenas y desnudas empezaron a correr hilos de sangre.

Sin embargo, ni un ¡ay!, ni una palabra suplicante salió de sus labios. En su alma brava, alma de héroe, hallaba fortaleza para sobreponerse al dolor físico, por desgarrador que éste fuese.

—¿Aún no cantas? ¿Aún te parece poco lo recibi-



do? —gritaban aquellas furias, preparándose a repetir los golpes.

—¡Piedad, verdugos! —imploraba la triste madre, hincando sus rodillas ante ellos—. ¡Por vuestra madre, por vuestros hijos si los tenéis, piedad para este inocente hijo mío!

—¿Dónde está tu marido? — le preguntaban en contestación a su desesperada súplica.

Los horrendos tormentos del infierno debían parecerle dulces y consoladores a la madre sin ventura, que sentía desgarrado su corazón ante el fatal dilema que se le presentaba, pues si no queriendo hacerse cómplice del vil asesinato de su hijo, denunciaba al padre, bien sabía que era condenar a éste a muerte, y si callaba, la víctima, la inocente víctima, sería aquel pedazo de corazón, ser de su ser, por quien cien veces daría la vida.

En esta cruelísima situación, muy superior a la resistencia humana, su cuerpo quebrantado, desfalleciente, cayó pesadamente en tierra, tendiendo los maternos brazos al hijo mártir.

Ni aun en presencia de la terrible escena se despertó la compasión en el alma bárbara de los soldados, que, volviéndose nuevamente al niño, repitieron su pregunta:

—¿No quieres decirnos dónde está tu padre?

Y su acento bramaba colérico, y su mirada aviesa y amenazadora era la sentencia que fulminaba sobre la criatura.

De los lívidos y contraídos labios del niño escapóse un débil gemido, quizás un ¡ay! que el dolor arrancaba a su infantil corazón, quizás una nueva y terminante negativa que el sufrimiento le impidió hacer más enérgica.

Entonces aquella bestia humana, cegada por la ira de verse vencido por la indomable fortaleza del tierno infante, descargó sobre éste tan feroz puñalada, que, dando por terminada su criminal hazaña, se dispuso a abandonar el sitio, cuando el jefe que mandaba las fuerzas, habiendo tenido conocimiento del hecho, les cortó la retirada.

—¡Cobardes! —les gritó enfurecido—. ¡Sois unos cobardes, que os ensañáis villanamente con un indefenso niño! ¡Hechos como éste son baldón y deshonra para la patria que representáis! ¡En seguida —ordenó enérgicamente— desatad esas ligaduras!

Los malvados, que con la debilidad se mostraron tiranos, obedecieron sin réplica.

El débil cuerpo, flácido y extenuado, dejaba caer su leve peso sobre las cuerdas que lo sujetaban, y sus pupilas, espantosamente dilatadas y veladas por las sombras de la muerte, se fijaban tenazmente en su madre, inerte ante él.

—¡Mamita . . . , me muero . . . , pero . . . no lo he dicho! — articuló por fin, y con voz tan queda, tan trabajosamente salían las palabras de sus labios, que con la última sílaba salió también su alma heroica del martirizado cuerpecito.

—¡Criatura sublime! —dijo el jefe, emocionado, adelantándose hacia el cadáver y descubriéndose respetuosamente—. No será estéril tu sacrificio, y tu inocente vida será el precio por el que tu padre y tu aldea obtendrán su deseada libertad.

¡Soldados! Rendid armas ante este héroe, tan pequeño de cuerpo como grande de alma, que los héroes merecen siempre homenaje de admiración y respeto, aun de sus contrarios.

E. de Buisseau.

*A Wáshington le agradaba la puntualidad y él era el primero en practicarla.*

*Un día en que su secretario se disculpó por haber llegado tarde y echó la culpa a su reloj, dijo el famoso general, tranquilamente:*

*—Entonces tendrá usted que buscarse otro reloj que lo haga cumplidor, y yo otro secretario.*



## LA LLUVIA DE MONEDAS

*No hay insensatez mayor que la del avaro: ad-  
quiere para tener y no disfruta de lo que tiene.*

ROSELL.

Los negocios no marchaban bien en la Posada del Canario. Su dueña, la señora Brígida, era una mujer muy ambiciosa y de mal carácter. Desde la muerte de su esposo, había quedado al frente de la casa y veía disminuir, día a día, la clientela. Lo cierto es que a nadie le gustaba frecuentar aquel sitio, sabiendo que doña Brígida daba órdenes en forma por demás estrepitosa a Carlón, el único mozo de la posada. ¡Qué gritos para llamarlo!

Y cuando Carlón —que siempre estaba ocupado—, demoraba en llegar, ¡qué de insultos y recriminaciones por su tardanza! El muchacho tenía mucha paciencia y se había acostumbrado a soportarlo, pero a los parroquianos tales escenas les desagradaban demasiado, para tolerarlas. Si alguno le hacía una observación prudente a la dueña del establecimiento, ella se ponía furiosa y decía sin más vueltas: “¡Si no le gusta, se va!”

Con semejante trato, disminuyó tanto la clientela, que doña Brígida comenzó a alarmarse. Pero he aquí que en aquella mala época acertó a pasar por el pueblo un mercader que venía de lejanos países y escogió para alojarse la Posada del Canario.

La astuta posadera comprendió bien pronto que ese hombre tenía en sus maletas objetos muy valiosos y trató de ganar su amistad con atenciones. Para él eran los mejores platos, las mejores salsas, el mejor vino. Siempre había flores en su mesa y todo era amabilidad en torno de él. Durante las veladas, doña Brígida le conversaba largo rato, y así logró saber que el tal comerciante había estado en un país desconocido, donde ob-

tuvo ciertos objetos dotados de mágico poder. Continuó la astuta mujer con sus interesadas atenciones hasta que, cuando el mercader fué a pagarle el hospedaje, no quiso recibir su dinero. Pidióle, en cambio, que le dejase algún objeto mágico, con el cual pudiese enriquecerse. El hombre comprendió que si no la complacía, doña Brígida era capaz de denunciarlo a las autoridades como hechicero. Así fué que, en el momento de partir, le entregó un anillo encantado, diciéndole:

—Con esta joya podrá obtener usted lo que desee.

—¿Cómo?

—Poniéndosela en el dedo anular de la mano derecha, golpee tres veces con ella en la pared y formule un deseo. Este se cumplirá al instante, pero el anillo perderá desde entonces su poder.

—¿De modo que puedo pedir una sola cosa?

—Sí, y por eso debe usted elegir muy bien y pensar mucho antes de hacer el pedido.

Una vez dadas esas explicaciones, el mercader se marchó y la posadera, muy entusiasmada, llamó a Carlón para decirle que iba a ser la mujer más rica del lugar.

El mozo, cuando se enteró del asunto, recomendó a doña Brígida que desconfiase de aquellas brujerías y procediese con prudencia. Pero ella, furiosa, señaló la caja donde guardaba el dinero, diciendo:

—¡Mira qué miserables ganancias me deja este negocio! Ahora tengo ocasión de ser rica. Si tú no quieres continuar sirviendo aquí, ¡vete al diablo!

Carlón se fué en busca del Alcalde, para que le ayudase a disminuir a doña Brígida. Entretanto, la ambiciosa mujer cerró todas las puertas y ventanas y pidió al anillo que le enviase una copiosa lluvia de monedas. Inmediatamente comenzaron a caer del techo, monedas de cobre, plata y oro, que se iban amontonando rápidamente en la habitación. La posadera gritaba entusiasmada: “¡Llueve dinero, llueve dinero!”, sin notar que iba a quedar sepultada entre monedas. Cuando se dió cuenta, ya era tarde: no podía abrir puertas ni ventanas, y continuaba cayendo cobre, plata y oro...



Al derribar las puertas de la Posada del Canario, Carlón, el alcalde y sus acompañantes comprendieron que aquella mujer había muerto, víctima de su propia codicia. Y nadie quiso tocar las monedas que habían causado tan triste suceso.

## DOS HOMBRECITOS

*El que desde niño no empieza a trabajar, muy pronto empezará a pedir.*

MENELAO.

Juan Ventura era hombre activo, nervioso, rápido en el trabajo, brusco como todo hombre de acción, excesivamente retraído. Dueño de una fábrica modesta de hilados y tejidos, iba defendiéndose con cierto desahogo, pero sin enriquecerse, cosa que no le apenaba porque estaba muy distante de ser ambicioso.

Aquella mañana penetró en su despacho, triste, cejijunto, profundamente preocupado. Pasó la noche sin conseguir media hora de reposo. Cinco días antes había muerto José Azcueta, que a más de ser su mejor amigo, era —Juan Ventura lo sabía muy bien— el alma de su negocio. El fabricante no le tenía miedo al trabajo. Para él no había horas de descanso ni días de fiesta. Necesitaba producir mucho por sus obligaciones numerosas: alimentar y cuidar a los padres ancianos, achacosos e inútiles ya para el trabajo; a dos hermanos, a cinco sobrinitos huérfanos, a su mujer y a sus cuatro hijos. Juan Ventura sabía desvivirse y producir para todos sin experimentar cansancio; pero Azcueta le era tan indispensable como los dedos a la mano, porque, desviviéndose también, recorría infatigablemente la plaza para colocar las mercaderías que la fábrica podía producir. En cuatro años la actividad de Azcueta había sido causa de prosperidad del negocio.

Y ahora, con la muerte del amigo, desmerecería todo,

y hasta se corría el riesgo de retroceder de una manera lastimosa. Y lo peor del caso estaba, para Juan Ventura, que era hombre bonísimo, en que no podría cargar con la familia de Azcueta, compuesta por la mujer, la madre de ésta y cuatro hijos, que quedaban en el desamparo.

El no poder correr con el sostenimiento de la triste familia le tenía de mal humor, le descorazonaba, le desesperaba y le afligía. Se imponía la necesidad de sustituir al amigo muerto por alguien que, por bueno que fuera, no sería como él; pero que lógicamente se llevaría no poca parte de la ganancia, lo que le alejaba de la posibilidad de socorrer a la desdichada familia de Azcueta.

Comprendía Juan Ventura que no le era dable esperar más sin perjudicarse, y esto le hizo pasar la noche dando vueltas en su imaginación a los nombres de los que podían desempeñar a su lado el papel que desempeñara Azcueta, y seguía obsesionado por la misma idea, cuando le anunciaron que dos muchachos preguntaban por él y solicitaban verle.

—Que pasen. . . \*

Y a poco penetraron en su despacho, Herminio y Alfonso, los dos hijos mayores de Azcueta, de 12 años el primero y de 10 el segundo. La presencia de los muchachos, vestidos de luto, vino a aumentar el malestar y la aflicción de Juan Ventura; pero su enternecimiento se convirtió en brusquedad. Los pícaros nervios le tenían soliviantado de tal manera, que tuvo que hacer un esfuerzo violentísimo para no echar a la calle a los dos desgraciados, sin oírlos. ¿Qué iban a hacer allí? Sin duda, a recordarle con su presencia lo irremediable, lo que él no olvidaba, lo que convertía su vida en congoja, tanto mayor cuanto que no sabía encontrar remedio ni paliativo a la desgracia.

—Vamos a ver: ¿qué queréis? — les preguntó en tono agrio, capaz de desanimar al más sereno.

Herminio, el mayor, esperó a ver si su hermano contestaba, y acabó por decir con voz temblorosa:



—Venimos a decirle una cosa, don Juan. Mamá no cesa de llorar y de lamentarse.

—Sí, sí. Ya sé yo eso. Y ya sé, también, por qué llora . . . , ya lo sé . . . . Pero . . . , ¿qué vamos a hacerle? Con llantos no podemos devolverle la vida a tu padre, que tan necesario nos era a todos.

—Mamá —insistió el niño, cada vez más acobardado— teme que hayamos caído en la mayor de las miserias. Dice que nos faltará hasta el pan necesario.

Juan Ventura se sentía cada vez más molesto, más irritado. Incapaz de encontrar una palabra consoladora, de aliento, contestó desoladamente:

—Sí, sí . . . . No digo que no; es posible . . . . ¡Es muy posible que ocurra esa gran desgracia! Donde no hay dinero ni quién lo gane, puede pasar eso y cosas peores y más terribles. Esta vida es angustiosa y cruel, y cuando la mala suerte se ensaña con una familia . . .

Los chicos empezaron a sentirse anonadados. Herminio tenía casi como un nudo ahogante en la garganta y notó que a sus ojos se agolpaban las lágrimas. Ni el gesto de Juan Ventura, que parecía una sombra inconsolable e iracunda al mismo tiempo, ni sus palabras, eran muy a propósito para animar a dos muchachos que se habían impuesto una misión difícil de cumplir.

Hubo un largo silencio angustioso para todos. Por fin, Herminio, dando a Alfonso con el codo, suplicó:

—¡Andá, decilo vos, ya que vos sos el de la idea!

Entonces Alfonso empezó a hablar con firmeza que nadie hubiera sospechado en él. Juan Ventura vió cómo aquel niño de diez años se transfiguraba. Le pareció que iba creciendo, creciendo, hasta convertirse en un hombre hecho y derecho.

Ante todo explicó: la madre no sabía nada de aquel paso que daban. No quisieron ponerla al corriente de su proyecto, por si don Juan no estaba conforme con lo que pensaban proponerle, en cuyo caso le proporcionarían un nuevo disgusto encima de la terrible pena que le agobiaba.

—Mamá es muy buena, señor; mucho más buena de

lo que nosotros creemos. Se hace siempre el cargo de las cosas. Dice que usted es muy bueno y que no se encuentra en la pobreza; pero que como tampoco es rico, no puede usted socorrernos.

—Así es —dijo don Juan, bajando tristemente la cabeza—. Vuestra mamá sabe que es así.

—Pero yo digo —continuó Alfonso con firmeza—, y mi hermano está conforme, que, entre los dos, podemos hacer algo de lo que hacía papá en esta casa; si no todo, la mitad, la cuarta parte, un poquito no más, algo, en fin.

Don Juan empezó a comprender; sentía que de su pecho rebosaba la ternura. Disimuló las lágrimas y en sus labios apareció una sonrisa que fué para Alfonso animadora como una risueña esperanza. Así prosiguió:

—Que nos diese usted dinero, porque somos los hijos de Azcueta, no estaría bien; tiene usted mucha familia. Pero qué trabajemos los dos a su lado, que usted nos ordene, nos dirija y nos pague lo que sea justo, es ya otra cosa.

Juan Ventura había perdido ya todo su mal humor y fué dejándose dominar por un enternecimiento que casi le arrancaba lágrimas. Aquel niño venía a iluminarle, resolviendo, acaso de una manera definitiva, aquel problema que le llenaba de angustia desde la muerte de Azcueta. ¿Cómo no había pensado en ello? ¿No podrían aquellos muchachos, bien dirigidos, sustituir al padre, aunque no fuera más que en parte? De aquel modo, la situación dejaba de ser dura. Sin gran sacrificio, acaso sin sacrificio alguno, podían continuar las cosas como estaban, quedando sólo la pena de la muerte del amigo y, en su casa, la de la desaparición del esposo y del padre.

—¡Me parece muy bien eso, muchachos; pero que muy bien! —dijo, acariciando la cara de Alfonso y poniendo amistosamente su mano en el hombro de Hermínio—. Repito que me parece muy bien, y que podemos empezar desde mañana mismo.

—Vea, don Juan —repuso Alfonso con alegre ani-



mación—, nosotros, para probar, empezamos ayer. Teníamos las libretas de direcciones y de pedidos de papá, y como le habíamos acompañado algunas veces, ayer hicimos juntos algunas visitas y traemos varias notas de pedido que nos dieron esta mañana.

A Juan Ventura le faltaba poco para saltar de contento.

—¡Bien, hijos míos; bien! Veo que me había engañado; que sois unos hombrecitos. ¡Lástima que vuestro padre, que era tan honrado, no puede ver la nobleza de vuestra conducta! Venid esta tarde, a primera hora, y organizaremos el trabajo. Entretanto, podéis decirle a mamá que no se aflija por el porvenir, que, con hijos como vosotros, no ha de faltarle nada.

—Eso, usted perdone, don Juan, no se lo vamos a decir por ahora —dijo juiciosamente Alfonso—, porque pudiera ser que no logremos servirle a usted como son nuestros deseos. ¡Somos tan niños!

—¿Niños? ¡Ya quisieran muchos hombres parecerse a vosotros! Los que tienen ideas y las saben realizar y no se acobardan al encontrarse frente a la vida, son tanto más hombres cuanto más niños parecen. ¡Pero, si en este caso habéis dado muestras de ser más hombres que yo!...

Unos meses después, la viuda de Azcueta fué a visitar a Juan Ventura para agradecerle sus bondades. Entre Herminio y Alfonso llevaban a su casa todos los meses mucho más dinero que en vida llevaba el padre.

—Usted ha sido muy generoso, don Juan —dijo la madre,— generosísimo, con nosotros.

—Está usted muy engañada, señora, como está en un error todo el mundo. A sus hijos no les regalo nada; ganan muy bien lo que les doy. A más de trabajar con honradez, con inteligencia y con ahinco, se han hecho simpáticos por su actividad y por su juventud. En todas partes los quieren, los consideran y hasta los ponen como ejemplo. Y debo agregar, señora, que, si aquí cabe algún agradecimiento, a mí es al que me toca sentirlo, porque todos, juzgando a la ligera, dicen: —¡Qué ge-

neroso ha sido Juan Ventura no habiendo abandonado a los hijos de Azcueta! Y, en verdad, debieran decir: —¡Qué suerte la de ese hombre, que ha encontrado dos muchachos, que son ciertamente dos hombrecitos, capaces de hacer prosperar su comercio!

## LA CUERDA

*La justicia es el freno de la humanidad.*

COUSIN.

A la orilla de un arroyuelo jugaban una mañana dos chiquillos.

Uno de ellos tenía en la mano una cuerda y ambos se disputaban el derecho de la posesión.

Un anciano marqués que andaba paseando por sus dominios observó a los rapaces y se fué a ellos con intención de expulsarlos de allí; pero al llegar cerca de la orilla prestó atención, oyó lo que los chicos decían y se ocultó.

—La cuerda es mía — decía uno.

—No, que yo te la había prestado.

—No, que me la diste.

El marqués, que los escuchaba, pensó: a aquel de los dos que ceda y dé al otro la cuerda, le nombro mi heredero, mientras que al que se quede con ella, le hago dar una centena de azotes y la orden de no presentarse por el pueblo hasta haber tejido una cuerda con la cual se puedan rodear todas mis posesiones.

Como el pequeño lector verá, el buen anciano era un señor estrafalario y de ideas muy absolutistas.

A todo esto los chicuelos seguían disputando, hasta el punto de venirse a las manos.

Por fin, a uno de ellos se le ocurrió la siguiente idea, que expuso en estos términos:



—Mira, no disputemos. Toma tú la cuerda por un extremo y yo por el otro. Tú tiras para un lado y yo para el contrario. La cuerda se romperá, y el que se quede con el pedazo más largo, aquél tendrá razón.

Al marqués le pareció de perlas la solución y se propuso ser testigo de ese juicio salomónico, pensando con regocijo que iba a pasar un buen rato.

Los chicos empezaron a forcejear, la cuerda a estirarse y a crujir, y el marqués a relamerse de gusto.

Primero avanzaba uno y retrocedía el otro, haciendo ambos esfuerzos sobrehumanos por romperla; ora se quedaban inmóviles, equiparadas las fuerzas, colorados y sudorosos; ora cambiaban de lugar para que los accidentes del terreno no ofrecieran a ninguno de los dos la menor ventaja.

Por fin sucedió lo que tenía que suceder. La cuerda se rompió, y los dos muchachos vinieron al suelo de espaldas, pegándose el mayor de los porrazos.

El marqués, que esperaba de un momento a otro ese desenlace, salió de su escondite, se adelantó hacia los muchachos, y en tono de juez, les habló en estos términos:

—Jóvenes; he presenciado vuestra disputa; soy enemigo acérrimo de que los muchachos gasten su tiempo y sus fuerzas en ejercicios malsanos, que perjudican tanto su cuerpo como su espíritu.

Voy a imponeros un castigo y, al mismo tiempo, su correspondiente recompensa. Según vuestro fallo, el que ha quedado con la parte mayor de la cuerda es el que triunfa; pero, como ambos habéis entrado sin derecho en mis dominios, yo me encargo de seguir el juicio a mi voluntad. Al vencido lo declararé vencedor, y viceversa.

El uno heredará mis títulos y mis castillos, el otro recibirá cien azotes y la pena de tejer una soga que partiendo del portón de entrada de uno de mis palacios, sea lo suficientemente larga como para que circunde todas mis treinta y seis posesiones, volviendo al punto de partida.

Los chicos se levantaron como impulsados por un re-

sorte, tocándose al mismo tiempo la cabeza que ostentaba muchos chichones, frutos del campeonato.

El marqués se agachó; recogió los dos trozos de la cuerda y, juntando los cuatro extremos, los midió.

Los dos eran exactamente iguales.

## PULGARCITO

*Nada hay imposible para un corazón valeroso.*

COEUR.

No es el que vosotros conocéis, mis queridos amiguitos, sino otro Pulgarcito, un verdadero héroe, del cual quiero contaros la historia.

Sus padres, fieles vasallos de los señores del castillo, tuvieron momentos de verdadera desesperación al ver que su hijo, del que hubiesen querido hacer un soldado aguerrido, apenas alzaba, a los doce años de edad, unos cincuenta centímetros del suelo.

Desolados, fueron a ver a la Castellana, quien llena de compasión les dijo:

—No os apuréis, buena gente. Si Guido no puede formar en las filas de nuestros bravos, no por eso quedará desamparado. Yo lo tomo a mi servicio y será mi paje. Estará siempre conmigo y más tarde será debidamente recompensado.

Consolados por estas palabras, los padres de Guido se retiraron, dejando a su hijo en poder de la buena Castellana. Convertido en un monísimo pajecillo, seguía a su señora por todas partes, llevándole el abanico o la escarcela. En las grandes ceremonias se sentaba en un almohadón a sus pies, y no hubo persona más mimada que él en el castillo. A causa de su pequeña estatura, todos empezaron a llamarle Pulgarcito, primero en tono de afectuosa broma, después como si tal hubiera sido su nombre. Guido, muy alegre y cariñoso, tenía para todos una sonrisa y una frase amable, y sus padres, que ha-



bían considerado el nacimiento de su hijo como una desgracia, comenzaban a reconciliarse con su destino, que no podía ser más favorable.

Una noche, ausente el señor del castillo, quien había ido de caza, se oyó rumor de voces y choque de armas. A los gritos e imprecaciones de los soldados, se unió bien pronto el llanto de las mujeres que, aterrorizadas, corrieron a avisar a su señora.

El castillo era objeto de un audaz asalto, y los defensores en vano hacían fuego sobre los atacantes; éstos eran muy numerosos, y, si no llegaba algún refuerzo, la vida de todos sus moradores corría peligro.

Llena de aflicción, la Castellana ordenó a un escudero que ensillase un caballo y partiese a escape a avisar al conde. Pero los caballos habían caído en poder de los invasores y era imposible rescatar ninguno.

Desesperada, sin saber qué hacer, la condesa oía el rumor de la lucha, llorando amargamente.

Pero Pulgarcito, levantándose de pronto, dijo:

—No lloreis, señora. Yo iré a avisar al conde.

—¿Tú, pobre niño? ¡Qué locura!

—Ya veréis. Dejadme ir, que no os arrepentiréis.

Aunque la Castellana no quería arriesgar la vida de su querido pajecillo, no tuvo más remedio que ceder ante las súplicas de éste.

Corrió Guido por las habitaciones del castillo hasta llegar a un patio en donde se hallaba atado su soberbio mastín.

—Vamos, Veloz —dijo acariciándolo—, vamos a salvar a nuestra señora. Pasó una correa por el cuello del perro, salió sigilosamente por una puertecilla y montando a Veloz lo espoleó con los talones y el perro partió a escape.

—Busca, busca —le gritaba Guido—, y Veloz, husmeando el aire, corría en busca de su amo.

Al cabo de una hora de carrera desenfrenada, hallaron al conde y su gente. Pulgarcito apenas podía hablar. Veloz estaba con un palmo de lengua fuera. Llenos de asombro a la vista del paje y su extraña cabalgadura,

reunieron sus caballos y armas y partieron a librar una verdadera batalla. Ganada ésta y muertos o prisioneros los invasores, Guido y Veloz fueron los héroes de la jornada. Agasajados y colmados de presentes, Pulgarcito y el fiel mastín viven dichosos junto a la Castellana, y los padres de Guido no se olvidan de dar gracias al cielo por haberles enviado semejante hijo.

## NO ME OLVIDES

*Nada nos engrandece más que un gran dolor.*

A. DE MUSSET.

En las filas del ejército de Napoleón I combatía un joven bretón que, por su audacia y valor, sus compañeros lo distinguían con el nombre de el valeroso. Su madre era viuda y él la amaba intensamente.

Ni las agitaciones de las grandes batallas, ni la alegría de las victorias habían tenido fuerza para arrancar de su corazón el pensamiento de aquella querida viejecita que pasaba sus horas pensando en su amado hijo.

Un día supo que la vida de su adorada madre se encontraba en peligro, y, a pesar de que en esos momentos se trataba de un inminente ataque, pidió permiso para regresar por algunos días a su tierra natal. Esto sorprendió a sus superiores, que no podían creer que tal pedido fuera dictado por el miedo de la próxima batalla, y la insistencia con que el joven reclamaba ese permiso, los irritó muchísimo.

Respondieron que su proceder en tales momentos merecía mucho el nombre de valeroso que había conquistado con su coraje y su lealtad.

Le negaron absolutamente el permiso y le prohibieron que insistiera en su pedido hasta que el ataque hubiese tenido lugar.

El pobre soldado calló. Por algún tiempo se le vio triste, pensativo y como dominado por una idea.



Era la víspera de la batalla. En las filas de Napoleón faltaba el valeroso; éste había desaparecido. La indignación de los superiores llegó al colmo; el oprobio cayó sobre su nombre; fué considerado desertor y reo de muerte.

Ocho días después, el bretón se presentó a su capitán, diciéndole: "Vengo a sufrir mi condena; ahora puedo morir contento".

Fué arrestado; se le preguntó si podía justificarse, y él respondió:

—"No puedo; dadme la pena del desertor".

Aunque el pobre soldado fuese amado por todos, ninguno podía sustraerlo a la suerte que le esperaba, y fué condenado a muerte.

El día antes de la ejecución dormía plácidamente en su celda, cuando de pronto el ruido del cerrojo lo hizo estremecer.

Se puso de pie, se sentó sobre la tarima que le servía de lecho, y creyendo que había llegado su último momento, se hizo el signo de la cruz.

Un hombre entró envuelto en una gran capa.

"—Soy un amigo —le dijo éste— y vengo a preguntarte si puedo serte útil en tus últimos momentos. ¿Tienes alguna persona que te espere?... ¿A alguien debe participarse tu desgraciado fin?..."

"—A nadie —respondió aquél en voz baja—. ¿A qué vienes a amargar tus horas con la entrevista de un hombre que pronto bajará a la tumba?"

"—Me inspiró piedad tu desgraciada suerte y quise consolarte. ¡Oh!, dime, revela a un amigo el secreto que guardas en tu seno; ¿por qué huiste?... Confía en mí, yo consolaré los días de tu pobre madre".

Al oír tal nombre, el condenado se estremeció; tembló de la cabeza a los pies y palideciendo, dijo:

"—¡Mi madre!... ¿No sabes tú que la he perdido?, ¿no sabes que por ella yo muero?, ¿que por ella abandoné mi bandera?... ¿que huí por aquella santa?"

El hombre misterioso se estremeció, y una lágrima veió sus pestañas.

—Pues bien, prosiguió el valeroso, amigo o enemigo que tú seas, tendrás derecho a mi agradecimiento eterno, si después que yo muera me pones esta flor sobre mi fosa. —Diciendo esto, el soldado entregó al desconocido una de esas flores que se llaman “no me olvides”, y luego dijo—: Y en recompensa de tal favor, te narraré lo que a todos he callado:

“Cuando solicité permiso para regresar a mi país natal, mi madre estaba enferma y me esperaba. El permiso me fué negado; confié en la curación de aquella santa mujer y callé; pero pocos días después ella moría.

Pero, ¿para qué entristecerte con la relación de la horrible pena que experimenté con tal noticia?...

¡Si tienes una madre y la amas, podrás imaginarla; si la perdiste, la habrás experimentado!...

Entre nosotros los bretones es antigua tradición que la primera flor brotada sobre la fosa de una persona querida, contiene el espíritu de aquélla, y que el poseer esa flor es un medio para que el muerto se una al sobreviviente.

Dime: ¿quién hubiera podido contrarrestar mi deseo e impedirme que volara a recoger aquella flor?... ¡Nadie! Huí.

Apenas llegué a mi patria, mis primeros pasos los dirigí al camposanto. El corazón de hijo y la tierra recién removida, me indicaron la fosa donde reposaba con el sueño eterno, la pobre madre mía.

Me arrodillé, lloré... pero en vano busqué la flor: aún no había brotado. Esperé seis días, y al cabo de ellos, una plantita de miosotis, que nosotros llamamos “no me olvides”, brotó entre aquella hierba.

La recogí, la besé y la inundé de lágrimas. ¡Era mi madre que me hablaba por medio de esa flor!, ¡mi madre, que quería vivir eternamente en mi pensamiento!...

Después partí, contento y feliz de poder morir por ella. Llegué aquí, me presenté y tú sabes lo demás.

Ahora basta; parte y no llores por mi suerte; coloca esa flor sobre mi sepultura y se la llevaré a mi madre al cielo. ¡Abrázame, y Dios te recompense y te bendiga!”



Aquel hombre se retiró conmovido, y el condenado se preparó a la muerte.

Al alba vinieron a prenderlo; fué conducido al campo; todos los soldados le esperaban y todos estaban tristes.

De pronto se adelantó Napoleón y dirigiéndose al valiente soldado le dijo:

“¡He aquí tu flor, valeroso! Anoche fué a mí a quien narraste tu dolorosa historia. De ahora en adelante serás considerado no sólo el más valeroso de los soldados, sino el más amante de los hijos. Te devuelvo la vida, conságrala a la defensa de tu patria”.

Muchísimos son los actos de valor llevados a cabo por aquel bretón en numerosas batallas. Obtuvo grados y honores y murió sobre el campo de batalla gritando: “¡Viva mi madre! . . . ¡mi patria! . . . ¡y Napoleón....”

## EL TARRO DE CREMA

*Más vale obedecer que sacrificar.*

Marcelo era un lindo niño de seis años, rubio, sonrosado, con un rostro encantador como el de esos angelitos que se ven en algunos cuadros religiosos. Pero, ¡ay!, las apariencias engañan y aquella linda envoltura escondía al pilluelo más grande que haya roto zapatos en todo el universo.

Un día, en el almuerzo, sirvieron como postre una rica crema que venía cuidadosamente envasada en unos monísimos tarritos de barro. Marcelo se apresuró a comer su parte, y sabiéndolo a poco pidió más.

—¿Cómo? —le dijo la madre—. ¿Has terminado tu tarrito?

—Sí; tengo ganas de comer más crema; dame otro.

—No, hijo mío; puede hacerte daño. Mañana comerás otra vez, ya que tanto te ha gustado, pero hoy no quiero que abuses en la comida, pues puedes enfermarte.

—Yo quiero otro tarrito —chilló Marcelo—. ¡Dámelo, mamá!

—No, hijo mío; no puedo darte más.

—Pues entonces no aprenderé a leer ni a escribir.

Y hecho una furia, tiró el tarrito al suelo, en donde se hizo añicos.

Su papá lo miró severamente, y le dijo:

—Muy bien, caballero; en castigo de su mal humor y de su terquedad, se irá usted a la cama inmediatamente. Y en medio de un pataleo y de un griterío ensordecedor, Marcelo fué conducido a su cuarto y a pesar de la resistencia desesperada que opuso con mordiscos y arañazos, fué desnudado y metido en cama.

Después de una hora de lloriqueos y puntapiés a las sábanas, víctimas inocentes de sus iras, Marcelo se serenó un poco. ¿Creéis que estaba arrepentido? Vais a verlo.

Silencioso como un ratón, saltó de la cama, y con pasos cautelosos se dirigió hacia el comedor, que estaba contiguo a su cuarto; la puerta estaba entreabierta. Y por ella se coló nuestro goloso, que en su afán, no había cuidado de abrigarse. Sobre el aparador había dos tarritos de la codiciada crema.

—No han querido dárme los —gruñó Marcelo,— los tomaré yo solo.

Y diciendo y haciendo arrastró un taburete hasta ponerlo junto al aparador, se subió con presteza, poniéndose en puntas de pies para alcanzar los tarritos y... el estruendo fué formidable. Los dos tarros, unos platos y una compotera yacían en el suelo, en medio de un mar de crema fantástico, lleno de cristalitos muy bonitos a la vista, pero muy malos de digerir. Marcelo, encaramado en su taburete, no sabía a qué santo encomendarse, y tiritando de frío y de miedo lo encontraron sus padres, que acudieron al estrépito que se oía en el comedor.

Podéis imaginaros que la actitud del pobre goloso no era muy desenvuelta que digamos, y aunque quiso balbucear una excusa, la voz le resultó temblorosa y acabó por echarse al cuello de su madre, llorando a mares. No paró



en esto sólo su desventura; al salir de su cama calentita para ir en busca del famoso tarro de crema, había atrapado una influenza, que degeneró en una bronquitis de las peores.

Escarmentado por la dura lección, procuró corregirse de sus defectos y hoy es un niño bueno y cariñoso que cuenta a sus hermanitos cómo fué castigado una vez un chico que quiso comerse a escondidas un tarro de crema.

### LA ASISTENCIA DE LOS HIJOS

*Los hijos son por naturaleza defensa y fortaleza del padre.*

TASSO.

Al salir de mi casa veía yo todas las mañanas en la calle un grupo de cinco niños pobres y sencillamente vestidos. Eran dos mujeres y tres varones evidentemente hermanos. El mayor, una mujercita, contaría apenas 14 o 15 años de edad; el menor era un chicuelo que no pasaba de los 7. Llegaban a una esquina, se detenían un momento, daba allí sus instrucciones la hermanita mayor y cada cual seguía después, solo, su rumbo con su canasta o bulto debajo del brazo. Intrigado, detúveme una vez ante ellos y les pregunté:

—¿Van ustedes a la escuela?

La niña, que parecía jefe del pequeño grupo, me contestó:

—No, señor; vamos al trabajo.

—¿Cómo! ¿Tan jóvenes y ya trabajan ustedes?

—Se hace lo que se puede, señor.

—¿Saben siquiera leer y escribir?

—Sabemos leer y escribir todos, menos el menor de nosotros, a quien yo se lo enseño los domingos y días de fiesta...

—¿Y en qué trabajan ustedes?

—Mi hermanita y yo somos aprendices de costura y bordado; mis dos hermanos, de carpintero uno, y herrero el otro; el menor hace mandados en una imprenta, y será tipógrafo.

—Pero a su edad, ¿no han de ganar ustedes mucho!

—Algo, algo... No tenemos madre, y nuestro padre no puede trabajar porque está enfermo de reumatismo...

Iban ya a retirarse los niños, cuando no pude menos de precisar mi pregunta:

—¿Ganan ustedes lo suficiente para mantener a su padre?

La niña me miró como sorprendida, y repuso:

—Si el padre mantenía a cinco hijos, bien pueden ahora cinco hijos mantener al padre.

## LAS NUECES DORADAS

*Un hombre puede halagar y sonreírse, y ser un malvado.*

SHAKESPEARE.

Un grupo de niños contemplaba con admiración el arbolillo cargado de brillantes adornos que las familias alemanas tienen costumbre de engalanar e iluminar en la sala de la casa para celebrar la Navidad. Era un lindo abeto verde y de sus ramas, entre pequeños cirios encendidos, colgaban toda clase de golosinas y juguetes. Se veía también brillar una cantidad de nueces doradas que atraían sobre todo las miradas de Pedrito. El niño ardía en deseos de poseerlas.

—Hijo mío —díjole la madre—; esas nueces no son más que un adorno del árbol; es preciso dejarlas en él. Si tienes ganas de comer nueces, aquí tienes otras.

Pero Pedrito exclamó, a punto de llorar:

—No; no quiero esas nueces oscuras. Quiero las doradas, que deben ser más ricas.



La mejor manera de castigar a los niños caprichosos consiste, a veces, en ceder a sus caprichos. La madre dió, pues, a Pedro las nueces doradas. Luego distribuyó entre los otros niños las nueces de modesto color natural.

Transportado de alegría, Pedrito se apresuró a partir sus lindas nueces. Grande fué su desencanto al ver que estaban vacías y mayor su confusión viendo que sus hermanos se burlaban de él.

El padre dijo, entonces:

—Esas nueces no eran para comer. Servían, simplemente, para embellecer el árbol de Navidad. Yo las preparé pegando cascarnes vacíos y pintándolos luego con polvillo dorado. Por lo demás, no olviden, hijos míos, que en el mundo encontrarán muchas cosas que se parecen a estas nueces: brillantes por afuera y vacías por dentro.

Schmid.

## LA TABAQUERA DE ORO

*Los hijos se convierten para los padres, según la educación que reciben, en una recompensa o en un castigo.*

PETIT - SENN.

Un coronel, hallándose sentado a la mesa con varios oficiales a quienes ofrecía una comida, les mostró una hermosa tabaquera de oro que acababa de comprar.

Instantes después quiso sacar la tabaquera para tomar un pulgarada de rapé. Se registró en vano los bolsillos y, muy sorprendido, preguntó:

—¿Dónde está mi tabaquera? Señores: tengan la bondad de ver si alguno de ustedes se la ha puesto, distraídamente, en el bolsillo.

Inmediatamente todos los comensales se pusieron de pie y dieron vuelta a sus bolsillos, pero la tabaquera no reapareció. Sólo uno de ellos, el abanderado del regimien-

to, permaneció sentado. Su expresión delataba una visible turbación.

—No daré vuelta a los bolsillos —declaró—. Mi palabra de honor debe bastar: no tengo la tabaquera.

Terminada la cena, los oficiales se retiraron con aire grave y receloso; cada uno de ellos sospechaba que el joven abanderado era el ladrón.

Al día siguiente el coronel lo hizo llamar y le dijo:

—Acabo de encontrar la tabaquera. Tenía descosido el fondo del bolsillo y se había deslizado hasta el dobladillo de mi uniforme. Espero que me diga por qué motivo se negó usted a dar vuelta a sus bolsillos mientras los demás oficiales no vacilaron en hacerlo.

El abanderado repuso:

—Se lo diré de buen grado, mi coronel, pero a usted sólo. Sepa que mis padres son pobres. Les doy la mitad de mi sueldo y por economía jamás ceno en el hotel. Ayer, cuando me hizo usted el honor de invitarme a su mesa, tenía en el bolsillo lo que había comprado para comer en casa.

Habría sufrido una gran vergüenza si al volver los bolsillos mis compañeros hubieran visto el pedazo de pan moreno y el trozo de salchichón que componían mi modesta cena.

Estas palabras conmovieron al coronel, quien dijo al joven militar:

—Es usted un hijo excelente. Por eso y con el propósito de ayudarle a sostener a sus padres, tendré el placer de recibirle en mi mesa todos los días.

Hizo algo más. Para disipar por entero las injustas sospechas, invitó a todos los oficiales a un banquete, proclamó ante todos la inocencia del joven y regaló a éste la tabaquera de oro como testimonio de su alta estimación.

Schmid.



## DIOS CASTIGA SIN PIEDRA Y SIN PALO

Dos pastores solían llevar su ganado al campo. Uno de ellos, llamado Enrique, aunque pequeño, era activo, inteligente y quería mucho a sus ovejas.

Acompañado por su perro Diamante, salía muy temprano, antes que los rayos del sol brillaran en el horizonte, a fin de que los animales pudieran pacer tranquilamente y más tarde buscaran la sombra para descansar.

Es evidente que los múltiples cuidados del pastorcito contribuyeron a que su rebaño fuera el más numeroso y el que estuviera en superioridad de condiciones.

El otro pastor amigo, Ernesto, era perezoso; en vez de cuidar celosamente su ganado, se sentaba bajo los árboles o se acostaba, confiando el cuidado de su rebaño al perro. Pero éste, aunque era buen guardián, fué atacado por el lobo, y el terrible animal empezó a devorar las ovejas.

Los gritos prolongados del perro despertaron al perezoso, quien pudo ver que el lobo huía espantado por Enrique, pero llevando su predilecto corderito.

Al presenciar este desastre y comprobar la muerte del perro y el rebaño diezmado, prorrumpió en amargo llanto.

Aproximóse entonces Enrique y poniéndole la mano en el hombro le dijo sentenciosamente: "Dios castiga sin piedra y sin palo".

Porque a Ernesto no lo castigaron con piedras ni con palos, pero sí moral y materialmente, pues sus fibras más sensibles fueron heridas en lo que más quería: en sus ovejas y, sobre todo, en su predilecto corderito y en el perro, y perdiendo, además, más de la tercera parte de sus ovejas, perdía el valor de las mismas.

## A RIO REVUELTO GANANCIA DE PESCADORES

Una hora antes del crepúsculo, cuando ya las calles del pueblecito comienzan a sumirse en una mística penumbra, Santiago y Martín, saliendo por distintos caminos de sus casas, vinieron a encontrarse en la plazoleta, llena de robustas acacias y de rústicos bancos de piedra, que se extendían ante la iglesia parroquial.

Iban los dos rapaces armados de una varilla de alambre y, sin saludarse siquiera, puesto que no se conocían, comenzaron su tarea.

Se paseaban de uno a otro lado, con los ojos clavados en el cielo. Veíase azul y salpicado de tenues y pequeñas nubecillas blancas. El sol, ya próximo a esconderse tras las dentadas cumbres de la cercana sierra, ponía en la torre sus postrimeros y áureos besos, y la esfera del reloj refulgía como un foco de plateada luz. Repentinamente, oíanse chillidos de aves y una bandada de vencejos cruzaba el aire con rápidos giros, encaminándose a sus nidos, situados en las hendeduras de las sagradas piedras. Entonces, Santiago y Martín esgrimían las varillas y allá iban éstas cimbreándose por el aire.

Varias veces habían repetido esta operación cuando los "proyectiles" lograron penetrar entre las apretadas filas de un "escuadrón". Un pobre vencejo cayó moribundo al suelo y los cazadores, apenas lo vieron en él, se lanzaron a recogerlo. Aquí fué Troya, porque los dos sostenían, con gran acopio de razones, que habían sido los matadores de la desventurada avecilla y, por lo tanto, alegaban derecho sobre su cuerpo.

Las vocecillas infantiles fueron subiendo paulatinamente de diapason y ya, como vieran que con el ardoroso razonar nada conseguían, apelaron a los puños, al derecho primitivo del más fuerte. Primero se mantuvieron de pie, fuertemente abrazados, limitándose su lucha a estrujarse el uno contra el otro. No de otra suerte ri-



ñen los oseznos por un pedazo de dulcísima colmena. Al fin rodaron por el suelo sin desasirse y sin dejar de injuriarse. Un nuevo personaje llegó entonces a la plazuela: era un truhancillo lleno de harapos. Con una mirada se enteró de lo que sucedía y viendo el vencejo abandonado lo cogió y desapareció.

—A río revuelto . . . — murmuró entre dos silbidos.

Y ya el sol moría y la torre se tornaba negro fantasma, y en el cielo, de un hondo y sugestivo azul, relucían dos o tres espléndidas estrellas . . .

J. A. Luengo.

## LA CADENA

*Raras veces al delincuente deja de llegarle el castigo.*

Era Simón un mozo de escasa probidad. No valía más que un ladrón. En verdad, no robaba directamente pero cuando encontraba una cosa, la guardaba para sí, aunque supiera bien a quién pertenecía el objeto.

Una mañana, al pasar delante del taller de un cerrajero, vió en la calle, no lejos de la puerta, una cadena de hierro que parecía haber sido perdida. Simón miró a derecha y a izquierda para cerciorarse de que nadie le veía, y luego se apoderó rápidamente de ella. Pero instantáneamente la soltó, lanzando un grito horrible. La cadena se hallaba calentada al rojo y el infeliz se había quemado los dedos.

El cerrajero, que la había arrojado al suelo para que se enfriara, acudió al oír los gritos de Simón, y le dijo:

—Mereces haberte quemado esos dedos de ladrón. Y por temor de que te ocurra algo peor, no olvides que tocar el bien ajeno es como poner la mano sobre una cadena ardiente.

Schmid.

## EL AMIGO

*Dichoso el que se salva; más dichoso el que salva a otros.*

Hasta el día antes se había llamado Bock. Ahora era un perro de la calle, un mísero, sucio, golpeado perro de la calle. La transformación había sido demasiado pronta para que el perro pudiese hallar la causa.

Hasta un día antes, había vivido regalado, jugando con los niños, comiendo abundantemente sin que le faltasen ricos huesos de gallina. Una mañana el quintero lo subió a su carricoche. Todavía no estaban despiertos los niños. Viajó varias horas. Ya en las calles del pueblo próximo, el quintero —nunca había querido a este hombre, siempre había sentido en él a un enemigo— lo tiró del carro y siguió viaje. Bock quiso seguirle, pero el otro le dió un fuerte latigazo. Se detuvo. Por causa del golpe le dolía una pata. Tiróse sobre la acera. ¿Donde ir?

Pasó un niño con una señora. El los siguió, rengueando. Dijo aquél:

—Mamá, mirá ese perrito; ¿llevémoslo a casa? Mirá cómo nos sigue.

La señora miró al perro:

—No, nene. Mirá la llaga que tiene en la cabeza. Ha de estar... ¡Fuera! —Y lo echó, viendo que el perrito había intuído la simpatía del niño y, más resueltamente, los seguía—. ¡Fuera!

Bock se detuvo. Después volvió a echarse sobre la acera. Le molestaba la pata.

También esa llaga en la cabeza que desde unos días antes le picaba intensamente y a la que agrandaba ras-cándose.

Comenzaron a abrirse las puertas. El perro se guareció en un zaguán. Pero un hombre que salía lo echó a puntapiés.



Más asombrado que dolorido, el perro, en tres patas, salió calle arriba, disparando. Pensaba:

¿Por qué le ocurría esto? Hasta entonces había pasado una vida dichosa, en aquella quinta, correteando junto a los niños que le llamaban Bock.

De pronto, la llaga en la cabeza, el quintero que lo dejaba allí, en medio de la calle de un pueblo desconocido, la mujer que lo echaba, este hombre que le pegaba puntapiés... ¿Por qué le ocurría esto?

La carrera había despertado su hambre. Siguió andando lentamente. Vió una carnicería, entró. Parado ante un hombre de delantal blanco, empezó a menear la cola, como hacía ante la cocinera. El hombre no reparó en él. Entonces el perro, lo mismo que hacía ante la cocinera, pidiendo, exigiendo comida, comenzó a ladrar. Por toda respuesta, el hombre del delantal blanco le dió un fuerte puntapié, y todavía, cuando él ya disparaba, le tiró un pesado cuchillo, que le pegó en la pata enferma. Aullando de miedo y de dolor, el perro salió a la calle. Corría sin saber porqué, aturdido y espantado. Hacía él venía otro hombre; el perro se le apartó y siguió corriendo en tres patas. Acabada de cobrar un pavor inexplicable a los hombres. Para él, todos habían cambiado de pronto. Hasta el día antes, los creyera seres bondadosos cuyas manos sólo supieran hacer caricias, cuya voz sólo supiera decir palabras dulces: "Pichicho"...

"Bock"... ¿Por qué se habían transformado así los hombres? Siguió corriendo... Corría sin saber por qué. Acababa de cobrar un miedo inexplicable a los hombres. Parecía que todos estaban dispuestos para golpearlo, que lo perseguían. En su alma de bruto acobardado, los hombres se agigantaban, adquirían proporciones de monstruos. Fatigado, babeante de sed, siguió corriendo, ahora más aún. Acababa de oír gritos y un pelotón de gente trotaba detrás de él. Intuyó el peligro. La desgracia y el dolor de los golpes, acababan de sacar en él a la bestia salvaje, inteligente y ligera de concepción que su vida fácil había adormecido. Intuyó que lo perseguían y corrió más. Corrió desesperadamente.

Así era: A su paso una mujer gritó: ¡Un perro rabioso!

En seguida tuvo diez hombres y veinte muchachos detrás de él, armados de cuchillos y garrotes, gritando: ¡Un perro rabioso!!!...

No entendía él; sólo presentía que ese griterío era de amenaza. ¿Pero por qué habían cambiado así los hombres? Hasta ayer, en la quinta, tan buenos y cariñosos; hoy, aquí, agresivos, voces de cólera, puntapiés... Sonó un tiro. El perro nunca había oído eso. Mas la memoria ancestral habló en él, gritó en él, potente y viva. Y comprendió qué era aquello: ¡La muerte!

El bruto se estremeció. La muerte acababa de pasar junto a su oreja derecha silbando. En este momento, él no era ya el perrillo faldero del día anterior. El peligro de la muerte acababa de sacarlo a flor de ojos, a punta de colmillo, la fiera que fueron sus antepasados remotísimos. Y éstos le hablaban ahora al alma atemorizada. Ya no sentía asombro por el cambio que pudieran haber experimentado los hombres. Si los hombres no habían cambiado nada, nada absolutamente. Si fueron siempre así: feroces, brutales, astutos implacables, temibles, poderosos. El lo había olvidado, nada más. Ahora aquello que pasó silbando junto a él, acababa de recordárselo nítidamente. Y en tanto, corría desesperado, poniendo en sus tres patas sanas todo el terror secular que se acababa de despertar en él por los hombres todopoderosos que mataban fuera del alcance de los colmillos. Los veía como eran: Peludos, altos, vigorosos, ágiles; las manos armadas de dientes y garras brillantes más fuertes que las del tigre...

Sonó otro tiro. Siguió corriendo. No paró hasta verse fuera de las casas, en el campo. Ya no oía más el griterío. Aunque nuevo, recién despertado, su instinto de bestia perseguida no lo engañaba. Comprendió que se había librado de sus persecutores. Y se detuvo. Se hallaba solo en medio del campo. No se veía a nadie. No se oía nada. Sí, allá a lo lejos, un murmullo... El perro enderezó una oreja hacia él, poniéndose todo en el oído. El murmullo



se avivó. No eran voces de hombre: se dirigió hacia él. Ahora, ya sin el peligro acosándolo, comenzó a sentir el dolor en la pata, un dolor agudo, torturante. ¡Y sed! Una sed que lo quemaba, imperiosa...

En tres patas, fatigosamente, el perro siguió andando hacia el murmullo que lo atraía, sin saber porqué lo atraía. El necesitaba beber, y su alma de bruto, en la que acababa de despertar, súbitamente, la memoria salvaje, le decía que aquél era el murmullo de agua fresca y rica, el agua buena, deslizándose bajo los árboles, en el bosque. Pero, ¿dónde había visto esa agua y ese bosque, él, perro nacido y criado en una quinta, y hasta esa mañana sin salir de ella? El perro no lo sabía, pero lo recordaba, como recordaba que los hombres eran peludos, altos, ágiles, vigorosos; las manos armadas de dientes y garras brillantes y más fuertes que las del tigre. Recordándoles, el perro se estremeció de espanto.

Siguió su marcha penosa en busca del agua que se le ofrecía en aquel murmullo cada vez más claro. Ahora andaba sobre un camino, andaba lentamente, pero vizor; todo él puesto en las pupilas vigilantes. Al doblar el camino, detúvose. Dió un brinco, salió de él, agazapóse entre los altos yuyos que lo orillaban. ¡Había visto un hombre! Este, la azada al hombro, siguió sin verle. El perro no salió de su escondite hasta un buen rato después. El sabía que el hombre era astuto, paciente para la caza, dueño de armas terribles que producen el fuego temido, la muerte odiada, desde muy lejos... Olfateó antes de salir al camino. Entonces volvió a reanudar fatigosamente su penosa marcha en tres patas rumbo al sonido del agua que había de quitarle la sed...

Siguió andando, sin confiarse, olfato, vista y oído siempre avisores, atentos a percibir al hombre enemigo ¡Y vió el agua! El camino ascendía. Desde allí vió el agua. La oyó cantando, pero olfateó, y el viento le trajo sabor a sal, un sabor que desconocía. Siguió andando, camino adelante, buscando cómo llegar al agua; enorme planicie verde que se extendía hasta perderse de vista, muy lejos: El mar sonoro, bello y maligno; agua áspera

que no acariciá amansando la sed como la del río. El instinto del perro comprendió la ineficacia de todo esfuerzo por llegar hasta él. Y se tiró en el camino, derrotado, con los ojos puestos en aquella planicie de agua que lo había atraído para engañarlo. Ya comenzaba a dormirse, cuando vió en el camino a un animal enorme, rugiente, que se aproximaba veloz. El perro irguióse, alerta. Rápidamente aquello se acercaba hacia él. Alarmóse; pero se tranquilizó pronto. ¿No era un hombre? Y no siendo un hombre, ¿qué podía temer?

La bestia se acercaba; él, por prudencia, enderezó hacia la orilla del camino, para dejarle éste libre, en todo lo ancho que era. Pero el bruto malo, viró yéndosele encima. El perro pudo dar un salto, a fin de salvarse. Y el automóvil lo alcanzó apenas, aunque tan rudo fué el golpe, que lo tiró lejos, aullando.

Revolcándose de dolor, pudo oír carcajadas. ¡Eran carcajadas de hombre!

Cuando pudo levantarse, se halló deshecho y aturdido. La sed seguía quemándole las fauces, apretándole la garganta. Caminó unos pasos. Se detuvo ante el abismo que lo separaba del agua cantora. Se detuvo, postrado de fatiga y de desesperanza. ¡Y se tiró allí! Todo su esfuerzo lo había colocado en el logro de aquella agua cuya voz lo atrajera. El dolor parecía atenacearle la pata. Su alma de bruto bravo volvió a adormecerse. Fué de nuevo un débil perrillo, juguete de niño. Y quedó allí, tirado, sin fuerzas, postrado por la sed, el dolor y la fatiga, mirando el agua con ojos lagrimeantes. El sol, ya amo del cielo, quemábale el lomo. Allí abajo, lejos, inmensa hasta perderse de vista, la mar, siempre cantando, agua salobre que no hubiese podido librarle de la sed que lo torturaba...

\* \* \*

Así lo encontraron Paco, Tulo, Manolo y Chicote. Al oírlos, el perro se alarmó. ¿Había oído voces de hombres? Hubiera querido huír... Le faltaron fuerzas para levantarse. Al verlos se tranquilizó: No eran hombres.



Recordó a sus amigos de la quinta, los niños que jugaban con él, que le daban azúcar y lo llamaban Bock. Comenzó a menear la cola cariñosamente. Los chicos se le acercaron. De súbito, Paco, el más grande de todos, abrió las pupilas, dió un paso atrás y, señalándole con dedo tembloroso, gritó con voz enronquecida por el terror:

—¡El perro rabioso, el perro rabioso!

Tulo y Manolo echaban a correr ya. Chicote, el más chico, se rió de ellos:

—¡Qué va a ser rabioso, si es un perrito manso!

Y se acercó a él, a acariciarle la cabeza.

Paco gritó:

—¡Te va a morder! ¡Está rabioso!

—¡Cuidado!

—¡Chicote, vení!

Gritaron los otros, apelotonados en un grupo expectante. Chicote, sin hacerles caso, acariciaba al perrito que ahora le lamía las manos. El niño no lo había reconocido. El perro, sí. ¡Este es el mismo chico que, pasando con la madre, lo había llamado.

El animal intuía un amigo en él. Sentía simpatía hacia él, y se la demostraba en la inquietud de la cola, agitándose alegremente.

Los otros acercáronse. Paco aún dijo:

—Es el perro que corrimos esta mañana.

—¡Sí, pero no está rabioso! —respondió Chicote—. Está herido. Mirá, tiene sangre. Ya sin ningún recelo, los otros se acercaron. Quisieron ponerlo de pie. Fué inútil. El perro, extenuado y herido, se caía.

—¿Qué hacemos? —preguntó Paco.

—¿Vamos a traerle agua y carne? —preguso Chicote.

—¡No! El pueblo está muy lejos...

—Hay que caminar mucho...

Respondieron Tulo y Manolo.

Paco se animó. Acababa de hallarle utilidad a aquel pingajo de perro ensangrentado que no podía jugar, corriendo y ladrando tras de ellos, camino adelante.

—¡Ya sé —dijo—, vamos a jugar a la Inquisición! Su faz se había iluminado en tal forma que los otros

dos presintieron una diversión inusitada, nueva. Preguntáronle, hechos dos ascuas de ansiedad:

—¿Qué es eso?

—¿Qué juego es?

—¿No sabes? La Inquisición quemaba a los herejes. ¡Quemamos al perro! ¿Quieren?

—¡Sí!

—¡Sí!

—Y mientras se quema, nosotros bailamos alrededor. ¿Quieren?

—¡Sí!

—¡Sí!

—¡No, no quiero, yo no quiero que quemen a mi perro!

Era Chicote, el más chico, el que protestaba.

—¿Tu perro? —preguntó Paco—. ¿Por qué va a ser tu perro? ¡Si es un perro de la calle! ¡Un perro de todos!

—¡Pobrecito! —imploró Chicote.

Tulo, muchacho impetuoso, dió un brutal empujón a Chicote:

—¡Andáte! Si vos no querés jugar, andáte!

—¡No me voy, no! Yo no quiero que lo quemen. ¡Pobrecito! —imploró, casi sollozando, Chicote.

Manolo se burló de él. Remedóle:

—¡Po-bre-ci-to! ¿Por qué no te ponés a llorar como una mujercita?

Su burla tuvo más eficacia que la brutalidad de Tulo. Chicote guardó silencio, vencido. Paco resolvió:

—Vamos a traer ramas y papeles. ¡Yo tengo fósforos!

Los tres se desbandaron. Chicote quedó solo con el perro. Y se acercó a él, tembloroso, a acariciarle la cabeza llagada. El perro y el niño se miraron largamente, sellando en aquella mirada una amistad eterna. Chicote lo habló, sin dejar de acariciarlo:

—¡Pobre pichicho, te van a quemar! —dijo, y, puesto de pie, con la resolución heroica encendiéndole el rostro y brillándole en las pupilas, se desató el cinto.



Corrió y, tambaleándose por su peso, trajo una gran piedra que ató al cuello del animal. Después, lentamente, comenzó a empujar a éste hacia el abismo. El perro gemía de dolor. El niño, acariciándolo, lo hablaba. Explícabale su acto, justificábase:

—¡Es para que no te quemen, pichicho; es para que no te quemen! . . . ¡Pichichito!

Ya en el borde del barranco, lo acarició por última vez, hasta le besó la cabeza. El perrito le lamió la mano, también por vez última.

El perro comprendía que el niño era su amigo, que de él no podía esperar más que bien.

Así se despidieron. La fatalidad los separaba . . .

Chicote empujó al perro. Lo vió descender rectamente, tirado por la pesada piedra, y hundirse en el agua del océano, blanco de olas que se despedazaban ruidosamente contra las peñas. Asomado al abismo, quedó mirando el mar. Después sintió que lágrimas calientes corrían sobre sus manos. Y siguió llorando en silencio.

Llegaron sus compañeros, cargados de ramas, bulliciosos, alegres por la perspectiva del espectáculo nuevo que se prometían. Preguntaron:

—¿Dónde está, dónde está el perro?

Chicote les señaló el mar:

—¡Se cayó al agua!

Los otros miráronse, disgustados por ver malograrse su diversión.

Tulo se burló de él.

—¿Estás llorando? ¡Mujercita!

Alvaro Yunque.

*El único modo de ayudar a los pobres es enseñarles la manera cómo pueden mejorar su condición, mostrándoles los prodigios que realizan el ahorro y la perseverancia.*

## LA RABONA

*Los remordimientos suplen la justicia.*

YOUNG.

Decididamente soy un muchacho muy malo. Claro que yo podría callarme esto que me ha ocurrido, pero prefiero presentarme tal cual soy, porque los más feos pecados son la mentira y la hipocresía.

¡He hecho la rabona, amiguitos! Lo digo así, bien alto, para que me oigan bien todos, sin escaparse uno...

Al llegar cerca del colegio me encontré, desgraciadamente, con el terrible Pedro Miguens, que es el más grande de mis compañeros de clase.

—¿Adónde vas, Cachito? — me preguntó.

—Y..., al colegio. Y voy de prisa, porque tengo que repasar la lección de geografía.

—¿No la sabes?

—No, y tengo miedo de que me pongan un cero como una casa.

Pedro Miguens me miró compasivamente de arriba abajo.

—Eso te pasa por pavo — me dijo.

—¿Y qué quieres que haga?

—Lo que yo: ¡fumarte la clase!

Rechacé, indignado, la proposición de Pedro y éste comenzó a burlarse de mí, llamándome cobarde, niño mimado, pollerita, y qué sé yo cuántas cosas más, y diciéndome que me fuera a esconder porque me iba a comer el hombre malo.

No sé qué nube pasó por mi cerebro; el caso es que, al verme tratado de aquel modo, me sentí heroico, y decidido le dije:

—El niño mimado, el pollerita y el cobarde lo serás tú. A todo lo que tú te atrevas, me atrevo yo.

Y como os lo cuento, hice la rabona.



Al alejarme del colegio me parecía que la fachada tomaba el aspecto de un rostro humano, y la boca, que era la puerta, me gritaba:

—¡Cachito, ven! Deja a ese holgazán y ven con tus compañeros que están trabajando para hacerse hombres de provecho el día de mañana! ¡Cachito, piensa en el disgusto que darás a tus padres!

Estuve tentado de volver; pero el temor de aparecer cobarde ante el grandulón de Pedro, me hizo desoír los gritos de mi conciencia.

—¿Adónde vamos? — pregunté a mi compañero.

—Al Balneario.

—Preferiría a Palermo.

—¡Qué! . . . Hay que pasar calles anchas, con mucha gente, y nos podrían ver. Vamos al Balneario, que de mañana es más solitario y es mejor para divertirse.

Desde aquel instante comenzó mi sufrimiento. El temor de Pedro me invadió por completo y todas las personas que encontraba me parecían ser mi padre, el profesor o algún conocido que pudiera contar mi encuentro. Al volver una esquina tropecé con un señor. Cuando pasó creí observar que me miraba burlonamente. ¿Me conocería? Su cara no me era desconocida. ¿Quien será? ¿Por qué me miraba con burla? Seguramente es un amigo de papá y va a descubrirme. Más allá oigo que me llaman y un estremecimiento recorre mi cuerpo. Debo estar blanco como la cera. Han dicho: ¡Cachito!, no cabe duda; vuelvo la cabeza y veo un hombre que repite: ¡Cachito!, llamando a un hijo suyo.

Llegamos al Balneario y allí nos preguntamos:

—Y ahora, ¿qué hacemos?

No se nos ocurre nada. Un viento molesto se nos cuela por las ropas hasta los huesos. El grandulón de Pedro saca de la cartera una honda y empieza a tirar contra los pobres gorriónillos que revolotean tranquilamente en las ramas de los árboles.

De pronto me asalta una duda:

¿Qué hora será? ¿Qué diré si llego a casa después de las doce, que es la hora que acostumbro?

Convenzo a Pedro y regresamos al centro, con tan mala fortuna, que empieza a llover a cántaros. ¡Y nosotros sin paraguas!

Mientras corro, se me representa en la imaginación, la clase de geografía, tan abrigada, y allí, los alumnos, mis compañeros, y don Fermín, el bondadoso profesor, mirándolos paternalmente, a través de sus gafas.

Sin despedirme de Pedro, llego a mi casa, y en la escalera noto que me faltan mis libros. ¡Los he dejado en un banco del Balneario!

Estoy empapado y lleno de barro.

Entro en casa y, ¡menos mal!, nadie me dice una palabra. No obstante, algo noto en los semblantes que me preocupa.

Me siento y me pongo a hojear un libro, fingiendo que lo leo, mientras miro de reojo a mamá. Observo que se enjuga una lágrima.

¿Sabrá algo? Llega papá y parece como si no me viera. Voy observando que miro las cosas como a través de un velo; es que tengo los ojos húmedos por las lágrimas que procuro contener. Un nudo horrible me oprime la garganta.

Ya no veo nada, ni siento nada, y me pongo a llorar desesperadamente.

Al fin se aclara todo. Mis padres sabían ya mi mala acción por una nota que recibieron del colegio. Como son tan buenos, me perdonan el gran disgusto que les hice pasar.

La reprimenda que recibí más tarde, no obstante, fué mayúscula y no la olvidaré nunca...

No volveré a faltar jamás al colegio.

¡No lo hagáis nunca, amiguitos! Os aseguro que es una cosa muy desagradable, que sólo hace vivir momentos de ansiedad y de hondo remordimiento.

*Los hombres de buen corazón deben proteger la vida de los pájaros y favorecer su propagación.*



## UN VIAJE A LA CIUDAD

*No hay ley que regule mejor la igualdad que las leyes de la naturaleza. A ellas hay que acercarse en busca de la felicidad.*

ZENÓN.

Nacer y criarse en el campo, lejos de la ciudad, no tiene nada de particular, y, según leí una vez, todos deberíamos nacer y criarnos en el campo, donde se respira oxígeno puro, donde el sol nos purifica y donde la vida por ser más monótona, es más real. Lejos de la ciudad, ésta nos atrae porque el espíritu de curiosidad nos induce a conocer lo desconocido, lo que siempre se nos antoja magnífico, bien por la descripción que nos hagan o por la opinión que nos formamos a través de la distancia.

Mi amiguita Zoraida, que ha nacido y se ha criado en el campo, tenía muchos deseos de conocer la ciudad, de la que había oído hablar vagamente, lo que más despertó su curiosidad.

Siempre rogaba a sus padres que la llevaran a Buenos Aires, al Buenos Aires que ella se imaginaba, la encantadora ciudad.

Y tanto insistió, que un día sus padres accedieron a su tan deseado viaje.

Acompañada por su abuelita, una mañana de invierno abandonaron la chacra donde vivían en La Pampa y con la lozanía del viento que azota las mieses y trata de impedir que los árboles se vistan con trajes que han de lucir en la primavera, Zoraida, saltando de alegría, casi arrastraba a su abuelita en su loco afán de llegar pronto a la estación, donde tomarían el tren que las alejase del inmenso territorio hacia la ciudad donde todo había de moverse como por arte mágico.

\* \* \*

A los ocho días, Zoraida ya estaba de vuelta, ante el asombro y la curiosidad de propios y extraños, pues su viaje debía durar un mes como mínimo. Ella, que había salido llena de ilusiones y alegrías, volvía decepcionada y taciturna.

Ante las preguntas que sobre todo le hacían, contestó de esta manera:

—He cumplido mi mayor deseo, y he sufrido mi primera desilusión. Yo imaginé que la ciudad multiplicaría los encantos de la vida. Yo creí encontrar las mayores delicias; creí que en el rostro de las gentes que habitan la ciudad se manifestaría el encanto de la vida ideal; me suponía que allí sería algo así como el Paraíso, me parecía que las gentes serían el máximo de la perfección humana. Yo me imaginé la ciudad alegre, sin miserias, sin enfermedades, sin vicios y sin maldad de ninguna clase. Por eso ansiaba tanto ir. Pero, ¡qué desengaño!, ¡qué desilusión!, ¡qué diferente es todo a como yo lo imaginaba! Ciertamente es que algo hay de lo que yo suponía; lo que hay de bueno que engalana la ciudad, lo desprestigia frente al enorme mal que encierra. Ocho días me han bastado para hastiarme. Asistí al teatro, donde se goza y se sufre; fui al museo, donde se admira todo lo pasado; concurrí al Jardín Zoológico, donde los animales viven en perpetua prisión, para que la gente se deleite con mirar su variedad; paseé por el Rosedal, donde las flores embriagan con su fragancia exquisita. He paseado en veloz automóvil por las más céntricas y apartadas calles de Buenos Aires, y he visto la inmensa diferencia que hay de un lugar a otro de la ciudad. Mientras en el norte hay grandes palacios que parecen castillos encantados, en el sur hay grandes y chicas casas de madera y cinc que más bien parecen hormigueros. De un lado el silencio asombra; de los grandes palacios sólo he visto salir a una robusta sirvienta que en vez de niños llevaba dos perros, en dirección a la plaza más cercana. Lujosísimos autos estacionados



frente a los grandes edificios, donde sólo se ven sirvientes. Del otro lado, las calles están sucias, de los grandes caserones salían chicos a grupos, rotas las ropas, sucios y descalzos. Tranvías, carros, pitos, autos y gritos aturden el cerebro y envenenan el alma. Criaturas en edad escolar, vendiendo diarios, lustrando botines, recogiendo papeles. Si el norte es el Paraíso, por su aspecto cómodo y tranquilo, el sur es el infierno, donde se han de sufrir todas las miserias humanas. El centro de la ciudad es como un gran mercado. En los días y horas de trabajo, un enorme trajín agita de un lado a otro un gran gentío. El tránsito se hace casi imposible. Hombres, mujeres y niños se ven por todas partes formando caravanas interminables. Todo es diferente a como yo lo creía. Lo que la ciudad tiene de atrayente, por un lado, lo tiene de horroroso por el otro. Prefiero la vida árida en este rincón donde todos somos iguales, a la vida azarosa de la ciudad, que aunque encierra encantos, cobija desigualdades indignas entre los hombres.

\* \* \*

Zoraida, que había deseado tanto ir a la ciudad, creyendo que disfrutaría en un mes en ella más que durante toda la vida en el lugar donde había nacido, sufrió una gran decepción al contemplar tanto cuadro de horror y de miseria frente a tanta riqueza y derroche. Su alma juvenil no contaminada con la indiferencia y llena de amor hacia todos los seres, no había podido menos que asombrarse al ver las cosas diferentes a como ella las suponía.

E. C.

*Una buena cabeza y manos hacendosas valen como oro en cualquier país.*

## UNA AMISTAD VERDADERA

*El amigo fiel es un resguardo poderoso; quien lo tiene, tiene un tesoro.*

Jorgelina Ambert y Mercedes Dive eran condiscípulas. Una gran amistad había nacido entre ellas. En el colegio, las dos estudiaban con el mismo entusiasmo, disputándose siempre los mejores puestos; eran las primeras de su año, y les llamaban "las inseparables".

Una mañana de Junio las dos niñas recorrían juntas su camino habitual. Una viva emoción se pintaba en sus rostros; los gestos nerviosos y las frases breves indicaban la inquietud que las dominaba.

En la sala de conferencias del colegio, un interesante concurso las pondría en presencia de todos los profesores.

Hacía mucho que se venían preparando, de modo que esperaban ansiosamente el momento en donde su suerte se decidiría para concederles el derecho de pasar al curso superior.

—¿Quién triunfaría?...

—Jorgelina, ¿hay muchos aspirantes al concurso?

—Unos veinte, creo.

—¿Para dos vacantes solamente?

—Sí... Dos vacantes solamente.

—¡Será difícil!... — suspiró Mercedes.

—¿Te gustaría obtener el primer premio, Jorgelina? — preguntó después de un silencio.

—¡Oh, ya lo creo que quisiera tener esa suerte! — respondió la interpelada.

—¡Yo me conformaría aunque fuera con el segundo! — murmuró Mercedes.

Unas horas más tarde todas las niñas se hallaban



reunidas en la gran sala de conferencias. No se oía más ruido que el que producía la pluma al rayar el papel. Los profesores acababan de dar un tema difícil de matemáticas. Por una rara casualidad, Jorgelina había quedado colocada detrás mismo de Mercedes, de modo que veía a su amiga inclinada sobre su trabajo.

—¡Dichosa de Mercedes, que parece haber resuelto este problema! — pensaba Jorgelina, y, a su vez, trató también de resolverlo. Después de algunas reflexiones, encontró el hilo del razonamiento, y feliz empezó su trabajo. De pronto, una operación más complicada que todas las que había hecho hasta aquel momento la hizo detener..., y volvió a empezar una y dos veces... Mientras tanto, los minutos volaban; las agujas del reloj daban la impresión de que giraban rápidamente. Los ojos de Jorgelina se llenaron de lágrimas. Delante suyo, Mercedes trabajaba; la niña comprendió que su compañera se hallaba segura de sí misma; ella, en cambio, temblaba. De pronto, una corriente de aire penetró por las ventanas e hizo volar una hoja de papel del pupitre de Mercedes; era el borrador de su deber, que fué a caer precisamente a los pies de Jorgelina. Esta, al recogerlo, le echó un vistazo, y vio la operación resuelta. Sin pensar en lo mal que hacía, copió sin vacilación las cifras y terminó el problema; al hacer la prueba, comprobó que estaba exacto.

Sonó la hora y, lo mismo que todas sus compañeras, entregó su examen. Pero era extraño; no se sentía contenta. En su examen de castellano había estado muy bien; en el de inglés no había tenido ninguna falta; pero en cuanto al de matemáticas, un punto negro existía allí. Cuando llegó el oral, Jorgelina estuvo brillante; Mercedes, aunque no cometió ningún error, estuvo más tímida, y, por lo tanto, dió muestra de estar menos segura que su compañera.

Terminados los exámenes, todas las jóvenes hablaban a la vez. Nadie se hallaba segura de haber salido bien; nadie, salvo Jorgelina y Mercedes. Un círculo se formó alrededor de ellas. Las acosaban a preguntas.

—Jorgelina será la que obtenga el primer puesto...

—¡No, será Mercedes!

Llegó el momento de separarse. Durante aquel día los dos jóvenes no habían tenido ocasión de encontrarse a solas, ni de cambiar una sola palabra. Mercedes se dirigió a su casa y Jorgelina a la suya. Durante la noche, una vez en su cama, esta última empezó a recordar todos los acontecimientos del día.

Todo habría pasado bien sin aquel problema de aritmética que tanto la había hecho sufrir; sentía un peso en su corazón; no se hallaba contenta de sí misma; en el fondo de su conciencia tenía algo que reprocharse... Su sueño aquella noche fué muy agitado; en su cerebro danzaban continuamente las cifras del dichoso problema.

Al día siguiente, muy temprano, ya estaba lista para ir al colegio; al fin sabría el resultado del examen.

En el camino se encontró con Mercedes, y de nuevo su corazón se oprimió; las cifras del problema empezaron de nuevo a danzar ante sus ojos.

En la sala de conferencias se hallaba reunida una imponente asamblea; en primer término, los concurrentes, y tras de ellos, todo el colegio, discípulos y profesores. De pronto, la puerta se abrió, y los miembros del jurado entraron, ubicándose ante la mesa. Se hizo un silencio, y el presidente proclamó en alta voz:

—Ha sido concedido el primer premio a la señorita Jorgelina Ambert, que ha merecido el máximo de 40 puntos; el segundo premio a la señorita Mercedes Dive, con 39 puntos y 3/4. Sin una pequeña vacilación que la señorita Dive tuvo en el oral, estas dos alumnas hubieran estado en igualdad de condiciones. En cuanto a los demás alumnos, deberán presentarse el año próximo... ¡Nuestras felicitaciones a la señorita Ambert!...

Una salva de aplausos estalló por todos lados. De pronto, Jorgelina pidió la palabra; se hizo un silencio, y la niña, destacándose del grupo, avanzó dos pasos. La joven parecía sufrir una violenta emoción interior. Al fin, haciéndose de coraje, pronunció estas palabras:



—¡Señor director: no soy yo quien merece el primer premio, sino mi compañera Mercedes Dive!

Un murmullo de asombro recorrió toda la sala.

—¿Qué dices, Jorgelina? — gritó Mercedes.

Sorprendidos, el director y los miembros del jurado la interrogaban con la mirada.

—¡Sí, señores —volvió a insistir ella—; no soy yo la que merece el primer premio! — y tomando coraje de sus propias palabras, acto seguido contó cómo había hallado la solución del problema, al volarse la hoja del borrador del deber de Mercedes.

—¡Sí, señores! —continuó la niña—. ¡Yo copié las cifras, sin reflexionar bien en lo que hacía! ¡Mi compañera Mercedes Dive es quien merece el primer premio!...

Alumnos y profesores revelaban la intensa emoción que los dominaba en ese momento frente a la confesión generosa y leal de aquella niña.

Un impresionante silencio pesaba en toda la sala. Los asistentes lamentaban el instante de debilidad que había arrastrado a Jorgelina, pero admiraban su franqueza. Después de una corta deliberación, el presidente elevó su voz:

—La señorita Jorgelina Ambert acaba de reparar la falta que cometió. Teniendo en cuenta la precipitación de su gesto irreflexivo y la sinceridad de que ha dado pruebas, además de su excelente examen, superior, desde luego, al de sus compañeras, declaramos primera a la señorita Dive, y segunda a la señorita Ambert.

Un gran aplauso acogió estas palabras.

Mercedes, en el colmo de su emoción, se echó en los brazos de su amiga, diciéndole:

—¡Si yo he tenido el primer premio en el concurso, en cambio tú, Jorgelina, has obtenido el primero en la amistad!...

—¡Oh, Mercedes, nada hay que valga tanto como la propia estimación, y para ello es menester ser leal y sincera! — contestó Jorgelina, abrazando a su amiga.

## EL LADRON DE PEPINOS

*Tan lleno está siempre de recelos el delincuente, que el temor de ser descubierto hace tal vez que él mismo se descubra.*

SHAKESPEARE.

Un campesino fué un día a robar pepinos a una huerta. Arrastrándose como una culebra, llegó cerca de los pepinos y se dijo:

—Si tengo la buena suerte de llevarme una bolsa llena, iré a venderlos. Con el dinero que obtenga compraré una gallina. La gallina pondrá muchos huevos. Los empollará y sacará muchos pollitos. Criaré los pollitos y los venderé. Con ese dinero compraré una marrana de pocos meses que me dará muchos lechones. Con el dinero que obtenga de la venta de los lechones compraré una yegua. Tendré potrillos que pronto serán caballos y entónces los venderé.

Podré comprarme una casa con una huerta. En la huerta tendré muchos pepinos, pero no me los dejaré robar. Mis peones de labranza los cuidarán noche y día. Yo mismo iré de vez en cuando, sin que me vean, para gritarles: —¡Eh, mozos! ¡Es así cómo se vigilan los pepinos?

Tanto se entusiasmó el campesino con estos brillantes proyectos, que olvidó que se hallaba en una huerta ajena y gritó:

—¡Eh, mozos! . . . ¡Hay un ladrón!

Los mozos del hortelano oyeron los gritos, acudieron y sorprendieron al intruso robando pepinos. Los palos que éste recibió le echaron abajo los castillos en el aire que había edificado tan pronto, contando con el producto del robo.

Tolstoi.



## EL FANTASMA

*Al delincuente, aun la sombra de la vara le amedrenta.*

CALDERÓN.

Martín se deslizó furtivamente a eso de la medianoche, en el huerto de una magnífica residencia y llenó de frutas robadas dos bolsas que había llevado. Se dispuso a cargarlas al hombro y había dado algunos pasos junto a la pared del huerto, cuando oyó que el reloj del pueblo daba las doce. El viento nocturno que agitaba los follajes producía en ellos murmullos siniestros.

De pronto Martín vió caminar a su lado a un hombre negro que parecía querer ayudarle llevando la otra bolsa. El ratero dió un grito de espanto, dejó caer la carga que llevaba y echó a correr cuanto podía. En el mismo instante el hombre negro dejó caer también la bolsa y se puso a correr tan rápidamente como Martín y siempre a su lado, sin aventajarle ni una pulgada. Sólo abandonó a su compañero al llegar al final del muro.

Al día siguiente todos los vecinos de la aldea hablaban del horrible fantasma que Martín había visto. El mismo refería lo que le había sucedido, pero, naturalmente, guardó el más profundo silencio acerca del robo.

El mismo día lo llamó el burgomaestre y le dijo:

—Anoche fuiste a robar frutas en el jardín. Lo sé porque las bolsas que dejaste tienen tu nombre. Quedas detenido. En cuanto al fantasma negro que creíste ver corriendo a tu lado, has de saber que no era más que tu sombra que se proyectaba a la claridad de la luna en el muro recién blanqueado del jardín. El que hace mal siempre tiene miedo; lo asusta una hoja que se agita y huye de su propia sombra.

Schmid.

## SI LO HUBIERA SABIDO

*No aguardemos para arrepentirnos, a que nuestras faltas nos hayan castigado.*

LANGRÉE.

Así decía Juanita mientras recogía los papeles diseminados en el suelo del salón de clase.

¿Por qué, mientras los demás niños jugaban en el patio, Juanita estaba recogiendo los papeles y murmurando "si lo hubiera sabido"?

Voy a decirlo. Juanita tiene un poco de mal carácter. A sus compañeras no les gusta jugar con ella porque se enoja por cualquier cosa.

Ese día Juanita jugaba sola a la rayuela. Luisa pasó corriendo y, sin querer, le dió un empujón. Juanita se enojó.

—Le diré a la maestra que me hiciste mal.

—Lo hice sin querer —dijo Luisa—. No te ví.

—Hay que tener más cuidado. La maestra te dará una penitencia y otra vez sabrás verme y no me empujarás.

Y Juanita fué a quejarse a la maestra. La maestra conocía bien a las dos niñas. Sabía que Juanita tenía mal carácter y que Luisa no hacía nada con mala intención. Por eso no reprendió a Luisa. Sólo le dijo:

—Ten cuidado. Si corres así puedes hacer mal a una compañera.

Juanita se quedó disgustada y murmuraba:

—Se lo diré a mi mamá... No jugaré más contigo...

De pronto, ¡pan!: la pelota de Magdalena rebotó en el suelo y pegó a Juanita en un hombro.

El golpe de una pelota de goma en el hombro no puede hacer mal, pero Juanita estaba de mal humor y cuando uno está de mal humor la menor cosa basta para irritarlo.



Juanita se puso a llorar y amenazando con el puño a Magdalena, que acudía en busca de la pelota, le dijo:

—Me has hecho mal. Se lo diré a la maestra. Te quitará la pelota.

La maestra lo había visto todo. Vió que Magdalena no había tirado de intento la pelota y que el golpe había sido insignificante.

No quitó, pues, la pelota a Magdalena y se limitó a decirle:

—Ten más cuidado cuando tires la pelota, a fin de que no toques a tus compañeras.

—Y tú, Juanita —continuó—, vete al salón de clase a descansar. Así nadie te molestará. Entretanto recoge los papeles del suelo.

Claro que eso no le gustaba a la niña. Prefería seguir jugando a la rayuela, pero era preciso obedecer.

Como Juanita no era mala, ni tampoco tonta, reflexionó, mientras recogía los papeles, que en verdad ni Luisa ni Magdalena habían intentado hacerle mal y que ella no debió ir a quejarse.

—Si hubiera sabido... —repetía—. Otra vez...

Sí: otra vez Juanita soportará sin quejarse y sin procurar vengarse las pequeñas contrariedades involuntarias.

## JUAN Y PEDRO

*La tierra del perezoso sólo produce ortigas.*

Juan tenía unas tierras que había heredado de sus padres, las cultivaba con esmero, las abonaba y escardaba, para destruir los abrojos y las malas hierbas.

Había plantado árboles frutales, que podaba cuidadosamente; sembraba diversas especies de semillas; trigo, maíz, guisantes, judías, calabazas, habas, patatas, etc.

Todos los años recogía abundantes cosechas. Con el trabajo de sus brazos se había conquistado una posición desahogada y su familia vivía dichosa.

Pedro también heredó un pedazo de tierra, fértil co-

mo pocas, pero era flojo y perezoso. Cuando el sol estaba ya sobre el horizonte, Pedro, lejos de levantarse, continuaba durmiendo. Entretanto, las malas hierbas crecían en su campo y ahogaban las plantas útiles. Nunca abonaba sus tierras, ni las escardaba, ni las regaba, y por eso las plantas crecían raquíticas y mustias.

El campo de Pedro, lleno de abrojos y maleza, ofrecía un cuadro desconsolador. Diríase que nadie lo cultivaba, que estaba abandonado.

Cuando llegaba la época de las cosechas, el desidioso Pedro apenas recogía un poco de trigo y maíz. De esta suerte, vivía pobre y despreciado, envidiando la alegría de los demás. A su alrededor todo era tristeza y miseria.

M. Delapalme.

## POR MAL CAMINO

*Corregid vuestros vicios inmediatamente que los notéis u os los hagan notar.*

Ocurrió en aquellos días que, estando una tarde en el jardín, pasé un cuarto de hora terrible, cuyos efectos he sentido luego toda la vida. Casi de pronto, empezaron a dar vueltas los árboles y las paredes, vaciló la tierra bajo mis pies, se velaron mis ojos, se oscureció mi mente y, sobrecogido por una sensación de cansancio, no pudiendo sostenerme en pie, me tiré en el suelo, esperando la muerte.

Levantéme, luego, con un gran esfuerzo, tambaleándome como un herido, me arrastré hasta casa, donde me eché en la cama y confesé la verdad a mi madre.

Ella, espantada, me roció con agua la frente y me hizo respirar vinagre, exclamando:

—¡Ah, muchacho! ¡También tú! ¡Y tan pronto!... ¡No vuelvas a fumar, hijo mío!...

Y, sin embargo, volví, por mi desgracia.

¡Ah, si aquel día en el momento en que me prepara-



ba a hacer la primera prueba, hubiese podido prever a qué esclavitud me iba a entregar, a qué señor tan tiránico, brutal y estúpido me iba a someter para siempre; si hubiera podido prever de cuántas fuerzas físicas e intelectuales me iba a privar, condenándome por toda la vida a respirar un aire impuro . . . , con qué repugnancia habría arrojado aquel desdichado cigarro que iba a meter entre los dientes y que, al cabo de cuarenta años, me quema aún la boca y la garganta! . . .

Edmundo De Amicis.

## EL CARBONERO Y EL SEÑOR

*El buen padre, donde no llega con los consejos  
y con las persuaciones, procura llegar con la fuerza  
y con el rigor.*

COLOMA.

No hubiera dicho nunca Garrón, seguramente, lo que dijo ayer por la mañana Carlos Nobis a Beti. Carlos es muy orgulloso, porque su padre es un gran señor; un señor alto, con barba negra, muy serio, que va casi todos los días para acompañar a su hijo. Ayer a la mañana Nobis se peleó con Beti; uno de los más pequeños, hijo de un carbonero, y no sabiendo ya qué replicarle, porque no tenía razón, le dijo: "Tu padre es un andrajoso". Beti se puso muy encarnado y no dijo nada; pero se le saltaron las lágrimas, y cuando fué a su casa se lo contó a su padre; el carbonero, hombre pequeño y muy negro, fué a la lección de la tarde con el muchacho de la mano, a dar las quejas al maestro. Mientras las daba, y como todos estábamos callados, el padre de Nobis, que le estaba quitando la capa a su hijo, como acostumbra, desde el umbral de la puerta, oyó pronunciar su nombre y entró a pedir explicaciones. "Es este señor —respondió el maestro—, que ha venido a quejarse porque su hijo

Carlos, dijo a su niño: "Tu padre es un andrajoso".

El padre de Nobis arrugó la frente y se puso algo encarnado. Después preguntó a su hijo: "¿Has dicho esa palabra?"

El hijo, de pie en medio de la escuela, con la cabeza baja, delante del pequeño Beti, no respondió. Entonces el padre lo agarró de un brazo, le hizo avanzar más enfrente de Beti, hasta el punto de que casi se tocaban y le dijo: "Pídele perdón".

El carbonero quiso interponerse, diciendo: "No, no", pero el señor no lo consintió, y volvió a decir a su hijo: "Pídele perdón. Repite mis palabras: Yo te pido perdón de la palabra injuriosa, insensata, innoble, que dije contra tu padre, al cual el mío tiene mucho honor en estrechar su mano". El carbonero hizo ademán de decir: "No quiero". El señor no lo consintió, y su hijo, lentamente, con voz cortada, sin alzar los ojos del suelo: "Yo te pido perdón... de la palabra injuriosa... insensata... innoble, que dije contra tu padre, al cual el mío... tiene mucho honor en estrechar su mano". Entonces el señor dió la mano al carbonero, que se la estrechó con fuerza, y después, de un empujón repentino, echó a su hijo entre los brazos de Carlos Nobis. "Hágame el favor de ponerlos juntos", dijo el caballero al maestro. Este puso a Beti en el banco de Nobis. Cuando estuvieron en su sitio, el padre de Carlos saludó y salió.

El carbonero se quedó un momento pensativo, mirando a los dos muchachos reunidos; después se acercó al banco y miró a Nobis con expresión de cariño y de remordimiento, como si quisiera decirle algo, pero no dijo nada; alargó la mano para hacerle una caricia, y tampoco se atrevió, contentándose con tocarle la frente con sus toscos dedos. Después se acercó a la puerta y, volviéndose aún una vez más para mirarlo, desapareció.

"—Acordaos bien de lo que habéis visto —dijo el maestro—; ésta es la mejor lección del año."

E. de Amicis.



## SERVIDUMBRE

*Quiero más una libertad peligrosa que una servidumbre tranquila.*

MARIANO MORENO.

Había dos hermanos, uno de los cuales era de la servidumbre regia y el otro vivía de su propio trabajo.

—¿Por qué no entras al servicio del rey para librarte de la aflicción del trabajo?

Y el otro le preguntó:

—¿Y por qué no trabajas tú para librarte de la bajeza de la servidumbre? Pues los sabios han dicho que es preferible comer el propio pan y sentarse tranquilamente, a vestir dorada librea y estar de pie; usar las manos en mezcla argamasa, a colocarlas sobre el pecho en presencia del emir. Vida preciosa la consumida en estas ocupaciones, ¿qué comeré en el verano y con qué me nutriré en el invierno? ¡Oh, innoble vientre, date por satisfecho con una hogaza de pan, antes que doblarte a la servidumbre!

Rabindranath Tagore.

## EL PEREZOSO CORREGIDO

*Si el ocio te causa tedio, el trabajo es buen remedio.*

MARTÍNEZ DE LA ROSA.

No había en el colegio alumno más enemigo de todo trabajo que el joven Alfredo. La pereza era en él como una enfermedad incurable que su maestro combatía de mil maneras, sin obtener resultado alguno. Cansado al fin, llevó al niño al escritorio del director, a quien lo entregó, manifestándole que era imposible conseguir nada de él y que se hacía necesario separarlo de la clase para concluir con el mal ejemplo que daba a sus compañeros.

El señor director, un hombre muy suave en sus maneras, que amaba a los niños de la escuela como a sus

propios hijos, miró con tristeza al pequeño rebelde y le dijo:

—El trabajo te fastidia, amiguito, y crees que la felicidad consiste en no hacer nada. ¡Muy bien!... Te sentarás aquí, frente a mi mesa, y mirarás como trabajo. Creo que eso no te cansará, ¿verdad? No harás nada, lo que se llama absolutamente nada...

La cara del niño manifestó gran sorpresa; pero no pudo disimular la satisfacción que sentía.

Se instaló Alfredo en una cómoda poltrona, frente al director, que siguió su trabajo interrumpido sin siquiera mirarle, como si fuera el niño un mueble de la sala.

La primera hora pasó rápidamente, entretenido Alfredo con la idea de haber burlado a su pobre maestro que deseaba castigarle, y satisfecho de no tener ni siquiera el trabajo de abrir un diccionario.

Al cabo de hora y media, y como ya hubiera saboreado bien el placer de su situación, alargó Alfredo el brazo con intención de tomar un libro, pero el director se lo impidió, diciendo:

—Te olvidas, amigo, de lo que hemos convenido. No debes hacer nada: leer, ya sería hacer alguna cosa. Goza del permiso que te he dado: no hagas nada.

Al escolar comenzó a parecerle que el placer de no hacer nada, se torna monótono muy rápidamente. Pasado un breve momento se resolvió dirigir la palabra al director; pero éste siguió su tarea sin responderle, hasta llegar al final de la página en que escribía. Entonces, y mientras secaba la tinta, le dijo a Alfredo:

—Cada uno hace su gusto, amigo. Tú tienes el de no hacer nada y yo el de trabajar; pero así como no te molesto en tu descanso, no me turbes a tu vez, en mi trabajo".

El joven Alfredo no pudo menos de decirse interiormente que era muy difícil aceptar con paciencia la felicidad que le habían concedido.

Al cabo de tres horas, el director se levantó, dirigiéndose al jardín acompañado de su buen amigo.



"Esta es la mía", pensó Alfredo. "¡Por fin voy a divertirme!"

En cuanto llegó al jardín quiso mezclarse a sus camaradas para jugar con ellos; pero el superior, que lo vigilaba, le retuvo del brazo.

—Te olvidas nuevamente de lo que hemos convenido, le dijo. Jugar, es hacer algo. Permanece a mi lado; caminaremos un momento juntos; pero si estás fatigado puedes sentarte en ese banco.

Alfredo comprendió entonces lo que tiene de insupportable una vida desocupada, y no pudiendo sufrirla por más tiempo, pidió volver a su clase, asegurando que se había curado de su fea enfermedad, la pereza.

Fué, en efecto, desde entonces, un alumno ejemplar y se distinguió después, hombre ya, como uno de los oradores más estudiosos y brillantes en el Congreso de su patria.

## LOS DOS COMPAÑEROS

*Hay pocos amigos al tiempo de la necesidad.*

Dos jóvenes se paseaban por un bosque, cuando, de pronto descubrieron un oso, que al parecer los seguía cautelosamente.

Uno de ellos, delgado y ágil, se trepó al árbol más próximo y sin cuidarse de su compañero, trató de ocultarse entre las ramas.

El otro, grueso, pesado, no pudiendo imitarlo, se tiró en el suelo y retenía la respiración para pasar por muerto. El oso se le acercó, lo olfateó, pero, quién sabe por qué, no le hizo daño alguno, y se alejó lentamente. Cuando la fiera estuvo lejos, bajó el otro de su escondite y preguntó riendo a su compañero:

—¿Qué te decía el oso al oírlo?

—¡Me decía que el que abandona a un amigo en el peligro, es un cobarde!

Tolstoi.

## TERCERA PARTE

### LA NATURALEZA

LA NATURALEZA ES LA MEJOR MAESTRA, IMITEMOS SU DESINTERES Y LOS BENEFICIOS QUE PRODIGA, SIN REPARAR EN QUIEN SERA EL FAVORECIDO.

E. C.

### QUERELLA DE PAJAROS

*No destruyas lo que no has hecho.*

SOLÓN.

—¡Piú! ¡Piú! ¡Piú! ¡Señora golondrina! ¿Qué quiere usted en esta casa?...

—¿Cómo? ¿Qué quiero? Es usted un desfachatado, señor gorrión. Vengo a mi casa y nada más.

—¿Esta su casa? ¡No! Este nido es mío.

—No, señor; yo misma construí este nido. Es mío.

—No me importa quién lo haya construído. Yo me encuentro aquí muy cómodo. De modo que... déjeme tranquilo.

—No, señor; ésta es mi casa. Hágame el favor de salir en seguida.

—Saldré si se me antoja...

¡Oh! ¿Usted cree que yo me he tomado el trabajo de fabricar el nido y de forrarlo con lana y plumitas para que usted, que no es más que un haragán, venga a dormir tranquilo?

—Sí, señora; así me parece...

—¡Qué desvergüenza! ¡Le ordeno que salga de aquí inmediatamente!



—¡Piú! ¡Piú! ¡Piú! Yo estoy muy bien aquí. Basta de charla. Vaya a gritar a otra parte. ¡Buenas tardes!

Y el malvado gorrión se acurrucó en el nido, dispuesto a continuar la siesta. La pobre golondrina estaba desolada. ¿Qué iba a ser de ella? Ya no tenía nido para guarecerse de la intemperie y para depositar sus huevecillos.

Fué a contar su desventura a una urraca vieja. La urraca le dijo:

—No se aflija, amiga mía. Le aseguro que haremos salir a ese usurpador. Condúzcame a su nido.

La golondrina y la urraca llegaron hasta el marco de la ventana donde se hallaba el nido.

La urraca llamó, golpeando con su grueso pico:

—¡Toc! ¡Toc!

—¡Qué gente fastidiosa! — dijo el gorrión—. Vienen a molestarme otra vez.

Y asomó la cabeza.

—Señor —le dijo la urraca—, hará usted el servicio de irse de aquí lo más pronto posible. Le doy dos minutos para que se prepare sus maletas y desaparezca.

—¡Piú! ¡Piú! ¡Piú! ¡Ja! ¡Ja! No sabes lo que dices, vieja charlatana.

—Digo, pillete, que saldrás de aquí, quieras o no.

—Cállate, vieja. Yo me quedaré aquí.

—¡Oh! ¿Prefieres quedarte? Bien, quédate. Cerraremos la puerta para que no te resfríes.

La urraca y la golondrina fueron en busca de lodo. Un lodo que, una vez seco, se ponía duro como piedra.

Y con ese material empezaron la tarea de cerrar la entrada del nido.

El gorrión se alarmó. Miró a su alrededor y dijo, un poco asustado.

—¿Qué están haciendo? Supongo que no tienen la intención de dejarme encerrado aquí. . .

—¿Por qué no? ¿Acaso no se encierra en una prisión a los ladrones? Tú eres un ladrón. ¿Quieres salir o no?

—¡Piú! ¡Piú! ¡Piú! Esperen un momentito. Sí. . . Voy a salir. . . Pero volveré, y entonces, ¡pobres de ustedes!

—Tú no volverás. Tendrás miedo de que te dejemos encerrado en el nido, donde te morirías de hambre. Vete, desfachatado. ¡Y mucho cuidado con volver a apoderarte de cosas ajenas!

El gorrión salió volando, sin decir nada más, y fué a esconderse en la copa de un árbol, para ocultar su vergüenza.

A. Girardot.

## LA MANGOSTA

*La moderación y la prudencia suelen hacer y corregir muchas cosas.*

ZELTER.

Un leñador partía de su hogar todos los días al amanecer para ir a trabajar en el bosque y regresaba a la puesta del sol. Su mujer, que quedaba sola, no tenía, por cierto, tiempo para aburrirse: aparte de las tareas domésticas le llevaba todo su tiempo el cuidado de su hijito, niño de pecho todavía.

La tenía inquieta una sola cosa: debía dejar solo al niño durante largo rato para ir a buscar a la fuente, situada bastante lejos, toda el agua que se necesitaba en la casa. ¡Y una desgracia se presenta tan pronto!... Una víbora podía introducirse en la casa en esos momentos.

La presencia de la mangosta domesticada, a la que sus amos trataban afectuosamente, habría podido tranquilizarla. En cuanto a aquel peligro, el niño quedaba protegido por el valeroso animalito. ¡Pero cómo poner toda la confianza en un animal, aunque fuera como esa mangosta, inteligente, dócil y cariñosa con los de la casa?

La pobre mujer temblaba ante la idea de que la mangosta se precipitara sobre el niño y lo hiciera su presa. En vano su marido le repetía que el temor era injustificado y ella misma se reprochaba su desconfianza. No por eso la abandonaba su inquietud.



Un día que había ido a la fuente, como de costumbre, después de dejar al niño dormido en la cuna, una gran serpiente negra salió de un agujero del suelo y se aproximó al lugar donde dormía el párvulo. La mangosta se interpuso en su camino y entre los dos animales se trabó un combate mortal. Parecía que el veneno de la serpiente no producía su terrible efecto en el pequeño cuadrúpedo, que necesitó recurrir a todo su valor para afrontar las fauces feroces y los grandes anillos que intentaban apresarle.

Después de esquivar al monstruo muchas veces, con habilidad temeraria, le saltó a la nuca, le clavó los agudos dientes y el reptil expiró con el cuello roto. Entonces la mangosta lo despedazó.

Luego el animal salió de la habitación y echó a correr por el camino al encuentro de su ama. Esta se acercaba a la casa transportando al hombro un gran cántaro lleno de agua.

Al ver a la mangosta que avanzaba presa de excitación, brillantes los ojos, con la boca y las patas ensangrentadas, asaltó a la joven madre una idea horrible:

—¡Este animal ha atacado a mi hijo!

Desesperada y furiosa a la vez, la joven tomó con ambas manos el pesado cántaro y lo arrojó sobre la mangosta. El animal murió con la cabeza aplastada.

Luego, como enloquecida, penetró en su casa. El niño dormía apaciblemente. A los pies de la cuna yacían los restos de la serpiente negra.

Comprendiendo ante ese espectáculo lo que había hecho, la mujer del leñador se dió golpes en el pecho y fué en busca del cuerpo de la mangosta.

Cuando el marido regresó, la encontró llorando junto al animalito al que había dado tan injusta muerte en un acceso de insensata cólera.

## LA NUBE

*Mejor es hacer bien que prometerlo.*

QUINTILIANO.

Una mañana de verano una nubecita salió del mar, se elevó y comenzó a flotar ligera y feliz en el cielo azul. Vió luego, allá abajo, la tierra parda, agrietada y desolada por la sequía. La nubecita veía a los pobres trabajadores afanosos sobre los campos, sufriendo de calor, mientras ella flotaba de aquí para allá, sin cuidados ni preocupaciones.

—¡Ah, si pudiera ayudar a esa pobre gente de allá abajo! —pensaba—. ¡Si pudiera aliviar su trabajo o dar de comer a los que tienen hambre y de beber a los que tienen sed!

A medida que transcurría el día, tanto más crecía la nube y era mayor el deseo de su corazón por ayudar a la gente.

Hacía cada vez más calor en la tierra. El sol quemaba; muchos se desvanecían bajo sus ardientes rayos.

Estaban expuestos a morir de calor, pues, como eran muy pobres, debían seguir trabajando al sol. A veces suspendían un instante la tarea, miraban hacia el firmamento y decían con acento suplicante:

—¡Ah, si la nube nos ayudara!...

—¡Sí! ¡Los ayudaré! —dijo la nube. Y comenzó a descender suavemente. De pronto se acordó de algo que le habían contado cuando era muy chiquita, cuando era como un niño en brazos de su madre el mar. Le habían dicho que las nubes mueren cuando se acercan demasiado a la tierra. Al recordar eso, dejó de bajar, y llevada por la brisa se deslizó de un lado al otro. Entretanto, pensaba mucho. Al fin se detuvo y exclamó con orgullo y resolución:

—¡Hombres de la tierra: Quiero ayudarlos y los ayudaré, cueste lo que cueste!



Esta decisión la hizo sentirse maravillosamente grande y fuerte. Nunca había soñado que pudiera ser tan grande y poderosa. Como un ángel de bendición extendía en las alturas sus vastas alas sobre los campos y bosques. Era tan grande, tan majestuosa, que su aspecto intimidaba a los hombres y a los animales; los árboles y las hierbas se inclinaban ante ella; pero los seres de la tierra comprendían que les llevaba un bien.

—¡Sí! ¡Los ayudaré! —exclamó la nube una vez más. Me entregaré a ustedes. Daré mi vida por ustedes.

Y apenas dichas esas palabras, una luz vivísima iluminó de súbito su corazón, el trueno retumbó en el firmamento y un gran sentimiento de amor traspasó a la nube, que se dejó caer, deshaciéndose en lluvia.

Esa lluvia fué el acto más grande de la vida de la nube. Fué también su muerte. Fué también su gloria. Desde el firmamento al suelo, el arco iris tendió el último saludo de su amor tan grande que llegaba al sacrificio.

La nube desapareció en un momento, pero siempre la recordaron con gratitud, no como a una nube que pasa, los hombres y los animales que fueron salvados por ella.

## EXCESO DE CELO

*Zapatero a tus zapatos.*

Pompón es un simpático perro de raza fina; no es lindo el animalito, porque su lana es larga, enmarañada y grisácea y sus ojos nada limpios ni secos. Sin embargo, su fisonomía es inteligente, sus movimientos son ágiles y sus ademanes graciosos, indicando siempre que bajo el revuelto vellón de su pelo polvoriento, palpita un corazón abnegado, fiel y siempre dispuesto a hacerse agradable.

Pero en esa noble alma perruna se han deslizado dos defectos, nacidos del deseo de agradar a su patrón. Pompón es celoso y vanidoso. Tiene celos de una gata que

hay en la casa, y se llena de vanidad cada vez que merece alguna caricia de su amo.

Su rival es una linda gatita llamada Mina, gata coqueta y limpia, si las hay. Pompón sufre cada vez que la ve acariciar, pero disimula su pena, y en el fondo admira a Mina y la aprecia, aunque se reconoce incapaz de imitarla en muchas cosas.

Mina tiene un tipo gracioso y arrogante. Lleva, con gentil coquetería, su collarcito colorado con cascabeles de plata, y ondula con gracia sin igual su lindo lomo de suavísimo pelo. Pompón envidia su aire altanero, su agilidad nerviosa y la destreza con que sabe atrapar los mineritos que se alejan de la cueva. Juega con ellos haciéndose la distraída; les deja dar unos saltitos alejándose y vuelve a caer sobre ellos, prolongando con crueldad su dolorosa agonía, hasta que llega un momento en que el pobre animalito ya no puede apenas moverse, y entonces, viendo que no se presta al juego, de un zarpazo le rompe las vértebras, y va tan oronda, con su presa ya muerta, a depositarla a los pies del patrón. Pompón sufre enormemente al sentir los elogios que se dirigen a la gata.

A consecuencia de sucesos, cuya relación sería larga, Mina desapareció del hogar, y Pompón quedó solo, dueño exclusivo del cariño y los mimos familiares.

Entonces, en su cabecita germinó un proyecto: el de substituir a Mina en sus funciones venatorias, y proveer así a sus patrones de aquellos mineritos, cuya muerte era tan celebrada, y tantos elogios y caricias valía.

Armóse de paciencia y se estacionó junto a un boquete por donde alguna vez había visto asomar los puntiagudos hociquillos ratoniles. Con sin igual constancia estuvo acechando días y noches, hasta que por fin tuvo la enorme satisfacción de ver un minerito al alcance de su boca. Lanzóse sobre él, lo aplastó de una manotada y corrió a presentarlo a su dueño.

Pero éste estaba acostado y dormía, y su despertar no fué muy agradable sintiendo sobre su pecho aquel cuerpo velludo, viscoso y repugnante. Arrojólo con rabia lejos



de sí, y en poco estuvo que Pompón no fuera víctima de un zapatazo.

El perro huyó desconsolado, y aun no ha podido comprender por qué lo que tan digno de elogio era en Mina, a él le trajo tan severa reprimenda.

## EL SOL Y EL VIENTO

*No siempre el que mete más ruido es el más fuerte.*

El sol y el viento disputaron cierta vez acerca de cuál de los dos era el más fuerte.

Cada uno afirmaba que era él.

Mientras así argumentaban, divisaron un viajero que caminaba por la carretera envuelto en una gran capa.

Esta es la oportunidad para poner a prueba nuestra fuerza — dijo el viento.

Veamos cuál de los dos conseguirá obligar a ese viajero a quitarse la capa. El que lo consiga será reconocido como el más fuerte.

Acepto — dijo el sol.

Instantáneamente el viento comenzó a soplar con todas sus fuerzas, se echó sobre el hombre y sacudió y tiro-neó la capa; quiso arrancársela azotándolo con lluvia y granizo. Pero cuanto mayor era su violencia, tanto más fuertemente aferraba él su capa, y ésta misma se adhería al cuerpo. El viento no consiguió su propósito.

Le tocaba al sol. Envió al viajero rayos cada vez más cálidos.

El calor se hizo insoportable para el hombre, que no tardó en desabrocharse la capa y echársela atrás.

Un rato después se la quitó. El sol, más fuerte que el viento, pero sin emplear violencia, había logrado su intento.

Esopo.

## EL VALIENTE PERRITO DEL BOSQUE

*El amigo fiel es el que te avisa cuando te extravías y te vuelve al buen camino.*

Brisquet, un pobre leñador, vivía en un bosque cerca de Lyón, junto con su linda esposa, Brisqueta y sus dos hijos, Briscotín y Briscotina. El niño era moreno, con el pelo castaño y contaba apenas unos siete años de edad; la niña, rubia, de cabellos dorados, no había cumplido aún los seis años.

El bosque en que vivían era espeso y peligroso, por lo cual la madre nunca les permitió a los niños llegar más lejos de la barraca, situada al extremo del huerto, donde el padre almacenaba la leña, temiendo fuesen atacados por alguno de los muchos lobos que merodeaban por el bosque.

El único compañero que los niños tenían en sus juegos era Brichonne, un perrito gris, con la boca azul y ojos negros; pero era tan bueno y vivaracho, que nunca se cansaron de jugar con él, sobre el verde césped, ante la puerta de la casa.

Una noche de invierno, Brisquet se retrasó en volver a su casa más que de costumbre, tanto, que Brisqueta, alarmada, dijo a sus hijos:

—Corred a la barraca a ver si encontráis a vuestro padre.

Los niños salieron juntos muy contentos por el sendero que a la barraca conducía. Brichonne se dispuso a seguirles, pero la madre le detuvo, diciendo:

—No, Brichonne; quédate hasta que regresen los niños, que si vuelven solos, tú irás a buscar a tu amo.

Briscotín y Briscotina no encontraron a su padre en la barraca, y el hecho les hizo recelar una desgracia.

—¿Se habrá extraviado nuestro padre? — exclamaron llenos de pena.



—Voy a entrar en el bosque —dijo Briscotín—, a ver si le encuentro, aunque me coman los lobos. Y al mismo tiempo internóse en el solitario y lóbrego bosque, pero Briscotina se asió fuertemente de su mano, marchando con él.

Al poco tiempo regresó el padre a la casa, quedando sorprendido al ver que no salían, como de costumbre, sus hijos a acariciarle.

—¿Dónde están los niños? — preguntó a su mujer.

—Han ido hasta la barraca a ver si te encontraban —exclamó alarmada la madre—. Seguramente, al no hallarte, se habrán internado en el bosque. ¡Ah, los lobos! ¡Los lobos! ¡Los lobos!

Brisquet arrojó al suelo su carga de leña, y cogiendo su hacha buscó a Brischonne, pero éste había salido escapado de casa, tan pronto como vió regresar solo a su amo, y ladrando furiosamente había desaparecido.

A Brisquet le disgustó mucho no tener el perro, para que le siguiera en un momento en que tanta falta le hacía.

—No deberíamos tener un perro tan pequeño e inútil —dijo—; con un perro de raza con facilidad encontraríamos el rastro de los niños, mientras que ahora no sé hacia dónde se habrán dirigido.

Marchóse y a poco de seguir por el bosque oyó los ladridos del perro y hasta le pareció percibir los gritos de los niños. Corrió con toda la velocidad que le permitieron sus piernas, orientándose por los ladridos del can y llevando el hacha preparada. Así llegó a una plazoleta donde el espectáculo que se ofreció a sus ojos le llenó de alegría y de temor al propio tiempo, pues vió a sus hijos fuertemente abrazados junto a un árbol y a poca distancia un enorme lobo que se disponía a lanzarse sobre ellos; pero el pequeño Brichonne no le dejaba acercarse a los niños, pues a pesar de ser cuatro veces más pequeño que aquel, luchó con él con tanta valentía y ardor, que no pudo conseguir la fiera su propósito, mucho menos habiendo llegado a tiempo el leñador, que mató de un cer-

tero hachazo al lobo, y recogió al perrito, que se hallaba herido y al que condujeron a la casa, donde le cuidaron cariñosamente, agradecidos todos por haber salvado la vida a los pequeñuelos.

## LAS HORMIGAS

*La virtud debe ser común al labrador y al monarca.*

CONFUCIO.

Una mañana la reina de Sabá emprendió el regreso a su país. El rey Salomón y todos los cortesanos la acompañaron hasta las afueras de la ciudad.

Era un espectáculo glorioso. El rey y la reina cabalgaban en corceles blancos. Brillaba el oro y la plata en las vestiduras de púrpura de los numerosos personajes del séquito.

El rey bajó la mirada y vió un hormiguero a pocos pasos delante de él. Detuvo el caballo y dijo:

—Mira esos diminutos seres. ¿Sabes qué se dicen entre sí en este momento en que corren presas de susto? Sin duda se dicen "Este que viene es el rey llamado sabio, justo y grande. Nos aplastará cruelmente bajo las patas de su caballo".

—Debieran considerar un honor morir al paso de un rey tan glorioso —dijo la reina—. En verdad, no pueden quejarse, sino enorgullecerse.

—Nada de eso, ¡oh reina! —replicó el rey.

Desvió el caballo y continuó su camino pasando a un lado del hormiguero. Todos los que lo seguían hicieron lo mismo.

Pasó el largo séquito y el hormiguero quedó intacto. La reina dijo entonces:

—Dichoso tu pueblo, rey sabio. Nunca olvidaré esta lección. Sólo es grande y noble aquel que se preocupa de los pequeños y los débiles.



## EL HORNERO MARAVILLOSO

*Al hacer el bien o el mal a los demás también  
te lo haces a ti mismo.*

La enlutada abuelita Victorina había tornado a insistir en su recomendación a Pololo: "Eres huérfano; estudia mucho y cuida de hacerte pronto un hombre. Debes velar por tu madre y tus hermanitos. Yo no permaneceré largo tiempo en este mundo" — y levantando los ojos, la buena anciana indicó el claro cielo celeste de la mañana de enero.

Y otra vez, Pololo preguntara:

—Abuelita, ¿cómo fué que murió papá?

Y de nuevo, y enjugando una lágrima, la interrogada respondiera:

—Lo mataron al pie de aquel árbol, ¿ves? — y acercándose a la ventana señalara un ombú que destacaba tembloroso y oscuro en la dorada lejanía—. Ese domingo los peones de la estancia habían organizado una batida general a los pájaros de la comarca. Duró toda la tarde el continuo escopeteo. Innumerables calandrias, horneros y tordos fueron matados. Al regresar, a la oración, los cazadores encontraron a tu padre mortalmente herido de bala, al pie del ombú. ¿Quién lo había asaltado? Nunca se supo. Lo cierto es que al favor de las detonaciones, el crimen fué consumado a mansalva. Los matadores despojaron a su víctima del dinero que ésta llevaba consigo. Dicha suma era el pan de nosotros, quizá la seguridad de nuestro porvenir feliz. Si tu padre hubiera vivido, acaso seríamos dueños de una buena porción de campo. Esa tarde murieron el mayordomo más activo que tuvo la estancia y gran número de pájaros que la alegraban.

Las últimas palabras de la viejecita se las llevó el

viento cargado de olor a trébol y ecos de chirriantes trilladoras lejanas.

\* \* \*

Pololo se aventuró, resguardado el rostro por ancho sombrero pajizo, bajo el sol de mediodía, en el trebolar quemante.

Deseoso de cazar el primer pájaro que se le pusiese a tiro, llevaba consigo la honda. Marchando, pensaba y repensaba en las palabras de la querida abuela Victorina. El tenía diez años. ¡Era ya un pequeño hombre! Cuando terminasen las vacaciones, dadas las gracias a don Bernabé, el bondadoso hacendado que en recuerdo de su mayordomo, el fallecido padre de Pololo, brindaba a éste, todos los veranos hospedaje en su estancia, regresaría a Buenos Aires para seguir estudiando de firme. Sería lo mismo que su padre, emprendedor y honrado.

Dicho pensamiento le daba fuerza como un sorbo de viento puro.

Había llegado a la margen del riacho que limitaba la estancia. Metióse en el sauzal ribereño, el ojo alerta y la honda lista. De pronto, un chasquido de alas hendió el aire. Pololo divisó un hornero revoloteando hacia el fondo de la bóveda que formaba la fronda de los sauces.

¡Ssiss! Ssiss! . . .

El proyectil, un trozo de cascote, impelido por el hondazo certero, alcanzó de lleno a la avecilla, que se precipitó a tierra como si fuera de plomo. Al llegar el experto cazador al sitio donde cayera el hornero, vió que éste tenía el pecho destrozado. La sangre manaba caliente y purpúrea del feroz boquete, tiñendo las patitas de la víctima ya casi endurecida. En un postrer estertor, el hornero movió la cabeza y quedó rígido para siempre.

Llevaba en el pico, ¡oh, desolación!, algunos granos de trigo, el alimento de sus hijuelos, que le aguardaban ansiosos en su nido, ubicado quién sabe en qué lejano poste del telégrafo. . . Pololo se representó los horneritos huérfanos, privados del nutrimento paternal, y comprendió que, al igual de ellos, se encontraba desampara-



do en este mundo, en que no faltan malhechores capaces de matar a un padre emprendedor y cariñoso. La honda cayó de sus manos.

\* \* \*

Nuestro hondero semisoñaba. El ave que matara volvía a su memoria, entristeciéndolo. ¡Pobres horneritos! Se los figuraba hambrientos en su nido, al desamparo. En vano abrían los picos fatigados... El cansancio lo rindió por fin.

Sonó —¡cuán maravilloso el sueño del infantil cazador!— que el hornero se le aparecía, pero no ya sangriento y cubierto de lodo, sino transformado en un pájaro prodigioso, hecho de trémula luz plateada y de ojos de lunas, el cual con tierna voz humana le dijo, revoloteando, bajo un ondulante nimbo de iris:

—Soy el alma de tu víctima. Te perdono; pero no vuelvas a matar. Respeta toda vida útil, virtuosa o bella y haz que los que no lo sean, en útiles, virtuosos y bellos se conviertan. Acaso los que quitaron la existencia a tu padre comenzaron como tú, matando a los pájaros del cielo. Oye un consejo, bueno para ti, que serás hombre: La ternura de corazón es la más bella prenda del verdadero valor. Ensáyate en comprender cuáles alegrías y penas alientan las infinitas vidas que te rodean y la tuya será más grande y hermosa. ¡Oh, cazador, por cuya culpa acaso cinco horneritos perezcan en un nido ignorado!...

\* \* \*

Y desde aquella noche, Pololo no se ensañó más con los pájaros del cielo y fué siempre laborioso como un hornero.

A. Vázquez Cey.

## LAS DOS GOLONDRINAS

*El dolor que no habla, gime en el corazón  
hasta que lo rompe.*

SHAKESPEARE.

En el alero de un tejado vivían dos golondrinas apartadas de la tribu nómade que emigraba todos los años en busca de climas más suaves y benignos.

Se habían arreglado un confortable nido hecho de pajas y barro, y en los crudos días del invierno permanecían encerradas en su caliente albergue, saliendo únicamente en busca de algún gusanillo o algún grano de trigo que caía al corral.

—Yo —decía la más vieja a su compañera— tengo ya las alas un poco cansadas y no soportaría un largo viaje. Mis patas se doblan y muchas veces creo que no voy a poder sostenerme sobre ellas. He visto mucho mundo y nada me interesa ni me entusiasma. Pero tú, joven aún, ¿por qué vives retirada, haciendo compañía a una vieja como yo? A tu edad, remolineaba yo junto a los trigales, picoteaba las rojas amapolas y las azules pervincas, los labradores me saludaban sonriendo, las aldeanas esparcían granos de mijo para atraerme a su alero. Más de una colocó en mi cuello una cinta para reconocerme a la primavera siguiente. La vida era dulce y tranquila para mí; sólo el peso de los años y mis achaques me han obligado a refugiarme en este apartado rincón; aquí espero resignada el fin de mis días. Mis compañeras vienen a visitarme en la buena estación y alegran mi vejez con su charla y sus alegres cantos. Tú no eres de nuestra familia. ¿De dónde vienes? ¿Qué pena te ha obligado, a tus años, a venir en busca de consuelo y cariño hasta el nido de esta golondrina achacosa y gruñona?

—Hace tiempo —contestó su compañera— que deseaba explicarte el porqué de mi retiro. Aquí vivo feliz,



lejos del bullicio del mundo y de la crueldad de los hombres, aquí deseo morir, sin más compañía que mis recuerdos. Aunque soy de tu raza, mi país está muy lejos, más allá de los mares; luce en él una eterna primavera; sus prados están esmaltados con mil graciosas florecillas, sus arroyos parecen de plata; las noches son tibias y serenas. Sobre un olmo frondoso tenía yo mi nido, al abrigo de miradas indiscretas, recogidos, misterioso; mis pichones, en su camita blanca de paja, alargaban sus picos en busca de alimento que afanosa recogía yo durante el día, y sus ojuelos se entrecerraban de beatitud al llegarme hacia ellos y cubrirlos con mis alas protectoras.

Una mañana, saltaba yo por el césped en busca de una pequeña larva, cuando sentí piar desesperadamente a mis hijos. Volé hacia el nido, pero me detuve en una rama, con la muerte en el alma. Dos niños trepados al olmo, tenían entre sus manos, casi deshecho, el nido objeto de mis desvelos.

—Hay dos pichones — gritaba uno.

—Tíralos — le contestaba el otro.

—No, vamos a llevárselos a Leal.

Revoloteé sobre sus cabezas, imploré con mis gritos su compasión. Nada oyeron. El nido, roto entre sus manos crueles, fué tirado a un rincón, y mis ojos, nublados por la angustia, vieron al perro jugando con algo que acabó por destrozar. Me incliné sobre los restos sangrientos de mis adorados pichones e intenté reanimarlos, darles calor bajo mis alas. . . ¡Vano empeño! . . . Desolada, huí de aquellas regiones, crucé mares y tierras y aquí llegué para morir en paz.

Calló la infeliz avecilla, inclinando la cabecita de terciopelo bajo el peso de sus dolorosos recuerdos, y la vieja golondrina, conmovida, alisó suavemente con el pico el sedoso plumaje de su infortunada compañera.

## EL PAJARO HEROICO

*El amor nos enseña todas las virtudes.*

PLUTARCO.

Volví yo de caza, por una avenida de mi jardín. Mi perro iba delante, corriendo. De súbito veo que modera su carrera y avanza con precaución, como si olfatease caza delante de él.

Extiendo la mirada por la avenida y veo un pajarillo casi implume, de pico amarillento y con la cabeza cubierta aún de pelusilla.

Había caído del nido —el viento balanceaba con fuerza las acacias del jardín— y estaba encogido extendiendo sus alitas implumes.

Mi perro avanzaba temblándole las patas, cuando de pronto, desprendiéndose de un árbol inmediato, un pájaro viejo, de plumaje negro, cayó como una piedra ante la boca del perro, crispado y loco; boqueando desesperado, lanzó un pío . . . pío . . . que daba lástima; saltó dos veces sobre aquella boca abierta y armada de afilados dientes.

Se había lanzado a defender a su hijo; quería servirle de muralla. Pero la pobre avecilla temblaba de miedo; su grito era ronco y salvaje; moriría, sacrificaría su vida.

A sus ojos, el perro ¡qué gran monstruo parecía!; y, no obstante, el pájaro no había podido quedarse arriba, en aquella ramita tan alta y segura.

Una fuerza más poderosa que su voluntad lo había lanzado allí.

El perro se paró y retrocedió.

Diríase que hasta él mismo había reconocido aquella fuerza.



Le llamé, aturdido, y me fuí poseído de un santo respeto.

Sí, no riáis; era respeto lo que yo sentía ante aquel pájaro heroico, delante de la fuerza de su amor.

El amor, pensaba yo, es más poderoso que la muerte y que el miedo de morir. ¡Sólo por el amor se muere y se mantiene la vida!

I. Turgueneff.

## EL ZORRO Y EL AVESTRUZ

*Al provocador, raras veces deja de llegarle,  
aunque difiera, el justo castigo.*

El zorro había pasado la noche de agregado en una vizcachera. Los huéspedes que lo habían alojado, poco suelen carnear y como a aquel caballero no le gusta la verdura, estaba en ayunas y se disponía a dar una vuelta, a ver si cazaba una perdiz o cualquier otra cosa.

Al asomar el hocico divisó entre las pajas, brillantes aún de rocío, una bandada de charabones que jugueteaban. Sus ojos echaron chispas y se le hizo agua la boca; pero como también estaban los padres, volvió a esconder la lengua, porque el miedo no es zonzo.

El avestruz es terrible cuando tiene pichones, y bien sabía el zorro que es tarea fácil cazarlos. Con todo, fué avanzando despacio, estirándose y disimulando entre las matas de paja hasta muy cerca de los charas, y ya calculaba el brinco que iba a pegar, cuando el macho, viéndolo, se abalanzó sobre él, mientras la madre arreaba su prole, dando aleteos y silbidos.

Huir le hubiera gustado al zorro; pero no tuvo tiempo, porque en cuatro zancadas el avestruz había estado encima de él, pegándole patadas. Lo mejor en este trance era hacerse el muerto y recibir con toda filosofía la lluvia de golpes que no podía evitar ni devolver, y reflexionando que, si se movía, el avestruz lo iba a matar de ve-

ras, quedó tan inmóvil, que el otro lo creyó muerto y fué a juntarse con su familia.

Medio abombado por los golpes, el zorro se quedó tendido, esperando un momento favorable para apretarse el gorro, cuando vió que poco a poco volvía a acercarse a él la bandada de charas. Cerró los ojos y quedó tieso.

El sol empezaba a calentar y las moscas vinieron a cerciorarse si era cadáver o no.

Los charas, al ver las moscas, corrieron ávidas, y el padre las dejó ir, impidiendo a la madre todavía inquieta, los detuviera, pues experimentaba cierta satisfacción de que sus hijos vieran de cerca al muerto.

De repente el finado resucitó, dió un salto, agarró una chara y se la llevó disparando hasta la vizcachera.

El avestruz se dió cuenta de la hazaña cuando ya no podía sino patalear de rabia en la boca de la cueva.

## EL PERRO FIEL Y EL CRUEL NIÑO

*Devolver bien por mal es el mejor negocio.*

C. C. VIGIL.

Había una vez un perro muy bueno, de cuyo nombre no puedo acordarme; sólo sé que era un perro excelente, en toda la extensión de la palabra; hubiera yo dado cualquier cosa por ser su amigo.

Por desgracia, era muy feo, y además casi nunca se lavaba; bien es verdad que esto último era culpa de su amo, un muchacho díscolo que solía maltratarle.

Un día este niño fué a la orilla de un lago bastante profundo para jugar a gansos y ánades. Ya sabéis en qué consiste este juego. Tenía el niño un puñado de piedras, las arrojaba a la superficie del lago, procurando que tocasen el agua, saltando tres o cuatro veces. El perro estaba sentado a distancia observándole. De repente el niño cayó al agua. Empezaba ya a ahogarse cuando,



saltando el animal tras él, le cogió por el vestido y le salvó, conduciéndole hasta la orilla. Pero enojado aquel perverso muchacho porque el perro, al sacarle del lago, le había roto un poco el vestido, echó nuevamente al animalito al agua en busca de su sombrero, y en cuanto lo vió nadando empezó a tirarle piedras, y en poco estuvo que no ahogase al noble animal.

Un lobo hambriento y feroz vió lo que acababa de pasar, y creyendo que el pobre perro se alegraría de verse libre de su dueño tan malo e ingrato, acercándose calladito al perro, le murmuró al oído:

—Deja que le devore.

Pero el perro afectó estar sordo de aquella oreja, y el lobo, cansado de hablar, se arrojó sobre el niño. Mas el fiel perro arremetió a su vez contra el lobo, y después de enconada lucha, logró ahuyentarlo. Mientras tanto, el mal muchacho se había ocultado detrás de un árbol y armado con un palo.

El buen animal corrió hacia su amo rebotando alegría por la victoria, pero el niño, con voz iracunda, exclamó:

—¡Atrás, feúcho! ¡Por que me has espantado luchando de aquella manera con aquel horrible animal? ¡Bruto, pendenciero!

No bien hubo acabado de decirle estas palabras, empezó a dar de palos al pobre animal y acabó echándole de sí a pedradas.

Pero el pobre perro siguió fielmente a su malvado amo, quien, sin cansarse nunca de cometer malas acciones, entró en un huerto para robar manzanas.

Bien sabía que el huerto pertenecía a un hombre cruel que no tenía compasión ninguna con los ladrones; pero creyó que a la sazón estaba el dueño ausente en el mercado.

Empezó a coger manzanas y a tirarle al pobre perro las que encontraba verdes. De repente apareció el colono, e iracundo fué a él armado con una escopeta. Apuntó con rabia al muchacho.

—O me pagas inmediatamente las manzanas, o disparo — le dijo.

El perverso chiquillo no tenía ni una miserable moneda de cobre en los bolsillos. Dándose ya por perdido, empezó a gritar lleno de terror:

—¡Chucho, chucho, a mí!...

Los perros no pueden trepar a los árboles, pero aquél podía hacerlo. Saltó al tronco como si hubiera sido hecho de goma elástica, y cogiendo las ramas con los dientes, alcanzó a su amo y lo protegió con su cuerpo, en el preciso instante que el cruel colono disparaba el arma.

La bala penetró en el cuerpo del noble y bravo animal. El pobrecillo volvió sus ojos moribundos al niño para implorar su ayuda, pero éste se hallaba muy distante, corriendo a todo correr, como ladrón que era.

Así pereció el fiel perro, víctima de su inquebrantable lealtad.

.....

—¿Qué se hizo de aquel niño tan malo? — preguntó Juana, que se había enardecido de indignación al oír los malos tratos que se daban al pobrecito can.

—Continuó siendo malo —respondió el abuelito—, y la pagó muy cara, porque nadie le quiso nunca.

Víctor Hugo.

*La libertad es el pan que los pueblos tienen que ganar con el sudor de su frente.*

LAMENNAIS.

*Cuando se me hace una injuria, procuro levantar mi alma tan alto que la ofensa no llegue hasta mí.*

DESCARTES.



## FOLLAJES SIEMPRE VERDES

*Aprended a observar, interpretar y sentir las bellezas reales.*

Era un día muy frío, se aproximaba el invierno. Todos los pájaros partían en viaje hacia regiones de clima más benigno. Todos menos un pajarito que tenía un ala rota y no podía volar. No sabía qué hacer. Miró a su alrededor buscando algún refugio abrigado. Y vió los árboles del gran bosque.

—Quizás encontraré en los árboles un lugar abrigado para pasar el invierno.

Y se encaminó hacia la linde del bosque, cojeando y aleteando con la alita rota.

El primer árbol con que se encontró fué un abedul plateado.

—Lindo abedul —le dijo—. ¿Quieres permitirme vivir entre tus ramas hasta que vuelva la primavera?

—¡No faltaba más! —exclamó desdeñosamente el abedul—. Bastante trabajo tengo con cuidar mis hojas durante el invierno. Sigue tu camino.

Cojeando y aleteando con dificultad, el pajarito fué a ver un árbol vecino. Era una gran encina.

—Gran encina, ¿quieres permitirme vivir entre tus tibias ramas hasta que vuelva la primavera?

—¡No faltaba más! —replicó la encina—. Si te quedaras entre mis ramas durante todo el invierno, te comerías mis bellotas. ¡Vete!

Cojeando y aleteando con pena, el pobre pajarito siguió su camino hasta encontrarse con un sauce que crecía junto a un arroyo.

—Lindo sauce, ¿quieres permitirme vivir entre tus tibias ramas hasta que vuelva la primavera?

—¡De ninguna manera! —contestó el sauce—. Yo no hablo con desconocidos. ¡Siga su camino!

El pobre pajarito no sabía qué hacer. Iba penosamente de un lado a otro agitando la alita rota. De pronto un abeto le dijo:

—¿Adónde vas, pajarito?

—No sé... , no sé... —respondió afligido el pajarito—. Los árboles no me dejan vivir en sus ramas y no puedo volar porque tengo un ala rota.

—Puedes vivir en una de mis ramas —díjole el abeto—. Son muy abrigadas. Tu compañía me distraerá.

—¿Todo el invierno? —preguntó el pajarito.

—Sí, sí, —contestó el abeto.

Un pino que vivía junto al abeto, cuando vió al pajarito que cojeaba tan penosamente a causa del alita rota, dijo:

—Mis ramas no son abrigadas como las del abeto, pero puedo protegerlo del viento frío porque soy grande y fuerte.

Así, el pajarito se instaló en un hueco entre dos ramas del abeto; y el pino, fuerte y erguido, lo protegió de las ráfagas heladas. Un enebro que crecía cerca y había visto llegar al pajarito, dijo, entonces, que sus frutos le proporcionarían alimento durante todo el invierno.

El pajarito se hallaba muy cómodo en su abrigado hueco, protegido del viento. Cuando sentía apetito comía bayas de enebro.

Los árboles de la linde del bosque comentaban la cosa.

—Yo no me haría cargo de un pájaro que no conozco —decía el abedul.

—Mis bellotas hubieran estado en peligro —dijo la encina.

—Yo no hablo con desconocidos —exclamó secamente el sauce.

Y los tres árboles se irguieron muy orgullosos. Esa noche el viento del Norte fué a jugar al bosque. Soplabla sobre las hojas con su aliento helado, y cada hoja tocada por el soplo, caía en seguida al suelo. Al viento del Norte le agradaba ver los árboles sin hojas.



—¿Puedo soplar todas las hojas? — preguntó a su padre, el rey escarcha.

—No —dijole el rey—. Los árboles que tuvieron compasión del pajarito del ala rota pueden conservar sus hojas.

Por eso el viento del Norte no los tocó. El abeto, el pino y el enebro conservaron sus hojas durante todo el invierno, y durante todos los inviernos que siguieron hasta el día de hoy.

## PIEDRA MOVEDIZA NUNCA MOHO LA COBIJA

Erase cierto muchacho que al llegar un día a su casa dijo a su madre:

—Me ha dicho el maestro que no hay motivo para que yo vuelva a la escuela, pues no me queda ya nada que aprender.

—¡Bien! —contestó la madre—. Si has terminado ya tus estudios, será cuestión de que te pongas a trabajar. Precisamente conozco yo a un afilador que necesita un aprendiz; podrás ir allá y trabajar con él.

De perlas le pareció al muchacho la proposición, y a la mañana siguiente se dirigió sin demora a casa del afilador. Anduvo no poco tiempo por el mundo con su amo, afilando cuchillos y tijeras; pero llegó el invierno con sus fríos y sus heladas y comenzó a pensar que la vida de afilador no era tan buena como creyera en un principio, y llevado de esta idea, decidió cambiar de trabajo.

A los pocos días, mientras paseaba sus ocios por las calles de la ciudad, acertó a ver a un sastre que, en el ventanal de su tienda, se aplicaba a la costura.

—¡Este sí que es trabajo que me gustaría! —pensó el muchacho—. Me haré sastre...

Y, llevado de esta idea, abandonó a su amo y comenzó a aprender el arte de cortar y coser vestidos. Durante algún tiempo todo fué a pedir de boca.

—Es indudable que soy un chico afortunado —se decía—, al haber encontrado un oficio que tanto me gusta. Ya no sufriré los fríos vientos y los vendavales, ni las rudas tempestades de lluvia y nieve. Se acabó el aterírseme las manos y el hinchárseme los pies de cansancio. Ahora me bastará el sentarme en una habitación cómoda y regalada, y coser desde la mañana a la noche.

Pero otra vez volvió a sentirse descontento de su oficio; y hoy por fas, mañana por nefas, es el caso que comenzó a hallar en su nuevo oficio tantos inconvenientes como hallara en el primitivo.

—En invierno —se decía— no es mal oficio el de sastre, aunque el pasarse todas las horas del día sentado en un banquillo no tiene nada de agradable para los huesos; pero, cuando llegan los meses de verano, con su cálido ambiente, es horrible pensar que he de quedarme trabajando en el interior de una casa, fastidiado, además, por el calor de las planchas. No, no; no lo sufro más; debo buscarme otro trabajo.

Aquella misma tarde pasó por su calle un regimiento de soldados. ¡Oh! ¡Cuán gallardos aparecían con sus vistosos uniformes!

—Pues no debe de ser aburrida la vida de soldado —pensó el muchacho. Y poco a poco fué naciendo en él la idea de incorporarse al ejército.

No tardó mucho en descubrir que se había equivocado. La vida de cuartel es muy distinta de lo que él había imaginado. Diariamente había instrucción, maniobras, paseos militares; es decir, trabajo continuo. Los bruñidos sables, los flamígeros plumeros, los flamantes uniformes: todo era preciso tenerlo en orden y limpio. Aquello no era la fácil vida de grandeza y gloria que él había soñado, sino una vida de continuos sacrificios y esfuerzos.

¡Cuántas veces, extenuado por las fatigas del día, hubo de montar la guardia en vez de entregarse al sueño reparador!

Y esta vez su desgracia era mayor, porque no tenía



el derecho de abandonar su nuevo oficio cuando le placiera, ya que estaba ligado al servicio de la patria lo menos por siete años; así que, de grado o por fuerza, hubo de continuar a las órdenes de sus superiores, sacando el mayor partido de su situación, hasta que, cumplidos los años de servicio, pudo abandonarlo, como en efecto lo hizo.

Habíase forjado la ilusión de visitar su pueblo natal, y en cuanto se vió libre, a él enderezó sus pasos. Ya en el camino, oyó decir a un campesino que necesitaba un hombre que le ayudara a recoger la cosecha, y se apresuró a solicitar la ocupación de que hablaba el labrador.

Este le miró de arriba abajo, y le preguntó para qué clase de trabajo servía.

—Puedo servir casi para todo —contestó—; he sido afilador, sastre y soldado.

—¡Ah! —replicó el labriego—. Entonces no eres el hombre que yo necesito. Quiero un hombre que sea constante en su modo de trabajar. Si tú fueras así, no habrías comenzado tantos oficios sin seguir ninguno. No sirves para mi casa.

Y así anduvo de aquí para allá, oyendo siempre la misma cantilena, sin encontrar quién quisiera emplear a un hombre que había aprendido un poco de cada cosa, sin saber nada bien. Y así se pasaron los años, sin conseguir encontrar jamás un sitio estable donde ganarse la vida.

*No estima la quietud del puerto quien no ha padecido en la tempestad, ni conoce la dulzura de la paz quien no ha probado lo amargo de la guerra.*

SAAVEDRA FAJARDO.

## EL PERRO

*Tu semejante no es sólo el hombre, sino también el animal y el árbol.*

GANDHI.

Sin tener la inteligencia del hombre, posee muchas de las facultades de éste y aún le aventaja en fidelidad y en la constancia de su afecto; no conoce la ambición, el interés, ni el deseo de venganza, ni tiene más temor que el de desagradar; todo en él es celo, ardor y obediencia. Más capaz de agradecer los beneficios que de sentir los ultrajes, no le exasperan los malos tratamientos, los sufre, los olvida y si se acuerda de ellos, sólo es para cobrar más afecto; lejos de irritarse o de huir, se expone por su propia voluntad a nuevas pruebas, lame la mano, instrumento del dolor que acaba de experimentar, no le opone más que la queja, y la desarma en fin con la sumisión y la paciencia.

Más dócil que el hombre, más flexible que ninguno de los animales, no sólo se instruye en poco tiempo, sino que se conforma también con los movimientos, los modales y todos los hábitos de los que le mandan: toma el estilo de la casa en que habita, y a imitación de los demás criados, es desdenoso en las casas de los grandes y agreste en el campo; siempre activo y diligente para servir a su dueño, y oficioso pero sólo para los amigos de éste, no pone ninguna atención en las personas indiferentes, y se declara contra los que por oficio se dedican a importunar, conociéndoles en el traje, en la voz y en los gestos, e impidiéndoles que se acerquen.

Si por la noche se le confía la guarda de la casa, se hace más fiero y a veces feroz: vela, ronda, siente desde lejos a los extraños, y por poco que éstos se detengan o intenten saltar los muros, se avalanza, se opone, y con ladridos reiterados, con esfuerzos y gritos de có-



lera, da a conocer el peligro, avisa y pelea; tan furioso contra los ladrones como contra los animales carniceros, se precipita sobre ellos, los muerde, los despedaza y les quita lo que procuran llevarse; pero satisfecho con haber vencido, descansa sobre los despojos, sin tocar a ellos, ni aun para satisfacer su apetito, y da a un mismo tiempo ejemplos de valor, de fidelidad y de templanza.

Puede decirse que el perro es el único animal cuya fidelidad supera a toda prueba; el único que conoce siempre a su dueño y a los amigos de su casa; el único que percibe la llegada de un desconocido; que entiende su nombre y reconoce la voz doméstica; que cuando ha perdido a su amo, y no puede hallarle, le llama con gemidos.

Buffón.

## LA AMBICION DE FRU - FRU

*Quien envidioso vive, desesperado muere.*

El pequeño Fru-Frú era uno de aquellos conejos que —como tantos hombres— nacen con el soplo de la fortuna.

Pequeño, redondo, bonito, con el hociquín de color de rosa y los ojillos maliciosos e inteligentes, estaba siempre pronto para dar toda audacia con aquella resolución propia de los seres llenos de vida.

Un buen día, su patrona lo cogió delicadamente por las patas y lo llevó como un regalo a la hija del propietario de la granja vecina.

—¿Qué quiere aquí este intruso? — murmuró el pavo haciendo la rueda.

—Tiene un aire nervioso e inquieto que me molesta — cacareó un pollo convaleciente.

—Es la edad, es la edad —repuso un viejo ganso, con gesto indulgente—. Recordad cuando éramos jóvenes.

—Es prudente lo que tú dices —dijo el gallo autoritariamente con la cresta más roja que de costumbre—. Pero bueno será no darle mucha confianza.

El ambiente, como se ve, no podía ser más hostil, pero Fru - frú supo conquistarse juntamente la amistad de todos los habitantes del corral con su alegría, su gracia y sus cabriolas.

La hija del colono le quería mucho y le colmaba de pequeñas atenciones, dándole las hojas de lechuga más tiernas y más frescas, granos de trigo, golosinas, y, por fin, para demostrarle sus simpatías, le puso un lacito rosa al cuello.

Imaginad el contento de Fru - frú, que se consideraba el conejo más feliz del mundo.

Y lo hubiera sido, efectivamente, pero tenía una ambición: la de ser admitido en casa de sus patrones, y para realizar su intento, seguía los pasos de su amita, tratando de introducirse en la casa cuando la niña entrara.

Un día lo consiguió, y la niña entró en casa con él, llevándole en sus brazos.

Fué aquel un momento inolvidable: se sentía orgulloso de sí, al verse elevado a un grado superior de la jerarquía animalesca...

Pero su alegría duró bien poco.

Mientras atravesaba por una habitación para ocultarse debajo de un sofá sin ser visto y desde allí curiosar lo que ocurría, se encontró con un personaje de aspecto poco tranquilizador.

Era Morrongo, el gato de la casa, que apenas vió al recién venido, enarcó el lomo, erizó el pelo, se le puso la cola como un limpiatubos y comenzó a bufar.

¿Qué hacer? El animalito, asustado, quedó inmóvil, sin atreverse a andar ni en un sentido ni en otro, amedrentado ante la fosforescencia inquietante de los ojos de Morrongo.

Poco después el gato volvió a intimidarle con un larguísimo y amenazador bufido, alejándose en dos saltos.



Ya el conejo se consideraba en paz, cuando entró en la estancia un nuevo personaje, más temible que el otro, el grueso Fritz, un perro de caza muy hermoso, que con la competencia de un inteligente comenzó a observar a Fru - frú.

Y a Fru - frú le pareció oírle murmurar:

—Bravo. Te encuentro gracioso y muy de gusto... ¡Debes ser un bocado exquisito!

El desgraciado conejo comprendió demasiado el grave error que había cometido, y corrió a esconderse detrás de un pesado portier, con la esperanza de no ser descubierto.

Pero no hizo cuenta del olfato de Fritz, que le gastó una bromita tan pesada que colmó su terror.

El perro burlón, metiéndose en una alcoba, se cubrió con una piel de zorra, y seguido de Morrongo, que miraba a cierta distancia divirtiéndose un mundo, se acercó al sitio donde con verdadero pánico se había escondido Fru - frú.

El conejo encontróse de pronto delante de su más terrible e implacable enemigo, la zorra, y no sospechando la burla, salió en precipitada fuga, seguido del perro y del gato...

Por suerte, la puerta estaba abierta, y Fru - frú, con una angustia inimaginable, se arrojó medio muerto de espanto entre sus amigos del corral, que ya comentaban la desaparición de su compañero.

Estaba en salvo, ¡pero qué miedo había sufrido!

Fru - frú aprendió de este modo que la ambición es una mala consejera, y que el que nace conejo debe conformarse con su suerte, sin soñar faustos y grandezas impropios de su condición.

*La lectura es como el alimento; el provecho no está en la proporción de lo que se come, sino de lo que se digiere.*

BALMES.

## LAS CAPUCHINAS

*El trabajo tiene sus raíces muy amargas, pero los frutos son muy sabrosos.*

Un señor tenía tres hijos. Los dos mayores, Pedro y Juan, eran mellizos, de siete años de edad. El otro, Mauricio, sólo contaba cinco años.

Vivían en una casa de campo. El papá dió a cada uno un cuadrado de terreno para que se hicieran un jardincito.

—Aquí tienen —les dijo— un paquete de semillas de capuchinas para cada uno. Siémbrenlas, cuídenlas bien y este verano tendrán flores muy lindas.

—Gracias, papá.

Los tres hermanos estaban muy contentos.

Mauricio era haragán y descuidado. No quiso tomarse el trabajo de remover bien la tierra de su jardincito antes de sembrar las semillas. Las arrojó al azar, les echó un poco de agua y...

—¡Ya está! —dijo a sus hermanos; y corrió a entretenerse en otras cosas.

Juan y Pedro eran más razonables. Cavarón y quitaron los yuyos que habrían impedido germinar las semillas buenas, y desparramaron un poco de abono. Luego, bien preparado el terreno, sembraron las semillas: una aquí, otra allá... Hecho esto, las cubrieron con tierra desmenuzada y las regaron.

Naturalmente, fué una tarea un poco larga; pero los dos sabían que para recoger buen fruto hay que sembrar bien.

A los pocos días las semillas de Mauricio, que no habían sido enterradas, empezaron a germinar y aparecieron plantitas. Mauricio se puso muy contento.

—Vean —dijo a sus hermanos—, mis capuchinas salen antes que las de ustedes.



Tres días después mostraron sus hojitas las capuchinas de Pedro y de Juan.

Juan era laborioso y concienzudo, pero no perseverante. El primer día regó muy bien las plantitas de capuchinas y quitó los yuyos. En el segundo día se preocupó un poco menos y en los días siguientes dejó que crecieran solas y se dedicó a otra cosa.

Pedro era, como Juan, cuidadoso y trabajador. Tenía, además, la buena cualidad de la perseverancia. Todos los días cuidaba con igual atención las plantitas de capuchinas. Las regaba, removía la tierra y quitaba las hierbas inútiles que amenazaban ahogarlas.

Y ahora les diré qué fué de las capuchinas de Mauricio, de las de Juan y de las de Pedro. Quizás lo adinvinan ustedes.

Las capuchinas de Mauricio crecieron con mucha rapidez, pero como sus semillas no habían sido sembradas profundamente, el sol secó sus raicillas y una mañana Mauricio vió todas sus capuchinas amarillentas y caídas. En vano las regó abundantemente para hacerlas revivir: las capuchinas se secaron.

Las de Juan dieron hojas, pero, como no fueron regadas todos los días, esas hojas, ya grandes, se secaron y las plantas no dieron ninguna flor.

Las capuchinas de Pedro se desarrollaron mucho más que las de Juan; tuvieron grandes hojas verdes y luego produjeron hermosas flores amarillas, rojas y rosadas.

El padre visitó un día los tres jardincitos y como Juan y Mauricio se le quejaron de que sus semillas no eran buenas, les dijo:

—Tú, Mauricio, has sido un descuidado. No sembraste bien las semillas y luego no las cuidaste. A ti, Juan, te faltó perseverancia. Pedro cuidó sus capuchinas todos los días. Se tomó trabajo y ahora se ve recompensado con hermosas flores. Sus semillas no eran mejores, pero él fué mejor jardinero que ustedes.

## EL ASNO Y EL PERRO

*La bondad es el principal atributo de la persona.*

El asno iba al mercado acompañado por el perro. Llevaba dos grandes cestos, en los cuales su amo había puesto lechugas, zanahorias, nabos, cebollas, así como un gran pedazo de pan y un trozo de carne para el perro. Nada puso para el asno, porque los asnos pueden comer la hierba que crece a los lados del camino.

Era un día de calor. El amo, fatigado, se acostó debajo de un árbol y no tardó en dormirse.

El asno tenía hambre. Se puso a pacer la hierba verde del prado. ¡Br, br, br! ¡Qué rica hierba! ¡Qué linda mata! ¡Br, br! ¡Allá hay otra! Vayamos pronto a comerla. Quería comer mucha hierba antes de que su amo despertara.

El perro le miraba comer. El también tenía hambre. Pero los perros no comen hierba. Prefieren comer pan y carne.

De buena gana el perro hubiera tomado el pan y la carne que estaban en uno de los cestos. Pero no podía alcanzarlos, porque el cesto estaba en el lomo del asno. Entonces dijo al asno.

—Hazme el favor de agacharte, amiguito, para que pueda sacar mi comida, que está en uno de los cestos.

El asno le oía, pero no quería agacharse por no dejar de comer ni un momento, y se fué un poco más lejos sin contestar nada.

El perro le siguió.

—Hazme el favor de agacharte, amiguito —repetía—. Tengo hambre.

El asno no contestaba. Se hacía el sordo y seguía comiendo. Si hubiese sido complaciente se habría agachado un poco para que el perro sacara su comida. Pero ese día el asno no tenía nada de complaciente. Sólo pensaba en comer y comer mientras su amo dormía.



—Agáchate, asnito — volvió a decir el perro.

Entonces el asno se volvió, de mal humor, porque el perro le molestaba, y contestó:

—No tengo tiempo. Déjame comer. Espera que despierte tu amo. El te dará tu pan.

Y siguió comiendo muy ligero.

El pobre perro bajó la cabeza. No estaba contento porque tenía mucha hambre. Estaba enojado con el asno, porque éste no había querido hacerle el pequeño servicio que le pidiera.

—Ya no te quiero, asno malo; quédate solo, glotón.

El perro fué a echarse a corta distancia de allí y se durmió.

El asno se quedó solo y continuó comiendo.

—¡Qué rica la hierba!

De pronto un lobo salió del bosque. Era un gran lobo negro, de aspecto feroz, con sus fauces abiertas. Se le veían los largos dientes blancos y la lengua roja. Ese lobo tenía mucha hambre y se precipitó hacia el asno para devorarlo.

El asno empezó a rebuznar desesperadamente, gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡El lobo! ¡Perro! ¡Perro! ¡Amigo mío! ¡Ven pronto a matar al lobo! ¡Quiere comerme!

El señor asno llama al pobre perro ahora que tiene miedo del lobo. Pero el perro duerme. No le oye. No acudirá a socorrerle.

El asno sigue rebuznando. Aplica coces furiosas al lobo. Pero el lobo es más fuerte y lo muerde.

Por fortuna, en ese momento el amo se despertó. Ve al lobo que ataca al asno.

—¡Top! ¡Top! —grita—. ¡Mi buen perro! ¡Al lobo! ¡Al lobo! ¡Mata al lobo!

Top despierta, se levanta, se precipita sobre el lobo y lo mata mordiéndole en el pescuezo.

Pero el pobre asno estaba tendido en el suelo. Ya no pensaba en comer. Respiraba con dificultad y perdía sangre. El lobo le había mordido muy fuerte.

El perro olvidó que el asno había sido malo con él. Se acercó y le lamó las heridas.

—Gracias, amigo mío. ¡Qué bueno eres! —dijo el asno—. Yo me porté mal contigo hace un momento. No quise dejarte tomar tu comida. Pero otra vez no seré tan egoísta.

Sí, señor asno; es preciso ser atento con sus amigos y no sólo con ellos sino también con todo el mundo.

Si uno no es atento, los amigos se van y lo dejan solo. Si tu amo no se hubiese despertado a tiempo, el lobo te habría devorado, pues no podías defenderte solo.

## LA AMBICION

*Quien mucho abarca, poco aprieta.*

Un ratón vivía debajo de un granero cuyo piso tenía un agujerito por el que caía trigo, grano a grano. Era lo suficiente para él. Le bastaba para vivir tranquilamente, sin pasar hambre.

Pero el ratón quiso hacer ostentación de su bienestar y, acaso, ser envidiado.

Royó la madera del piso y agrandó el agujero hasta dejarlo del ancho de un pulgar. Luego visitó a ratones conocidos y desconocidos y les dijo, dándose importancia:

—¿Por qué no vienen a visitarme? Tengo una despensa abundantísima. Hay trigo para todos.

No tardaron en visitarlo muchos ratones, pero cuando se trató de ir a comer, el ratón dueño de casa notó, decepcionado, que ya no había agujero y que, por lo tanto, ya no había trigo.

¿Qué había ocurrido? Sencillamente, que el agujerito pasaba inadvertido, pero el agujero hecho por el ratón fué visto en seguida por el dueño del granero y en cuanto lo vio lo tapó.



## LA RATA Y LA OSTRA

*La pompa engendra soberbia; y la soberbia, ira.*

SAAVEDRA FAJARDO.

Un día dijo una ratita a su papá:

—No quiero seguir viviendo en este campo. Todos los días veo las mismas cosas. Me iré lejos, muy lejos. Quiero ver el mar y los barcos; quiero ver otros campos, otras casas, otros árboles.

—¡Oh, ratita! —díjole el padre—; eres todavía demasiado pequeña para irte sola tan lejos. No sabes nada; no conoces a los animalitos que se comen a las ratitas. Quédate aquí. Si te vas, correrás el peligro de que te atrape y te coma algún animal grande.

Pero la ratita no hizo caso de lo que le decía su papá. Se creía muy instruída y muy valiente.

—Conozco bien al gato —pensaba—; conozco también al perro y no tengo miedo.

Y un buen día la ratita se fué solita, sin decir nada a nadie.

Trotó largo rato. Iba muy contenta, porque veía muchas cosas y muchos animales que no se ven en los campos.

—Voy a ser muy sabia —pensaba—, y a la vuelta contaré a papá, a mamá y a mis hermanitos todo lo que he visto. Ellos, los pobres, no saben nada porque apenas salen de su agujero.

Y la ratita, trotando siempre, llegó a la orilla del mar. ¡Cuántas cosas lindas vió allí!

Había grandes olas, que producían tanto ruido que la ratita al principio se asustó un poco. Se acercó entonces a las rocas, donde quedaban algunos charquitos. Entre las rocas vió grandes valvas. En el campo no hay valvas. La ratita, que jamás las había visto, abrió ojos de asombro.

—¡Oh, oh! —pensó—. Son barquitos.

Una gran ostra se había abierto al sol. La ratita la vió y exclamó:

—Aquel barquito está lleno de algo que parece bueno para comer. Es una cosa blanca y gorda. Sin duda es muy sabrosa. ¡Qué almuerzo me espera!

—¡Ten cuidado, ratita, con los animales que no conoces!

Pero la ratita creía que sabía mucho más que su papá y que su mamá. Creía saber todo. Como tenía hambre, se acercó a la ostra, alargó la cabeza y hurgó con el hociquito para comerla.

¿Saben ustedes lo que sucedió? ¡Crac! La ostra se cerró de pronto y la ratita quedó apresada por el pescuezo entre las dos valvas.

—¡Ji, ji, ji! — la ratita llora a gritos, se agita para librarse, pero la ostra aprieta cada vez más. La ratita va a morir estrangulada...

Afortunadamente, la otra se abre de nuevo y la ratita puede escapar. Pero el cuello lastimado le duele mucho y corre gimiendo:

—¡Ji, ji, ji! ¡Mamá, mamá!

La ratita ya no tenía ganas de ver tierras nuevas. Llamaba a su mamá como todas las ratitas que sufren, como todos los niños que tienen nana.

Volvió, pues, a casa de sus padres, en el campo, y fué desde entonces más obediente.

Esa ratita era una tonta. Sin duda había roído algún alfabeto viejo arrojado a un rincón y creía que por eso ya sabía todo.

Cuando uno cree que sabe todo, es un tonto.

*El libro hábilmente utilizado es la palanca más poderosa del engrandecimiento de los pueblos.*



## EL PERRO QUE VOLVIO A SU CASA

*La dulzura es casi siempre un medio de desar-  
mar la cólera.*

Mustafá era pequeño, cojo, tímido, sin ninguna cualidad que hablase en su favor. Se había herido lastimosamente el ojo derecho. Sus lanas se ponían grises y lacias por los extremos, como denunciando el peso de los dolores y miserias de la vida. Era mestizo, una mezcla de terrier, de perro de pastor, de perro de lana..., cualquier cosa. Era un verdadero aborto de la naturaleza. Mustafá, pues, era un perrito que vivía en El Havre y su encantadora historia la refiere así un escritor francés:

"Cierta noche, un muchacho llamado Roberto, que había empujado el codo más de lo regular, volvía a su casa dando traspiés y haciendo eses, cuando percibió al pobre Mustafá, temblando en un lugar donde se había guarecido Roberto; cuando estaba de buenas, era compasivo, así es que se detuvo, se inclinó, recogió al pobre chuchito abandonado y se lo llevó a su buhardilla. Lavó la herida del perro y se la vendó con un trapo, mientras el pobre Mustafá se estremecía y se agachaba ante él, sin atreverse ni aún a lamer la mano que le acariciaba.

A la mañana siguiente, al despertar Roberto de su largo y profundo sueño, admiróse de ver un perro en su camaranchón, un perro con la cabeza vendada y cuyos ojos se fijaban ansiosos en los suyos, como esperando cordial acogida. Recordó cuanto había pasado y levantándose procuró echar al perro, mas éste ofrecía un aspecto de tan lastimosa miseria, que Roberto se enterneció; dió una cariñosa palmada al chuchito y no volvió a pensar en ello.

De este modo se estableció entre el hombre y el perro un extraño compañerismo que duró por dos años. Entre

el joven y el chucho parecía que había muy poco de común; pero el hombre se dejaba amar por el perro, y en realidad había unión entre ambos.

El aspecto de Mustafá fué siempre prudente y discreto. Manteníase a conveniente distancia, con ojos atentos, sin pedir, provocar, ni aún suplicar una palmadita de cariño. Jamás era pesado.

Después de dos años de este compañerismo, el perro se contagió de la sarna, y como el joven tenía mucho asco a esta enfermedad y entonces no había hospital de perros en El Havre, se dijo:

—Ahogaré a Mustafá.

Esperó a que viniera una noche bien oscura y llegado que hubo ésta, tomó consigo al pobre perro enfermo y se lo llevó al extremo del muelle. El mar estaba muy agitado, en el cielo no brillaba la luna y las verdosas olas se rompían en blanca espuma contra la muralla del malecón.

Roberto ató una piedra a una soga, hizo un lazo corredizo, en el que metió el cuello del mísero animalito, y levantándolo bruscamente arrojólo al mar.

Mustafá no exhaló un plañido, ni un aullido de queja, y sólo se oyó el golpe de su cuerpo contra las turbulentas aguas. El joven sintióse algo avergonzado de la acción que acababa de realizar e inclinóse con cierta ansiedad para ver si divisaba al perro; al hacerlo, una ráfaga de viento le arrancó la gorra, que fué a parar al agua. Era una prenda que él estimaba porque se la había bordado una persona a quien él quería, y, como sentía perderla, miró con más ansiedad hacia el mar por el sitio donde se le cayó, pero no alcanzó a ver más que las espumantes olas, razón por la cual volvióse triste a su casa.

Llevaría cosa de una hora acostado, cuando oyó que arañaban la puerta; levantóse de un salto y abrióla. Allí estaba Mustafá, con la gorra entre los dientes.

El pobre perro iba manchado de sangre; el agua, de un color raro por estar mezclada con la sangre, le fluía



del pelo y caía sobre las losas. Roberto se arrodilló y con lágrimas en los ojos acarició al pobre perro.

Por última vez miró Mustafá a su amo de un modo lastimero, exhaló un ligero y entrecortado grito y murió."

## LA NUEZ

*La perfecta razón huye de todo exceso.*

MOLIÉRE.

Vivía una vez en un tupido monte verde, una hermosísima ardilla, a quien todos querían. En verano la ardillita vestía un traje de tonos rojizos, y en invierno, cuando todo se cubre de nieve, poníase ella un ropaje de la más inmaculada blancura.

¡Tan elegante y esclava era de la moda la linda ardillita!

Sus dientes eran blancos, blancos y afilados, encantadores dientitos que rompían las nueces como tenazas. Pero, por desgracia, la ardillita era excesivamente reflexiva... ¡Sí, sí, muy reflexiva! Y así fué que, por esto mismo, acontecióle un gran dolor, tan grande, que hasta hoy día en el tupido monte todo llora y se estremece con sólo recordarlo.

Cerníase un día sobre el monte un ángel de blancas alas, y al ver a la ardillita de vivos ojos, tanto gustó de ella, que resolvió hacerle un regalo: voló hacia el jardín del paraíso y arrancó de él una nuez de oro, tan brillante como las que sólo se ven adornando el árbol de Navidad.

—Querida ardillita, aquí te traigo una nuez de oro —dijo el ángel—; cómela, por favor; ella viene directamente del jardín del paraíso.

—Mucho os lo agradezco —respondió cortésmente la ardillita—; me la comeré cuando usted se vaya.

El ángel se alejó confiadamente y la ardillita, en lu-

gar de comerse la nuez, se puso a reflexionar, y he aquí lo que pensó: "Y bien, yo me como la nuez, ¿y luego? No; es mejor que guarde esta nuez del paraíso y cuando lleguen los días negros de mi vida y difícil me sea conseguir el sustento, entonces comeré la nuez de oro; hay que ser reflexivo y previsor".

Y pasaron muchos años, muchos inviernos rigurosos. Más de una vez la ardillita recordó su nuez y más de una vez lloró de hambre, y, sin embargo, no comió la nuez de oro. . . . ¡No, no; no se la comió!

Pero he aquí que para la ardillita llegaron los días más negros de su vida; se había vuelto vieja, viejecita, el reumatismo torcía sus patitas, temblaba su pobre cabecita de debilidad y ya no la calentaba su blanco ropaje, todo él ralo, feo, raído, muy feo. . . .

—Ahora sí que comeré mi nuez de oro — dijo con voz apagada la viejita ardilla, y sacó de debajo de unas hojas secas su tesoro. Tomó la nuez de oro entre sus patitas y con encanto la miró. La miró con encanto y a la boca se la llevó; a la boca se la llevó pero no la pudo romper. . . . Ya no tenía dientes la pobre ardillita, se le habían caído. . . . ¡Así. . . , así!

Cerníase sobre el tupido monte el ángel de blancas alas y allá abajo vió: al pie de un árbol muy grande, tirada, muerta, la pobre ardillita —mal abrigada en su raído ropaje—, apretando entre sus patitas la nuez de oro del jardín del paraíso.

L. Andreief.

*El niño es lo más amable y más hermoso que hay sobre la tierra, es la flor y adorno del género humano. Es arroyuelo, fuente que nace, pero que tal vez llegará a ser río majestuoso si como hábil fontanero el maestro dirige cuidadosamente sus aguas.*



## LA NATURALEZA ES BUENA MADRE

*La naturaleza es la mejor maestra de la verdad.*

Un joven rajá preguntó un día a su visir:

—¿Sabrías darme la solución de este misterio?: ¿Por qué yo, que llevo vida regalada y tengo en abundancia todo cuanto quiero, estoy casi siempre enfermo, mientras los más pobres de mis súbditos disfrutan de una salud de hierro?

—Verás la solución del problema en un ejemplo práctico, joh, señor! —replicó el visir. Y lo condujo a caminar por los campos hasta que se encontraron con un pastor en medio de su rebaño.

El hombre estaba semidesnudo. Pasaba los días al rayo del sol y las noches en una choza de hojas de palmera, expuesto a la intemperie. Se alimentaba con un puñado de trigo seco y apagaba la sed con el agua, a menudo turbia, de los arroyos y los charcos.

Y, sin embargo, era sano como una planta de coral y no recordaba haber estado enfermo ni un solo día.

—¿Quieres cambiar de vida? —le preguntó el visir—. Mi poderoso señor te ofrece un puesto en su palacio.

El pastor creía soñar. Demás está decir que se apresuró a aceptar la invitación.

Vendió las ovejas y se fué a vivir al palacio del rajá, no como un pobre siervo acogido por caridad, sino como un huésped de consideración que comparte todas las comodidades del amo.

Y de tanto comer manjares exquisitos, de beber vinos ardientes como llama, de permanecer ocioso en los jardines sombríos, de respirar en un ambiente saturado de perfumes, el pastor se puso delgado y pálido como un cirio y adquirió una expresión de melancolía que causaba piedad.

Un día cedió a la tentación de arrojar a un lado las babuchas de oro y correr descalzo sobre los mármoles del gran patio. Y mal le supo, porque habiendo per-

dido la costumbre de afrontar el frío y la humedad, pilló una pulmonía que lo postró en cama.

—Si logro sanar —decía al visir que lo asistía con solicitud—, volveré a mis campos y a mi rebaño. Espero que nuestro poderoso señor no lo tomará a mal. Nosotros, gente ruda, no estamos hechos para las molicias de la vida. Es como poner una planta de ortiga en un vaso precioso.

Apenas mejoró lo suficiente para poder tenerse de pie se fué, como lo había dicho, luego de suplicar al visir que aplacara el enojo del rajá.

Bellas túnicas de púrpura, cimitarras damasquinadas, turbantes de seda, babuchas de oro, todo dejó sin lamentarlo; y cuando se halló al aire libre, vestido de sus harapos, en medio de un rebaño, bajo el sol ardiente, exhaló un suspiro de alivio y de satisfacción más significativo que el más elocuente discurso.

—Ahí tienes resuelto el problema, señor —dijo el visir al joven rajá, que no se daba cuenta de lo ocurrido—. La naturaleza es madre generosa y juiciosa. Distribuye por igual sus dones: la salud al pobre, para el cual la vida es dura, y las aflicciones del cuerpo para el que disfruta de los placeres.

#### CUATRO CONSEJOS DE FRANKLIN

*Para prosperar es preciso que tú mismo guíes tu arado.*

*Si queréis que vuestros negocios marchen, arregladlos vosotros mismos; si queréis lo contrario, encargadlos a otros.*

*El ojo del amo hace más trabajo que sus dos manos.*

*El hambre y la miseria miran algunas veces a la puerta del hombre laborioso, pero no se atreven a entrar.*

FRANKLIN.



## LA LECCION DE LA ARAÑA

*El trabajo es el remedio del tedio.*

LEVIS.

La araña despertó aquel día algo sobresaltada, pero más hacendosa que nunca. En realidad se encontraba en la necesidad perentoria de entregarse a sus faenas con la mayor rapidez posible. La noche anterior, una tempestad había destruído su afanoso trabajo de largas horas. La lluvia, el granizo y el viento huracanado no dejaron ni rastro de sus transparentes tejidos, lo que significaba para ella, a más de una ruina, el peligro del hambre, si no se daba prisa en volver a hacer lo que tan fácilmente había deshecho la tempestad.

Conviene decir que no se apenó demasiado el animalito por el destrozo; ni siquiera perdió su habitual alegría. La araña podrá tener todos los defectos del mundo, pero es aficionada al trabajo y no sabe permanecer ociosa; así es que, en lugar de perder el tiempo en quejumbrosas lamentaciones que nada remedian, aprovechó la mañana clara y luminosa y emprendió su tarea con ahinco y con tanta prisa que sus ágiles y largas patas se movían con la rapidez de una máquina eléctrica.

Muy cerca de ella, una mosca holgazaneaba tomando el sol que, después de la tempestad, se presentaba más claro y más brillante que nunca.

En los tiempos fabulosos a que me refiero, las arañas, las moscas y todos los animalitos de la creación hablaban y se entendían muy bien, gracia que perdieron más tarde por dedicarse a la charlatanería, que echa a perder los mejores ingenios.

Bueno es que sepan esto los lectores niños, para que no encuentren disparatado que la mosca, la araña y una niña, que son los personajes de mi cuento de hoy,

hablen y digan cosas sabias y risibles tonterías como las personas mayores.

He dicho que hay una niña entre los personajes de mi cuento y no estará de más que os la presente.

Se llama Sara; había vivido ya desde su nacimiento como media docena de años, y era vivaracha, inquieta y muy dada a pasarse la vida jugando, la más natural y grata ocupación de todos los niños del mundo que, como sabéis, no debieran hacer otra cosa que jugar.

Alegre siempre, resultaba a primera vista una niña deliciosa, y mejor hubiera resultado de no haber adquirido un defecto, que se le contagió como se contagia una terrible enfermedad, de las personas mayores que no saben dar reposo a la lengua y hablan, hablan, hablan hasta cuando no tienen nada que decir, y, en muchas ocasiones, hasta cuando no deben decir nada.

Sara, pues, se complacía en criticar todo lo que no sabía hacer y hacían los demás. Y como no sabía nada, podemos decir que lo criticaba todo. Así, en aquella mañana luminosa, al fijarse en el afán con que la arañita trabajaba, se echó a reír y le dijo desdeñosamente:

—Eres una necia; te pasas horas y horas sin darte punto de reposo en una labor completamente inútil. ¿Y todo para qué? Para hacer una telucha que puede deshacer en un instante el menor soplo de viento. ¡Si por lo menos pudiera una hacerse un vestidito con tu tela...!

—Es menester que sepas, niña impertinente —repuso la araña sin dejar de trabajar—, que mi labor no va destinada a que a ti te hagan vestidos. ¿Para qué me serviría una tela de tal naturaleza? Yo encamino mi inteligencia a hacer las cosas como las necesito, y para eso no tengo que consultar los gustos de nadie.

—Esas son disculpas. Confiesa que debieras hacer algo más digno de atención, más consistente y perfecto.

—¡Bah! Veo que no sabes lo que dices. Está segura de que mi tela cumplirá a la perfección el fin para que la fabrico.

A este punto de la conversación, intervino la repugnante e inútil mosca para decir a la niña:



—No te rebajes a hablar con ella; no le hagas caso. Es una ineducada. ¿No ves que ni siquiera tiene la atención de suspender un ratito el inacabable movimiento de sus patas largas y ridículas para hablar contigo? Déjala sudar y reventarse mientras se figura que hace algo de provecho tejiendo una telucha que no sirve para nada y que puede destruirse con un soplo.

La araña sonrió significativamente ante la necedad de la mosca y le dijo:

—Para ti, mosca estúpida, no va a ser mi tela de gran provecho. Ya verás, ya verás más tarde la utilidad de mi labor. Y juro que, cuando te enteres bien de los servicios que puede prestarme, no estarás tan risueña y despreciativa como ahora. ¡Oh!, entonces no van a quedarte muchas ganas de burlarte, ni vas a encontrar mi tela tan fácil de destruir.

La araña guardó silencio durante largo rato y continuó su labor. La mosca seguía mofándose de ella, y la niña hacía cada vez más severas sus críticas.

—Más vale no hacer caso de ella —decía—. Al fin y al cabo, ¿qué es? Una arañucha sin importancia y sin pizca de educación, como dices muy bien. Cuando pudiera estar orgullosa de sostener una conversación conmigo, ni siquiera agradece mis palabras y parece no tener interés en ella, puesto que sigue haciendo su tela como si de su trabajo dependiese la felicidad del mundo.

—Si no depende la felicidad del mundo —interrumpió la araña—, depende mi vida, que para mí vale tanto. Y ahora voy a contestar respecto a la tontería que has dicho de mi educación. En primer lugar, cuando se necesita del trabajo para vivir, no es muy sensato perder el tiempo en cumplidos. A más, ¿cómo puedes pretender que guarde muchas finezas con quien como tú empieza por encontrar no sólo malo sino despreciable lo que hago? Y lo peor de todo es que ignoras la causa y los fines de mis afanes.

—Hacer que trabajes.

—Yo te concedería el derecho de criticar mi labor si supieras hacerla mejor que yo. Te escucharía entonces

y procuraría aprender. Sólo los que saben hacer bien las cosas tienen el derecho de juzgar las ajenas. Pero, ¿quieres decirme qué es lo que entiendes tú de telas de araña? Ya que te complaces en criticar la mía, ¿podrías indicarme cómo puede hacerse mejor y más rápidamente? De seguro que no. Anda, ensaya tú a hacer una telucha como la mía. Me parece que si tuvieras que hacer tus vestidos con una tela tejida por ti, te verías condenada a pasar la vida completamente desnuda.

La araña volvió a guardar silencio. En verdad no le importaban mucho las risas inmotivadas de la mosca ni las críticas de la niña. Continuó animosa su trabajo y en poco tiempo vió concluída su tela.

La arañita, satisfecha de su labor, dejó de mover sus ágiles y largas patas y se puso en acecho. La mosca, cada vez más burlona, empezó a volar tontamente de un lado para otro. De pronto quiso poner en práctica una idea perversa que acababa de ocurrírsele: destruir el trabajo con tanta prisa terminado. Con la peor intención del mundo embistió ciegamente contra la telita. Entonces notó, con no poco susto, que de nada le servían sus alas. Mientras mayores esfuerzos hacía para liberarse, más se enredaba. La telita de que tanto se rió por parecerle despreciable, la retenía cada vez con más fuerza. Estaba a merced de la araña, que se la comería tranquilamente.

La niña recordó entonces haber oído decir que las moscas son para las arañas un manjar muy apetecido y suculento.

El espectáculo que presenciaba le hizo reflexionar y decir:

—Hice mal en criticar la labor de la araña; me corrí de ligera. El animalito no fabricaba su tela para que yo me hiciera un vestido, sino para cazar a la repugnante mosca. Su labor, en este sentido, no ha podido ser más perfecta. En lo sucesivo no estaré tan lista para criticar las cosas que no entiendo.



## EL ZORRO Y LA CIGÜEÑA

*Raíz de todos los males es la avaricia.*

Un día el zorro se encontró con la cigüeña y le dijo:

—Buen día, doña cigüeña. ¿Quiere venir a comer conmigo?

—¡Cómo no, don zorro! Con mucho gusto.

—Muy bien; venga a mi casa y disfrutaremos de un banquetito.

—El zorro se volvió a su casa para preparar la comida. Hacía poco que había atrapado un pollo; pero se dijo: “Si sirvo el pollo, la cigüeña comerá un gran pedazo y quedará muy poco para mí. Prefiero comerlo solo. A ella le serviré una sopa”.

Hacía mal al pensar así. El zorro había invitado a la cigüeña a comer y debía servirle el pollo. El era avaro.

¿Y saben qué era la sopa? Agua. Nada más que agua. El zorro había visto dos agujeros llenos de agua en una piedra y se decía: “La cigüeña beberá la de este agujero y yo beberé la del otro. Ella no podrá beber mucho con su largo pico, porque el agujero no es profundo y no podrá hundirlo. En cambio, yo, con la lengua, tomaré casi toda el agua”.

Como ven, el zorro no era atento. Invitaba a comer a la cigüeña y le daba sólo agua, y aún pretendía tomársela él casi toda. Por lo menos, debió dejar que la cigüeña bebiera en el agujero profundo para que metiera bien el pico. Pero era avaro y glotón.

Llega la cigüeña.

—¡Oh, doña cigüeña! Ya está servida su sopa. Puede comerla, como yo.

Y el zorro se bebió a lengüetadas toda el agua de su agujero.

La cigüeña no tiene una lengua grande como el zorro. Bebe hundiendo el pico en el agua. Pero como el agu-

jero no era profundo, no podía poner el pico dentro. ¡Toc, toc!, el pico golpeaba en la piedra pero no podía tomar. Naturalmente, la cigüeña no estaba contenta y se volvió a su casa muy enojada.

A los pocos días la cigüeña se encontró con el zorro, y le dijo:

—Buen día, don zorro. ¿Quiere venir a comer conmigo? He pescado en el río unos peces deliciosos. Haremos un festín.

—Con mucho gusto, doña cigüeña. El pescado es una de las cosas que más me agradan. Iré sin falta. Muchas gracias.

Al día siguiente el zorro se presentó en la casa de la cigüeña. Llegó muy contento, pensando: "Por fin me quitaré las ganas de comer pescado".

Pero la cigüeña había preparado el banquete de una manera especial. Con el pico cortó los pescados en pedacitos y luego puso todos los pedacitos en el fondo de un tronco hueco. Ese hueco tenía una abertura angosta. El pico largo de la cigüeña podía penetrar por la abertura y llegar hasta el fondo del hueco, pero el hocico del zorro era demasiado ancho para introducirse en el agujero del tronco.

—Amigo don zorro, el pescado está en el hueco de este tronco viejo. Sírvese sin cumplimientos; coma como yo.

La cigüeña metió su largo pico y tomó un buen pedazo de pescado. El zorro, a su vez, intentó meter el hocico. Pero era demasiado grande y no podía pasar por el agujero; incitado por el rico olor del pescado, hace esfuerzos y sólo consigue lastimarse.

Se enoja mucho porque no puede alcanzar siquiera un pedacito de pescado. Se da cuenta de que la cigüeña se ha burlado de él.

—Sí, amigo don zorro —le dice la cigüeña—; acuérdesse de que usted me engañó el otro día. Me sirvió sopa en un huequito de poco fondo y no pude beber nada. Hoy le pasa a usted algo parecido. No puede tomar ni



un pedacito de pescado porque su hocico no entra por ese agujero. Peor para usted. Así aprenderá a no ser tan glotón y egoísta otra vez.

El zorro se volvió a su casa. Tenía hambre, pero, sobre todo, tenía vergüenza. Bajaba la cabeza y llevaba la cola entre las patas, como un perrito al que le han pegado.

## EL ASNO Y SUS AMOS

*Quien mal anda, mal acaba.*

Había una vez un asno que nunca estaba contento. Era Coco, el asno del quintero. Por la madrugada, a las cuatro, el quintero iba a despertar a Coco.

—¡Arriba, Coco! Es hora de ir al mercado.

Coco abría los ojos de mala gana y pensaba, malhumorado:

—¡Qué fastidio tener que ir al mercado! Me gustaría dormir un rato más. . .

—¡Vamos, perezoso! ¡Arriba! ¡Pronto!

Y el quintero sacudía a Coco y, al fin, Coco se incorporaba, siempre de mal humor.

Entonces el quintero lo cargaba con dos cestos, uno a cada lado, llenos de coles, lechugas, zanahorias y papas.

Y, luego de cargarlo, le daba un par de latigazos.

Coco se ponía en marcha, despacito, con la cabeza baja, de mal humor.

También el quintero estaba descontento por tener un asno tan perezoso. Llegó a convencerse de que el animal no le servía y lo vendió a un curtidor. Coco parecía encantado.

—Por lo menos —decíase— ya no me harán levantar de madrugada para ir al mercado.

Así era; el curtidor dejaba dormir a Coco. Sin embargo, también debía trabajar mucho.

Coco ya no va cargado con cestos. Lleva cueros para

curtir, más pesados que los cestos y que despiden mal olor.

—¡Oh! —piensa Coco—. ¡Qué pesados, y qué mal olor! Las coles del quintero olían mejor y, a veces, cuando no me veían, yo atrapaba unas hojas de repollo o una planta de lechuga. En cambio, estos cueros son demasiado duros para comer y sólo recibo golpes.

Y Coco, otra vez de mal humor, se encaprichaba y no quería caminar.

—¡Camine, Coco!

Pero Coco no se movía.

—¡Camine, perezoso!

Entonces el curtidor le daba un latigazo. Coco caminaba algunos pasos y volvía a detenerse.

—He comprado un animal inservible —decía el curtidor—. ¡Arre, Coco!

Y otro latigazo.

Coco tiraba coces al aire, hacía caer los cueros y echaba a correr.

—¡No quiero más este pícaro animal! —dijo el curtidor.

Y vendió el asno a un carbonero.

Pero Coco no se encontró mejor en su nueva ocupación.

Tenía que llevar bolsas demasiado pesadas. El polvo del carbón le manchaba el pelaje, que ya no relucía como antes.

Debía esperar largo rato en la calle, bajo el sol o bajo la lluvia.

Y Coco tuvo motivo para quejarse más que antes.

*Ahorra tus fuerzas, no las malgastes y vivirás sano.  
Ahorra tu tiempo; no lo pierdas ni lo emplees en tonterías y tu vida será fecunda. Ahorra tu dinero; no lo despilfarres y vivirás libre de la tremenda esclavitud de la miseria.*



## LA ZORRA HAMBRIENTA Y EL GATITO

*Vale más pájaro en mano que cien volando.*

Una zorra hambrienta rondaba, cierta noche de luna, una casa de campo, y en una de sus idas y venidas se encontró con un gatito, al que dijo:

—Verdaderamente no eres un gran banquete para quien, como yo, se está muriendo de hambre. Pero en estos días de apuro, vale más algo que nada.

—¡Oh, no me comas! —exclamó el gatito—. Yo sé dónde el amo guarda sus quesos. Ven conmigo y verás.

El gatito acompañó a la zorra al patio de la casa, donde había un pozo, y, atados a la cuerda de la garrucha, dos cubos.

—Mira hacia el fondo del pozo y verás los quesos —dijo el gatito.

La zorra se asomó al brocal y vió, en el fondo del pozo, la luna que reflejaba el agua.

El gatito saltó a uno de los cubos, diciendo:

—¡Así se baja!

La garrucha dió algunas vueltas mientras descendía el gatito metido en su cubo, hasta el fondo del pozo. Pero el gatito conocía el camino y era muy astuto, de suerte que al tocar el cubo en el agua, saltó a la cuerda y se matuvo firme y bien agarrado con sus uñas.

—¿Puedes subir uno de esos quesos? —preguntó la zorra.

—No; son demasiado pesados —dijo el gatito—. Debes bajar tú.

Los cubos estaban entonces colocados de tal suerte que al bajar el de arriba había de subir el que estaba en el fondo.

Y como la zorra pesaba mucho más que el gatito, al meterse en su cubo descendió rápidamente hasta dar en el agua. La zorra se ahogó, mientras el gatito, elevado por el mismo contrapeso de la zorra, logró escaparse.

## LA ABEJA QUE SE EXTRAVIÓ EN EL MONTE

*El trabajo es la sal que preserva de corrupción  
a nuestra vida y a nuestra alma.*

FRAY LUIS DE LEÓN.

El enjambre mayor abandonó la colmena; había cumplido su misión: en el colmenar se agitaba la generación nueva; una joven reina saldría a fecundarse en el momento propicio y volvería a depositar en las celdas sus centenares de huevos.

Las diligentes abejas se disponían a cumplir cada cual con la obligación que les incumbía en particular, a fin de que la colonia en conjunto se desarrollara en orden y beneficio común.

Era la hora de la "melada" (es decir, cerca de mediodía); un sol radiante envolvía las colmenas e incitaba a la partida. Para servir a la reina, asear la casa, vigilar la entrada, quedaba un buen número de las hacendosas obreras; las demás saldrían a procurarse el néctar y el polen.

Sin precipitación ni atropellos, unas tras otras iban saliendo las abejas de la colmena, y luego de efectuar un vuelo de reconocimiento y orientación, se alejaban rápidas como flechas. Transcurridas una, dos o más horas, veíaselas regresar, quienes con la preciosa carga amarilla, quienes pletóricas de dulce zumo.

Allá en el monte vecino habíase quedado rezagada una colectora de polen. Los canastillos de las patas posteriores estaban totalmente repletos de la ansiada cosecha. Le costaba volar, y, sobre todo, le costaba orientarse. En su afán de buscar y elegir lo mejor, había ido de un lado a otro visitando gran cantidad de flores.

Se sentó en unas cañas bajas para reponer fuerzas y fijar la dirección que tomaría. Una lagartija salió de entre unas matas y se deslizó hasta las cañas,



—¡Uf! —exclamó la abeja—. Este animal me parece mal intencionado; si no subo más alto, me devorará; adivino en sus gestos su propósito.

Y volvió a la rama de un árbol. Pero seguía dudosa del lado hacia el cual tomaría.

—Chirrín, chirrín, chirrín... — oyó cerca de ella.

—¿Qué es esto? — se preguntó asustada; mas en seguida comprendió que se trataba de una "chicharra".

Deseosa de tomar una pronta resolución, gritó:

—Señora chicharra, señora chicharra, ¿quiere usted hacerme un favor?

—Chirrín, chirrín, chirrín...

—Pero, ¡qué ruido hace usted! ¡Quédese quieta! ¡Suspenda su canto un segundo! —imploraba la abeja—. ¡Oigame usted: me he perdido en el monte! ¿Podría decirme cómo haré para orientarme?

Sin abandonar su tarea, la chicharra le respondió:

—Yo estoy muy ocupada, y tengo apuro de concluir mi trabajo antes de que vengan las hormigas a aprovecharse de él; además, no entiendo lo que me pregunta. Ve más allá, entre las hierbas encontrarás quien te responda. Chirrín, chirrín, chirrín...

Algo descorazonada, la pobre abeja se alejó. Sobre la hierba iban y venían, revoloteando, lucientes mariposas.

—Estas son buenas amigas —pensó la abeja—; voy a interrogarlas.

—Bellas compañeras —les dijo—; ¿sabríais indicarme la dirección que debo tomar para volver a mi colmena?

Las bonitas mariposas se le acercaron curiosas.

—¿Qué llevas ahí?

—Polen.

—¿Se lo robaste a las flores?

—No lo robé; lo tomé para fabricar miel.

—¿Y las flores se quedaron sin polen?

—Al contrario; al ir de una a otra saqué y deposité en cada cual lo que más convenía para la fecundación de un mejor fruto.

—¡Pues ya es tarea la tuya! Nosotras nos conformamos con chupar el néctar para alimentarnos.

—Ya que vivís tan fácilmente, ayudadme. ¿Cómo haré para orientarme?

—¿Orientarte? ¿Acaso lo sabríamos para nosotras mismas? No tenemos tales preocupaciones. No debiste quedarte sola; nosotras cuando viajamos, vamos todas juntas y nos guiamos unas a las otras.

En ese momento se oyó un zumbido ronco. Pasaba un "mangangá" (abejón). La abeja repitió su pregunta.

—¡Pobre chiquilla! —respondió aquél—. Yo no visito más que la flor de la pasionaria, de cuyo néctar me alimento; me basta saber los sitios donde florecen.

La abeja iba a abandonarse a su propia suerte, cuando le llamó la atención un aleteo suave, interrumpido a ratos por una especie de silbido corto y áspero, producido por el mismo movimiento de las alas. Miró asombrada.

Un pájaro chiquito, de elegantes formas y bellísimos colores, aleteaba sin cesar rozando apenas algunas flores del prado.

—¡Señor! ¡Señor! —clamó la abeja—. ¿Quiere usted oírme? No lo conozco, pero por su delicadeza para tocar las flores, deduzco que debe ser muy amable.

—Yo te conozco, abejita primorosa; soy el picaflor, y he visto a tus hermanas libando en el huerto. ¿En qué puedo servirte?

—Cuando salí de mi colmena —respondió aquélla— tomé hacia el lado del sol, pero me he demorado y ahora no recuerdo hacia qué extremo del monte quedaba el colmenar.

—¿No sabes los puntos cardinales? —repúsole el colibrí.

—Yo creí que los sabía; los he olvidado.

—Dices que tomaste del lado del sol: ese es el Este, puesto que saliste de mañana. Al salir de tu colmena, ¿doblaste a la derecha o a la izquierda?

—A la derecha.

—Entonces tu colmena mira al Norte. La espalda



da al Sur. A la izquierda queda el Oeste. ¿Viniste derecho hacia aquí?

—Sí; pero he dado muchas vueltas por el monte.

—Sígueme — expresó el picaflor.

A la abeja le costaba mucho seguirlo, a causa de tanto polen como llevaba, y, además, el pajarito se detenía en cada flor que hallaba a su paso. Por fin llegaron a un claro del monte. El picaflor dijo a la abeja:

—¿Ves el sol que se esconde? De ese lado es el Oeste; tú saliste hacia el Este, es decir, que debes volar al lado opuesto al sol en este momento.

Cuando la abeja quiso dar las gracias a su bienhechor, éste se había alejado.

—¡Qué hermoso, qué bueno e instruído es! —se decía, mientras emprendía el vuelo—. ¿Será ocioso como las mariposas? Por lo menos sabe más, y es comedido.

Al entrar a la colmena, las compañeras la rodearon; ella les refirió sus peripecias. Algunas opinaron que no debía salir más. La abejita aseguró que no se extrañaría, porque el buen picaflor le había enseñado los puntos cardinales.

Efectivamente, todos los días hacía varios viajes, tenía gran placer en visitar a sus conocidos; la chicharra siempre con su chirrín, la lagartija deslizándose ligera y calentándose al sol, las mariposas en sus incansables revoloteos, el “mangangá” con su zumbido, el lindo picaflor. La abeja lo admiraba sin detenerse.

—¡A mi trabajo! —se decía—. No hay tiempo que perder; las larvas ya están naciendo, la reina necesita buen alimento, la dulzura de la miel depende de mi cuidado en elegir las flores; mi vida y la de mi colonia dependen del trabajo de cada una de nosotras; del bienestar de todos depende mi felicidad. ¡A trabajar, a trabajar!

J. Roqué de Padilla.

## EL LOBO Y EL PERRO

*La libertad es madre de todos los bienes cuando va acompañada de la justicia.*

ARGENSON.

Un lobo flaco y hambriento encontró en un camino a un perro que estaba gordo y bien cuidado.

—Dime —le dijo—, ¿en qué consiste que siendo yo más fuerte y valiente que tú, no encuentro qué comer y casi me muero de hambre?

—Consiste —contestó el perro— en que sirvo a un amo que me cuida mucho, me da pan sin pedírselo, me guarda los huesos y mendrugos que sobran de las comidas, y no tengo más obligación que custodiar la casa.

—Mucha felicidad es ésta —contestó el lobo, enviándole su suerte.

—Pues mira —replicó el perro—, si tú quieres, puedes disfrutar del mismo destino, viniendo a servir a mi amo y defendiendo la casa de ladrones por la noche.

—Convengo en ello —dijo el lobo—, porque más cuenta me tiene vivir bajo techado y hartarme de comida sin tener nada que hacer, que no andar por las selvas con lluvias y nieves. Pero oye —añadió mientras iban andando—, reparo en que llevas pelado el cuello; ¿en qué consiste esto?

—No es nada —repuso el perro—; sólo para que no salga de casa entre día, me atan con una cadena, para que de noche esté velando, y entonces ando por donde se me antoja.

—Bien —dijo el lobo—; pero si quieres salir de casa, ¿te dan licencia?

—Eso no —respondió el perro.

—Pues si no eres libre —replicó el lobo—, disfruta enhorabuena de esos bienes que tanto ponderas, que yo



no los quiero, si para disfrutarlos he de sacrificar mi libertad.

El pobre libre es más feliz que el rico esclavo, porque la libertad es tan estimable como la vida, y vale más que todas las riquezas del mundo.

## EL ARTISTA Y EL ASNO

*Calma el dolor ajeno.*

El escultor había terminado la estatua de Apolo. La colocó cuidadosamente en una caja rellena de heno, cargóla en un carro y se encaminó hacia el templo, donde el dios debería quedar instalado.

Pero el camino por el cual había de transitar estaba tan lleno de baches, que, en una de las revueltas, el carro volcó. Caja y estatua cayeron al suelo, desparramándose el heno y quedando el dios de mármol tumbado sobre uno de los costados del vehículo. El artista, de pie, junto a su obra, contemplábala transido de dolor. La catástrofe le anonadaba. Sin embargo, esperaba que alguien pasara, solicitaría su ayuda y volvería a comenzar de nuevo su lucha.

En eso se acercó un asno. Detúvose ante el carro, y empezó a contemplar los destrozos causados por el accidente.

—Pero, ¡magnífico, magnífico! — rebuznó de pronto el animal.

Radiante de gozo, el artista preguntó al borrico:

—Mi buen asno, ¿de verdad te gusta mi estatua?

—¿Tu estatua? —repuso el orejudo—. ¿Quién te habla de tu estatua? A lo que me refería era a ese hermoso y perfumado heno, aquí desparramado.

Y, ávidamente, sin más cuidados por el dolor del artista, se puso a comer la fragante hierba.

M. Nordau.

## EL VISITANTE MISTERIOSO

*El hombre está seguro de que su perro ha de formar séquito en su entierro.*

Hacía un viento de perros. El viento y la lluvia sacudían la puerta en violentas ráfagas, haciendo gemir los postigos mal ajustados, y, a ratos, oscilar la llamita de la lámpara de aceite.

—¿Quieres irte a dormir? —preguntó la mamá a la pequeña Lucía que se agarraba soñolienta y temblorosa, a su delantal.

Con la cabecita apenas levantada, la nena hizo una señal negativa; esperaba que su mamita terminara la tarea y la acompañara en aquella cama grande de la pieza vecina, tan oscura, y donde ya descansaba la anciana abuelita enferma.

En cuanto a Pedro, canturreaba mientras arreglaba una escoba desgastada por el uso. No quería, no era posible que tuviera miedo del temporal, él, que se consideraba el jefe de la familia; un jefe de apenas doce años.

Desde que el papá había muerto y el hermano mayor se fué a otro país en busca de trabajo, Pedro creía ser el único consuelo de la mamita, de la abuelita, y de la pequeña Lucía.

Y siguió cantando hasta que al espantoso concierto de la tormenta, se unió un rumor extraño que le hizo cavilar. Parecía que alguien llamaba a la puerta con un golpe leve, casi tímido.

—¿Has oído? —preguntó la mamá poniendo la sopea sobre la mesa, mientras Lucía levantaba la cabeza abriendo desmesuradamente los ojos.

Un silencio; luego, otra vez el golpecito sobre la puerta cerrada.



—¿Quién podrá ser? —dijo Pedro levantando los hombros—. Quizá alguna rama que choca...

Pero dijo esto por tranquilizarse a sí mismo, pues no ignoraba que no había árboles junto a la puerta.

—¡Toc-toc-toc...! —tres golpes claros, discretos, se repitieron.

—¿Quién es? —dijo mamá Rosa levantándose de la mesa; pero Lucita se abrazó a sus rodillas, apretándola y suplicando desesperadamente:

—¡No abras! ¡No abras!

—No tengas miedo, Lucita. ¿Miedo de qué? Somos tan pobres, que ninguno vendrá para robarnos. Quién sabe si, por el contrario, se trata de alguno que tiene necesidad de nuestra ayuda.

Sí, pero ¿por qué ese "alguno" no contestaba?

—Espera mamá, —aconsejó gravemente Pedro, acercándose a la puerta. E interrogó de nuevo: ¿quién es?

El misterioso visitante hizo oír un gemido. Pedro, aproximándose a la puerta pudo percibir un extraño roce y la repetición del lamento.

—¡Es raro!... —murmuró el niño;— se diría que no es una persona... sino más bien un perro.

Pero no los había por los alrededores. En el vallecito, donde estaba la humilde casucha, sólo se veía algún perro en el verano, cuando pasaban los pastores con sus majadas... y el verano, hacía rato que había pasado.

—Espera —exclamó Pedro poniendo en práctica una buena idea. Y sacudió fuertemente la puerta.

Del otro lado le contestó un leve y lastimero aullido de perro.

—¡Abre! —dijo mamá Rosa— ¡Pobre animal! Quizá pide ayuda para su patrón; hace una media hora me pareció oír aullidos; pero el fuerte viento los hacía confundir con el temporal.

Apenas abierta una hoja de la puerta, un perro saltó adentro; empapado por la lluvia y embarrado hasta los ojos, presentando un lastimoso aspecto.

Era un perro de caza (en aquel momento no se sabía si era lindo); de pelo rojizo y orejas grandes como pan-

tallas; no llevaba bozal pero sí un collar de cuero con una placa de reluciente metal. El cansancio, el hambre y la sed debían atormentarle. Pero de pronto, dió a comprender (no le faltaba más que la palabra), que no había venido a buscar refugio, sino ayuda para otro... ¿Por qué, si no, se acercaba a la puerta aullando y se prendía con los dientes a las ropas de Pedro cual si quisiera sacarlo afuera?

—¿Qué haremos? —preguntó mamá Rosa— ¡Qué lástima que no haya aquí un hombre!

—Voy a buscar la linterna y salgo —dijo Pedro, mientras le latía fuertemente el corazón.

—¡No, tú no!...

—¡Tú, no, Pedrito! — repetía Lucía llorando.

Mientras tanto, en la pieza contigua, se había despertado la abuela y preguntaba lo que sucedía.

En esto, Pedrito que trataba de sujetar al perro, acariciándolo, notó que en la placa del collar, había grabado un nombre: "Legorín".

Al oír esto la abuela, quién sabe qué recuerdo casi legendario acudió a su mente desconcertada, pues, desde su camastro, repitió agitándose con inquietud:

—Legorin... Legorin... ¡Misericordia! Ese no es el nombre de un perro. Es el de un bandido.

—¿De un bandido? Pero ¿qué dice?... exclamó mamá Rosa con una sonrisa incrédula.

—Sí... sí... en tiempo de mis padres, cuando yo era niña, se hablaba mucho de un famoso bandido llamado Legorin. Era un hombre que cometía toda clase de delitos... Legorin... Legorin... Ese debe ser su perro... ¡Echenlo!...

—Pero no; si ese célebre bandido murió hará como cien años. ¿Cómo puede éste ser su perro? ¡Pobre animal!

—¡Claro que no! — decía Pedrito mientras acariciaba al pobre animal a la par que lo secaba con un trapo.

Legorin no era insensible a tales caricias pues miraba al niño con grandes ojos húmedos, como si quisiera implorar:



—Tú que me comprendes; tú que te compadeces de mí, ven conmigo. — Y lo arrastraba hacia la puerta.

¿Cómo resistir a aquel mudo, pero elocuente lenguaje?

Decidido, el niño encendió una linterna y dijo a su madre:

—No temáis quedaros solas, pues no me alejaré mucho. Os lo prometo.

Aunque buscó por los alrededores de la casa, siguiendo el sendero iluminado por la rojiza luz de la linterna, no encontró a nadie. Pero Legorín seguía caminando, como si quisiera guiarlo más lejos. ¿Hasta dónde? Quizá hasta la cumbre del monte... o allá abajo, del otro lado de la pendiente.

—No, basta; hay que volver a casa —dijo el niño en alta voz, como si el perro pudiera comprenderle.

Y el animal tuvo que resignarse a seguir a Pedro hasta la casita, pero fiel a su generosa misión, no quiso entrar; se acurrucó en el umbral, gruñendo como si quiera expresar:

—Te espero aquí hasta que estés dispuesto a seguirme. Sería un mal perro si aceptara un refugio sin haber cumplido mi deber.

Desde su camita, Pedro oía al perro moverse y aullar toda la noche.

Apenas despuntó el alba, se levantó el niño y fué en busca de su amigo.

—Ven, Legorín, ahora podemos ir donde quieras.

El noble animal no se hizo repetir la invitación, y sacudiendo un poco el barro que todavía lo cubría, se dirigió hacia el sendero. Acelerando el paso para seguirlo, Pedro tuvo que salir del camino, atravesar las malezas y saltar un foso.

Salía ya el sol cuando, al llegar a un barranco, el perro comenzó a ladrar fuertemente.

—¡Legorín! ¡Legorín! — clamó una voz débil que venía de lo profundo—. ¡Auxilio!

—¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí — parecían decir los alegres ladridos del perro...

Antes de que Pedro pudiera orientarse, el animal le

guió, con rápidos saltos, hasta el fondo del barranco, deteniéndose ante una hendidura de la roca, que olfateó moviendo la cola alegremente.

Al inclinarse, el niño descubrió un bulto, una mano que se agitaba, y, en fin, a un hombre tendido al reparo de la gruta.

—¡Por fin ha venido alguien! —exclamó—. ¡Cuánto te lo agradezco, muchacho! Pero tú solo no vas a poder ayudarme a salir de aquí. Llama gente que te ayude. Estoy herido.

—¿Estáis herido?

—Sí; ayer, al acercarse la noche, me encontraba cazando por este lado. Como el tiempo amenazaba tormenta, quise apurarme para llegar a casa, que está un poco lejos de aquí. Para acortar el camino, salté desde una barranca y caí... Un dolor agudo en la rodilla me hizo perder el conocimiento. Al recobrarlo, me di cuenta de que, al chocar, mi escopeta se había disparado y la bala me había herido la pierna. Aunque la vendé con el pañuelo, me era imposible tenerme en pie, con grandes fatigas, me fuí arrastrando hasta aquí mientras estallaba el huracán. Entonces, a gritos, le pedí a Legorín que fuera a pedir socorro, y él que es un perro inteligente, me comprendió. Pero creí que vendría antes; quién sabe por dónde anduvo.

La culpa no es suya; —explicó Pedrito enrojeciéndose.— Es que yo no podía, de noche, dejar sola a mi mamita...

Sin más explicaciones, Pedro consiguió sacar al cazador de la caverna hasta dejarlo al pie de un árbol, sobre la yerba. Mientras Legorín le hacía compañía, corrió a pedir ayuda y avisar a su mamá.

El cazador, hijo de un riquísimo propietario de los alrededores, fué llevado a la casita de mamá Rosa donde le hicieron la primera cura, mientras su perro aceptaba, por fin, el primer trozo de alimento, al que hizo los honores que corresponde a un fiel perro que ha cumplido abnegadamente su misión. Algunas horas después, vinie-



ron a buscar al herido en una camilla para transportarlo a su lujosa residencia.

Al despedirse de aquellas buenas gentes, dijo el cazador:

—Id a visitarme cuando queráis; quiero seros útil en algo...

Y al estrechar la mano de Pedrito dejó en ella un billete de Banco.

Asombrado, aturdido, el muchacho no supo ni siquiera agradecer el obsequio; pero luego, al echar una mirada a aquel billete que para él y para su familia representaba una fortuna, resplandeció en su rostro una sonrisa.

Mas, poco tardó en disiparla una nube de tristeza: los ojos del niño se llenaron de lágrimas al ver que Legorin, el inteligente y simpático Legorin, regresaba al hogar de su amo, saltando alegremente y sin darse vuelta, ni siquiera una vez, para mirar al que tan bien había sabido comprenderle...

## MAS VALE MAÑA QUE FUERZA

Un mirlo sediento encontró una botella de agua y procuró beber, mas el agua apenas llegaba al cuello de la botella y el pájaro, por más que se esforzaba, no podía alcanzarla con el pico.

Se puso a picotear la botella, a fin de hacerle un agujerito, pero en vano, porque el vidrio era muy grueso.

Entonces trató de volcarla, para derramar el agua, mas tampoco pudo lograr su objeto, porque era muy pesada.

Por último se le ocurrió una idea, con la cual consiguió lo que deseaba: echar piedrezuelas en la botella, en tanta cantidad, que el agua subiese lo suficiente para que pudiera llegar a ella con el pico y apagar su sed.

Muchas cosas que parecen imposibles, se consiguen con reflexión y paciencia.

## EL CIERVO

*Las virtudes no engendran orgullo.*

Un ciervo mientras bebía en el río, vió su cara reflejada en el agua cristalina. Satisfechísimo quedó al contemplar sus cuernos tan largos y enramados, mas al mirar sus piernas, se dijo: — ¡Cuán débiles y flacas son!

De pronto aparece un león que viene hacia él.

El ciervo echa a correr y adelanta al león, pero al entrar en el bosque, sus cuernos se enredan en unas ramas.

Entonces, cuando el león ya lo alcanzaba, el ciervo exclamó:

—¡Qué necio soy! Mis piernas, a las que acusaba de flojas, quizá me hubieran salvado, mientras que estos cuernos, que eran todo mi orgullo, me han perdido.

Muchos hombres son como el ciervo; se avergüenzan de sus méritos y ostentan con orgullo sus mayores defectos.

Tolstoi.

## EL FUEGO, EL AGUA Y EL HONOR

*La honradez es la más grande de todas las virtudes.*

El fuego, el agua y el honor reuniéronse una vez en sociedad. El fuego no puede estar quieto; el agua se mueve continuamente; de ahí que llevados de su inclinación, indujeron al honor a viajar en su compañía...

Antes, empero, de partir, convinieron los tres en darse una contraseña para que en caso de que se perdiesen uno de otro, les fuese fácil poder volver a encontrarse.

Dijo el fuego:

—Si sucediese que alguna vez me alejase de vuestro



lado, procurad dirigíos a donde descubráis humo. Allí me encontraréis indudablemente.

—A mí —dijo el agua—, si me pierdo o me separo de vosotros, no me busquéis donde esté la tierra yerma sino donde veáis sauces, abedules, cañas y hierbas muy altas y verdes; dirigíos allí en busca mía, y allí estaré con certeza!

—En cuanto a mí —dijo el honor—, abrid desmesuradamente los ojos, no los saquéis de encima mío, y sujetadme fuertemente, porque si la mala suerte me conduce fuera del camino y me llego a perder una vez, ya no me encontraréis nunca jamás.

Carlos A. Escobar.

### A PILLO, PILLO Y MEDIO

Había una vez un tintorero que había venido sirviéndose de un asno durante muchos años para transportar pesados fardos; el pobre animal, ya viejo y débil, era incapaz de prestar ningún servicio.

Su dueño reconocía que sería una vileza matarlo; pero no podía tenerlo en su poder, puesto que para nada le servía. Entonces lo vistió con una piel de tigre y lo dejó en medio de un campo de trigo próximo a un bosque. Los propietarios del campo al verlo desde distancia creyeron que era un tigre y huyeron a todo escape. El asno comía trigo y pasaba felices los días, pero un campesino encargado de cuidar los trigos se cubrió con un traje hecho de tela gris, se armó con un arco y permaneció en la posición de un cuadrúpedo, alejado del sitio en que estaba el asno. Este lo vio desde lejos, creyó que era un animal de su misma especie y se puso a rebuznar de alegría. Al oírlo, el hombre comprendió lo que ya se había figurado, que el señor tigre no era más que un asno; le disparó el arma y lo mató.

## EL ASNO DESCONTENTO

*Contentémonos con lo que tenemos, recordando que hay quien sufre mayores privaciones.*

En cierto día muy crudo del invierno, ansiaba un asno la vuelta de la templada primavera, porque en ésta reinaba fresca yerba, en vez de la seca paja invernal que le daban en la húmeda cuadra.

Poco a poco llegó el buen tiempo y con él la yerba verde en abundancia; pero era tanto lo que tenía que trabajar el pobre jumento, que no tardó en cansarse de la primavera y anhelaba la vida del verano. Cuando al fin se le cumplió su deseo, vió el asno que su condición no había mejorado, pues tenía que ir cargado de heno y hortalizas todo el día, sufriendo el rigor de aquellos grandes calores. No le quedó, pues, más que desear la llegada del otoño, pero en él era tan duro su trabajo de llevar costales de trigo, cestos de manzanas, haces de leña y otras provisiones para el invierno, que el descontentadizo asno empezó a suspirar por el invierno, en que, por lo menos, podía descansar, aunque su ración no fuese tan abundante.

*Seré lo que debo ser y sino no seré nada.*

*La libertad tiene sus raíces en el corazón del pueblo, como el árbol en el corazón de la tierra; lo mismo que el árbol, eleva y despliega sus ramas por el espacio; lo mismo que el árbol, desarróllase sin cesar y cubre con su sombra a las generaciones.*

VÍCTOR HUGO.



## EL CUERVO QUE QUISO IMITAR AL AGUILA

*Corrígete imitando las obras buenas.*

Un día el cuervo, posado en un árbol, vió que el águila se precipitaba en las alturas, aferraba una oveja y se la llevaba por los aires.

—¡Oh, oh! —se dijo el cuervo—. Con una oveja tendría para darme un gran festín. Sin duda, es mejor manjar que aquel queso que me robó el pícaro zorro. Nada impide que yo también me apodere de una oveja.

Y el cuervo comenzó a revolotear sobre el rebaño para elegir la oveja más gorda.

¡Cuidado, cuervo! Eres un tonto. Considera que no tienes grandes garras como el águila ni fuertes alas para volar llevando una oveja.

Pero el cuervo no reflexionaba en esas cosas. Sólo pensaba en una comilona. Se precipitó, pues, sobre la oveja más grande del rebaño.

Hundió las garras en los espesos vellones y luego dió un aletazo para alzar el vuelo con su presa.

Pero la oveja pesaba mucho más que un queso, y en vano el cuervo batía las alas y tiraba para alzarse. El animal permanecía en el suelo, sobre sus cuatro patas, balando lastimosamente, pero sin ser levantado ni un palmo.

El pastor oyó balar a la oveja y vió al cuervo. Acudió corriendo. El cuervo quiso huir. Desgraciadamente, tenía las patas enredadas en los vellones de la oveja.

Le fué imposible desasirse.

El pastor apresó al ladrón y se lo llevó. Luego lo encerró en una jaula, donde el cautivo tuvo demasiado tiempo para reflexionar que los cuervos no son águilas.

F I N

# INDICE

Página

Nota preliminar .....	5
-----------------------	---

## PRIMERA PARTE

### EL HOGAR

La madre .....	7
El renguito .....	8
La culpa del abuelo .....	12
Las manos feas .....	15
Un consejo siempre útil .....	16
Toda buena acción tiene su recompensa .....	17
El rey, el noble y el aldeano .....	19
El racimo de uvas .....	20
La encina .....	21
La unión hace la fuerza .....	22
Los gorriones .....	23
El grano de trigo .....	24
Los tres bandoleros .....	27
La piedra sin pulir y la piedra pulida .....	28
Tres monedas .....	28
Dolor de madre .....	30
Una joya única .....	32
El campesino astuto .....	33
La pereza .....	34
El zar y la camisa .....	36
El pastor y el filósofo .....	37
Vence la pereza .....	38
Mil monedas de oro .....	39
El lino .....	40
Las dos facturas .....	41
La calle .....	42



	Página
Los dos hermanitos . . . . .	43
El perezoso . . . . .	44
Anécdota de Mitre . . . . .	45
El abuso del vino . . . . .	45
Anécdota de Sarmiento . . . . .	47
El médico y el enfermo . . . . .	48

## SEGUNDA PARTE

### EL ALMA DEL NIÑO

Un alma caritativa . . . . .	49
La obediencia de los hijos . . . . .	51
La avaricia rompe el saco . . . . .	52
El perdón . . . . .	54
Las malas acciones . . . . .	56
Los consejos del tío . . . . .	57
Hans el pastor . . . . .	58
La carpeta . . . . .	60
Los libros . . . . .	62
La limosna . . . . .	64
Una buena lección . . . . .	65
El niño blanco y el negro . . . . .	67
Ned . . . . .	68
El ambicioso . . . . .	71
La pequeña Hada . . . . .	73
Libertad . . . . .	76
Nabeck y su caballo . . . . .	81
Dos niños traviesos . . . . .	82
Contentémonos . . . . .	84
Sacrificio fraternal . . . . .	86
El árbol de las monedas de oro . . . . .	89
Una decepción . . . . .	90
El héroe . . . . .	92
La lluvia de monedas . . . . .	96
Dos hombrecitos . . . . .	98
La cuerda . . . . .	103

	Página
Pulgarcito .....	105
No me olvides .....	107
El tarro de crema .....	110
La asistencia de los hijos .....	112
Las nueces doradas .....	113
La tabaquera de oro .....	114
Dios castiga sin piedra ni palo .....	116
A río revuelto ganancia de pescadores .....	117
La cadena .....	118
El amigo .....	119
La rabona .....	127
Un viaje a la ciudad .....	130
Una amistad verdadera .....	133
El ladrón de pepinos .....	137
El fantasma .....	138
Si lo hubiera sabido .....	139
Juan y Pedro .....	140
Por mal camino .....	141
El carbonero y el señor .....	142
Servidumbre .....	144
El perezoso corregido .....	144
Los dos compañeros .....	146

### TERCERA PARTE

### LA NATURALEZA

Querella de pájaros .....	147
La mangosta .....	149
La nube .....	151
Exceso de celo .....	152
El sol y el viento .....	154
El valiente perrito del bosque .....	155
Las hormigas .....	157
El hornero maravilloso .....	158
Las dos golondrinas .....	161
El pájaro heroico .....	163



	Página
El zorro y el avestruz .....	164
El perro fiel y el cruel niño .....	165
Follajes siempre verdes .....	168
Piedra movediza, nunca mohó la cobija .....	170
El perro .....	173
La ambición de Frú-Frú .....	174
Las capuchinas .....	177
El asno y el perro .....	179
La ambición .....	181
La rata y la ostra .....	182
El perro que volvió a su casa .....	184
La nuez .....	186
La naturaleza es buena madre .....	188
La lección de la araña .....	190
El zorro y la cigüeña .....	194
El asno y sus amos .....	196
La zorra hambrienta y el gatito .....	198
La abeja que se extravió en el monte .....	199
El lobo y el perro .....	203
El artista y el asno .....	204
El visitante misterioso .....	205
Más vale maña que fuerza .....	210
El ciervo .....	211
El fuego, el agua y el honor .....	211
A pilló, pilló y medio .....	212
El asno descontento .....	213
El cuervo que quiso imitar al águila .....	214

# INDICE DE AUTORES

---

## AUTORES

## PAGINAS

### A

Alarcón, R. de . . . . .	54
Alemán . . . . .	71 - 84
Amicis, Edmundo de . . . . .	42 - 141 - 142
Andreief, L. . . . .	186
Argenson . . . . .	203

### B

Balet y Peraza, N. . . . .	64
Balmes . . . . .	176
Bedogui, E. C. de . . . . .	52
Berdiales, G. . . . .	8
Buffón . . . . .	173
Buisseau, E. de . . . . .	92

### C

Caballero, F. . . . .	67
Calderón . . . . .	138
Cañete . . . . .	49
Catalá, E. . . . .	5 - 7 - 130 - 146
Cervantes . . . . .	75 - 80
Coeur . . . . .	105
Coloma . . . . .	142
Comorera, J. . . . .	30
Confucio . . . . .	157
Cousín . . . . .	103

### D

D'Atri, L. N. . . . .	86
Delapalme, M. . . . .	140
Descartes . . . . .	167



## E

Erasmus . . . . .	24
Escobar, C. . . . .	213
Esopo . . . . .	154
Espinel . . . . .	40

## F

Fajardo Saavedra . . . . .	36 - 172 - 182
Farb�, M. . . . .	12
Figueira, J. H. . . . .	56
Franklin, B. . . . .	16 - 189
Fontenelle . . . . .	20

## G

Gandhi . . . . .	173
Girardot, A. . . . .	147
Guzm�n, D. J. . . . .	42
Guyau, N. . . . .	20 - 48

## H

Hugo, V�ctor . . . . .	28 - 76 - 165 - 215
------------------------	---------------------

## I

Isa�as . . . . .	39
------------------	----

## K

Kant . . . . .	70
----------------	----

## L

Lamennais . . . . .	167
Langr�e . . . . .	139
Larra . . . . .	92
Le�n, Fray Luis de . . . . .	199
Levis . . . . .	31 - 190
Lozano, S. . . . .	73

Luengo, J. A. . . . .	117
Lubbock . . . . .	32

# M

Martínez de la Rosa . . . . .	144
Menelao . . . . .	98
Molière . . . . .	186
Montalvo . . . . .	67
Moreno, M. . . . .	144
Musset, A. de . . . . .	107

# N

Napoleón I . . . . .	41
Nordau, M. . . . .	204

# O

Odin . . . . .	21
----------------	----

# P

Padilla, J. R. de . . . . .	199
Patsy . . . . .	54
Petit-Senn . . . . .	114
Plutarco . . . . .	163

# Q

Quintiliano . . . . .	151
-----------------------	-----

# R

Riminaldo . . . . .	33
Roldán, B. . . . .	80
Rossel . . . . .	96
Ruskin, John . . . . .	47

# S

Salustio . . . . .	8
Sannier, M. . . . .	68



Sastre, Marcos . . . . .	44
Schmid . . . . .	23 - 27 - 33 - 40 - 113 - 114 - 118 - 138
Séneca . . . . .	50
Servio . . . . .	81
Shakespeare . . . . .	28 - 113 - 137 - 161
Solón . . . . .	147
Stael, M. de . . . . .	58

#### T

Tagore, R. . . . .	144
Tasso . . . . .	112
Tíbulo . . . . .	30
Tolstoi . . . . .	24 - 36 - 39 - 137 - 146 - 213
Trueba . . . . .	86
Turguenef . . . . .	163
Turgot . . . . .	19

#### V

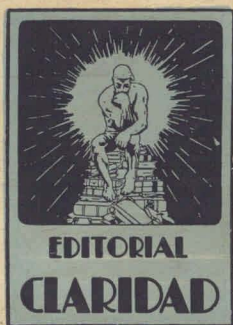
Vázquez Cey, A. . . . .	158
Vigil, C. C. . . . .	165
Voltaire . . . . .	38

#### Y

Young . . . . .	127
Yunque, Alvaro . . . . .	119

#### Z

Zelter . . . . .	149
Zenón . . . . .	130



\$ 1<sup>m</sup>/n.